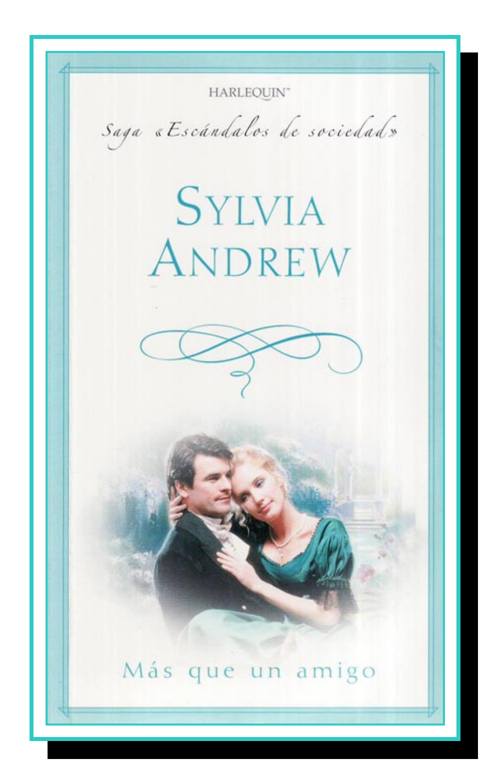
Más que un amigo

Sylvia Andrew

15º Serie Multiautor Escándalos de sociedad



Más que un amigo (05.01.2008)
Título Original: An inescapable match (2002)
Serie Multiautor: **15º Escándalos de sociedad**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Escándalos de sociedad Nº 36**
Género: Histórico
Protagonistas: Hugo Perceval y Deborah Staunton

Argumento:

Al encontrarse al borde de la indigencia, Deborah Staunton se vio obligada a aceptar la caridad de la familia Perceval. Su viejo amigo y confidente, Hugo Perceval, estaba dispuesto a ayudarla en todo lo que necesitara. Pero Deborah no quería que la viera como a una joven desamparada y necesitada de compasión, sino como a una futura esposa.

Todo lo que Hugo quería era una vida tranquila con una dama discreta y apacible, no un torbellino que lo destrozara todo a su paso. Pero cuando Deborah entró en su vida, empezó a cuestionarse si no sería ella lo que realmente necesitaba.

Capítulo 1

Julio, 1812

El coche apenas redujo la velocidad al desviarse de la carretera principal de Londres para tomar el estrecho camino que conducía a Abbot Quincey; pero el hombre que llevaba las riendas no se inmutó lo más mínimo y controló con destreza a los dos enérgicos caballos.

Aunque era evidente que conocía bien el camino, aquella demostración de fuerza y habilidad resultaba sorprendente. La imagen era muy pintoresca: dos espléndidos caballos bayos, un joven caballero alto y rubio, y detrás de él su mozo. Todo bajo un cielo azul radiante y con la verde campiña de fondo. Hugo Perceval, heredero de sir James Perceval de Perceval Hall, volvía a la aldea de Abbot Quincey tras una visita matinal a Northampton.

Timothy Potts, el mozo, se permitió asentir con un gesto de aprobación por la pericia demostrada al efectuar el giro. Luego, cuando el camino se enderezó, desierto salvo por una diminuta figura a lo lejos, se relajó y empezó a divagar. Podía considerarse afortunado por servir a un hombre como su amo. Era un caballero singular, sin duda. Ya fuera en el campo o en la ciudad, sabía desenvolverse con toda confianza. La naturaleza había sido muy generosa con él, dotándolo con un físico poderoso y atractivo y una habilidad innata para desempeñar cualquier tipo de tarea. Era un caballero de los pies a la cabeza y un amo justo que nunca hacia ostentación de su riqueza ni abusaba de su autoridad. Siempre se mostraba sensato y razonable, pero no toleraba tonterías a nadie. Aunque rara vez alzaba su voz, cuando hablaba hacía callar a todos los que le rodeaban.

Las divagaciones de Timothy Potts se vieron bruscamente interrumpidas cuando Hugo profirió una exclamación y detuvo a los caballos junto a la esbelta figura de una chica, que esperaba en el hito a que la adelantara el coche. Su rostro era de piel clara, con la barbilla puntiaguda y unos ojos grandes y ensombrecidos. Llevaba un vestido blanco de percal, sucio y arrugado, y un sombrero de paja bastante raído. Pero lo que más llamaba la atención era la jaula cubierta con un trapo que había a sus pies y el enorme animal, parecido a un perro, al que tenía sujeto con una cuerda.

Hugo ordenó al mozo que se ocupara de los caballos y se bajó de un salto.

—¿Deborah? ¿Deborah Staunton? ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó. Al perro no le hizo ninguna gracia su tono autoritario y gruñó amenazadoramente—. ¿Y se puede saber qué clase de animal es éste?

La señorita Staunton lo miró ofendida. El destino era muy injusto. Estaba cansada, sucia y acalorada. El perro había destrozado su mejor sombrero y tenía los brazos y piernas doloridos por transportar aquella maldita jaula. Pero la mala suerte que la había acompañado durante la última semana no parecía que fuera a cambiar. La última vez que se vieron Hugo Perceval le había dejado muy claro que no quería tener el menor trato con ella, y todo indicaba que seguía opinando igual. Deborah

había confiado en encontrar algún alma caritativa, algún granjero o aldeano que la llevara a Abbot Quincey. Pero el único vehículo con que se había topado pertenecía al último hombre de Northamptonshire al que querría ver.

—¿Y bien? —la apremió Hugo, impacientemente.

La señorita Staunton se irguió. Habían pasado cuatro años desde que Hugo la humillara con sus duras palabras… Cuatro años en los que había aprendido que la vida nunca era justa, y que eran los débiles quienes pagaban las consecuencias. Pero ella ya no era una chica de dieciséis años, y no estaba dispuesta a consentir que Hugo Perceval la tratara con su despotismo habitual.

—Es un perro, Hugo. Y *Autolycus* no está enfadado. Simplemente, no le gusta el modo en que me has hablado. Y, sinceramente, ¡a mí tampoco!

El mozo se volvió y la miró asombrado. Pocas personas, y desde luego ninguna mujer, se dirigían a su amo con una insolencia semejante.

Hugo respiró hondo.

—Lo siento. Me ha sorprendido verte aquí: No sabía que estuvieras en el condado.

—En realidad, acabo de llegar.

—¿Y éste es todo tu equipaje? —preguntó él, mirando la jaula y al perro.

Deborah se mordió el labio.

—N… no. He dejado el resto de mis cosas en la posada, con la señora Humble. Confiaba en que tía Elizabeth mandara a alguien para recogerla.

Hugo tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué ha ocurrido?

—No… no estoy segura de querer decírtelo, Hugo. Sólo servirá para que pierdas aún más la paciencia conmigo. Pero te estaría muy agradecida si enviaras un mensaje a la parroquia.

Él negó con la cabeza.

—No hay nadie en la parroquia. Toda la familia se ha ido a pasar el día con los Vernon, en Stoke Park.

Deborah se dejó caer en el hito.

—Oh, no…

—¿No esperaban tu llegada?

—No exactamente. Hoy no, desde luego. He llegado con dos días de antelación.

Hugo volvió a respirar hondo.

—Será mejor que me cuentes lo que ha pasado. Al menos por encima.

Deborah se tragó su resentimiento e intentó hablar con toda la dignidad posible.

—He venido con antelación por razones que no importan ahora. Pero el señor Hobson se negó a llevarnos más allá de la encrucijada.

—¿Quién es el señor Hobson?

—El dueño del charrete. Le pagué para que nos trajera desde Maids Moretón.

—¿El charrete? ¿Quieres decir que has viajado veinte millas en un charrete? ¿Te has vuelto loca?

—No, Hugo, simplemente no tengo tanto dinero como debería. Debí de calcular mal la distancia cuando discutí el precio con el señor Hobson, porque cuando llegamos a Yardley Gobion, me dijo que había cubierto la distancia acordada y que quería más dinero antes de seguir avanzando. Fue muy desconsiderado, porque ¿qué podría haber hecho yo en Yardley Gobion?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Finalmente conseguí convencerlo para que llegara hasta la encrucijada, pero se negó a recorrer un metro más a menos que le pagara. Y yo no podía darle más dinero.

—¿Te habías quedado sin dinero?

Deborah asintió.

—Por el sombrero de la señora Dearborne.

Hugo la miró fascinado.

—No voy a preguntar por el sombrero de la señora Dearborne. Eso tendrá que esperar. Lo que importa ahora es que el señor Hobson y su charrete han vuelto a Maids Moretón…

—A Buckingham. Venía de Buckingham.

—A Buckingham, dejando a tu criada y todas tus cosas en la posada de Travellers' Rest. Y allí se quedarán hasta que puedas encontrar un modo de llevarlas hasta la parroquia. Mientras tanto, estás obligada a recorrer a pie las tres millas que quedan hasta Abbot Quincey acompañada por un perro enorme y… ¿qué hay en la jaula, por cierto? —retiró el paño que la cubría y se encontró con un loro verde con la cabeza azul y amarilla. El ave había estado durmiendo, pero se despertó muy alterado y soltó una retahíla de palabras soeces—. ¡Santo Dios! —exclamó, dando un paso atrás.

—¡Hugo! ¡Mira lo que has hecho! Estaba dormido y ahora lo has despertado —lo reprendió Deborah, arrancándole la manta de la mano y volviendo a cubrir la jaula. El loro farfulló un poco más y se quedó en silencio.

—Deborah Staunton, ¿pretendes llevarle este loro a la tía Elizabeth? —le preguntó él, señalado la jaula con un dedo acusatorio—. ¿A la parroquia? —el dedo se movió hacia el perro, que se estaba rascando las pulgas—. ¿Y el perro también? ¿En qué demonios estás pensando?

—No podía dejarlos en Maids Moretón, ¿o sí?

—No lo sé. Pero debes de haber perdido el juicio si esperas que tía Elizabeth los acoja en su casa… especialmente si el loro suele decir las cosas que acabo de oír. ¿Y te importaría decirme por qué has considerado necesario traerlos contigo? ¿Por qué no los has dejado en la posada con la señora Humble?

—Eso era imposible.

Hugo miró a los animales y asintió.

—¿El posadero se negó a tenerlos en su posada, quizá?

Deborah bajó la mirada.

—La mujer del posadero se ofendió por algo que le dijo el loro. Y sorprendió a *Autolycus* robando… ¡Estaba hambriento, Hugo! ¿A quién se le ocurre dejar una pierna de cordero en la mesa?

Hugo la observó muy serio.

—No has perdido esa habilidad tuya para meterte en problemas, ¿verdad?

—Hago lo posible por no meterme en problemas, Hugo —suspiró—. Pero las cosas suceden sin más. Y es mucho lo que he tenido que soportar…

—Y ahora resulta que no hay nadie en la parroquia que pueda ayudarte hoy —dijo él, mirándola con una expresión de resignación—. Muy bien, tendré que llevarte a Perceval Hall. No tengo sitio en el coche para los animales, pero ataremos al perro a ese árbol de ahí para que esté a la sombra. Y el loro puede quedarse con él. En cuanto lleguemos a casa, enviaremos a alguien a recoger a la señora Humble y el resto de tus cosas. Y de camino pueden recoger también a los animales.

—¡Hugo! ¿Cómo puedes pensar que dejaría a *Autolycus* atado a un árbol? No pienso separarme de ninguno de los dos.

—¡No seas impertinente, Deborah! No puedo llevaros a todos. No hay sitio en el coche.

—¡No voy a dejarlos atrás! —declaró ella obstinadamente. Al oírla, *Autolycus* se olvidó de sus pulgas y avanzó hacia Hugo con un gruñido.

—¡Quieto!

El tono autoritario de Hugo detuvo al perro, que miró dubitativo a Deborah.

—Siéntate, *Autolycus* —le dijo ella con voz amable, agarrándolo del collar.

El perro volvió a mirar a Hugo.

—¡Siéntate! —ordenó él.

Autolycus se sentó. Hugo asintió con satisfacción y se volvió hacia Deborah.

—Tendrás que dejar al perro y al loro aquí —dijo con suavidad—. Te prometo que los recogerán dentro de una hora. ¡Y ya está bien de tonterías! Mis caballos no soportan este calor. Sé buena chica y súbete al coche, Deborah.

—¡No lo haré!

Timothy Potts se giró para volver a mirar a la mujer que se atrevía a hacerle frente a su amo. Parecía muy frágil y delicada, pero mantenía una expresión desafiante y su voz era firme y decidida.

—Es inútil que intentes intimidarme, Hugo. No voy a cambiar de opinión. Los animales se quedan conmigo. Así que te ruego que sigas tu camino y me dejes a mí continuar el mío —agarró la jaula, le dio un ligero tirón a la cuerda y echó a andar en dirección a Abbot Quincey.

—¡Alto!

Ella se detuvo, pero no se dio la vuelta. Hugo se pasó la mano por el pelo en un gesto de impaciencia.

—No puedo dejar que recorras a pie una distancia tan larga con este calor. Sé razonable, Deborah. Los animales estarán muy bien a la sombra, y enseguida vendrá alguien a recogerlos.

Deborah vaciló y Hugo siguió insistiendo.

—Yo mismo vendré a por ellos —añadió con una sonrisa encantadoramente persuasiva.

—Muy bien. Veré si quieren quedarse solos —aceptó ella, y llevó a *Autolycus* hacia el árbol mientras Hugo sacudía la cabeza con resignación.

Por desgracia, los animales se negaron a ser abandonados. Apenas se había alejado Deborah cuando *Autolycus* empezó a gemir lastimosamente. El loro reaccionó al profundo lamento y se puso a saltar en su percha al tiempo que soltaba agudos graznidos y un montón de groserías. El escandaloso dueto se elevó por la apacible campiña.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Hugo—. Es insoportable. Está bien, vosotros ganáis. Deborah, tú puedes llevar al loro en tus rodillas y el perro puede correr junto al coche… Potts, sujeta los caballos mientras libero a esta bestia peluda.

Autolycus pareció tomarse aquel apelativo como un halago y empezó a batir el rabo alegremente. Hugo lo soltó y caminó hacia el coche.

—Muy bien… ¡Ven aquí!

Aquella orden fue obedecida con tanto entusiasmo que Hugo se tambaleó bajo la impetuosa acometida.

—¡Abajo! —rugió, sacudiéndose la chaqueta. Por lo visto, el ganado había estado buscando la sombra de ese mismo árbol. *Autolycus* se postró a sus pies y miró con expectación a su nuevo amigo. Hugo agarró la cuerda y la ató al costado del coche—. Este perro necesita unas cuantas lecciones. Esperemos que haya algo de dálmata en su pedigrí.

—Es una mezcla de dálmata y lobero irlandés —dijo ella.

—Supongo que eso explica su aspecto… inusual.

Deborah se lanzó en defensa de su animal.

—¡Es un perro precioso! —declaró con vehemencia—. Y ha salido muchas veces con el coche de la señora Dearborne.

—¡Estupendo! Potts, si el perro empieza a tirar, suéltalo, ¿entendido? Nos podría hacer volcar a todos —se subió al coche y se acomodó en el asiento—. ¡En marcha!

Los caballos reanudaron el trote, impacientes por el retraso, pero mantuvieron un paso moderado bajo la firme mano de Hugo.

Todo iba bien, aunque la imagen que ofrecían ahora era más curiosa que pintoresca. El conductor seguía siendo rubio, alto y atractivo, pero el conjunto no resultaba tan elegante. Aparte de un sombrero de paja destrozado, no se podía ver nada de la pasajera, escondida tras una gran jaula cubierta con un trapo. El mozo seguía erguido en el pescante posterior, pero su postura reflejaba inquietud por el animal que trotaba alegremente junto al vehículo atado por una cuerda. Era difícil determinar su color, ya que su pelaje era una mezcla de blanco y beige con manchas oscuras. Pero a pesar de su enorme tamaño parecía muy amistoso, y la gran mancha negra sobre uno de sus ojos le confería un aire ridículamente cómico.

Al acercarse a Abbot Quincey, el trapo se deslizó de la jaula y el loro volvió a despertarse. Pareció confundir el movimiento del coche con el balanceo de un barco y empezó a gritar estridentemente.

—¡Largad trinquetes! ¡A toda vela, perros! —y otras groserías peores.

A Deborah le costó volver a cubrir la jaula, y cuando finalmente lo consiguió la mitad de Abbot Quincey los estaba mirando con curiosidad. Fue un gran alivio llegar a Perceval Hall, en el otro extremo del pueblo.

—Has vuelto a hacerlo, Deborah —la acusó Hugo cuando se detuvieron en el patio.

—¿A qué te refieres?

—Me has convertido en el hazmerreír de todos. Igual que hiciste en Londres.

—¡Oh, de eso nada! Esto no ha sido ni la mitad de malo de lo que ocurrió en Londres. La gente de la aldea se estaba divirtiendo de un modo… amistoso. Todos te aprecian —se estremeció—. No se puede comparar con la otra vez —hizo una pausa—. Tenía la esperanza de que hubieras olvidado aquel episodio y que pudiéramos retomar nuestra amistad, como cuando éramos niños. En aquellos tiempos no parecía importarte mucho que me metiera en apuros. Pero aún sigues enfadado, ¿verdad? Incluso después de cuatro años —él frunció el ceño y ella se apresuró a excusarse—. Era muy joven, Hugo.

Él la miró con un brillo en los ojos.

—Me costó mucho recuperar la dignidad entre mis amigos después de salir de aquel lago.

—¡Pero no fue mi intención volcar el bote, Hugo!

—Oh, ya sé que no fue tu intención. Pero nunca aprendes. No sé cuántas veces he sido víctima de tu irresponsabilidad. Sólo pasaste un mes en Londres, pero me

gasté una fortuna sacándote de apuros. Y mientras tanto conseguiste que me mordiera un perro, que me asaltaran unos bandoleros, que me acusaran de secuestro… No recuerdo qué más. Caer al agua fue la gota que colmó el vaso. ¡Y todo ello sin que fuera tu intención!

—La última vez te enfadaste mucho. Dijiste que no querías volver a verme nunca más.

—¿Eso dije? Bueno, supongo que mis palabras obedecían a un instinto de supervivencia. No quería imaginarme qué podría ser lo siguiente que hicieras… Pero tienes razón —añadió al ver su expresión abatida—. Todo eso pertenece al pasado y es mejor olvidarlo. Ya no estoy enfadado contigo, Deborah.

—He madurado desde entonces, Hugo.

—¿En serio? —preguntó él con escepticismo, mirando al perro y al loro—. Me alegra oírlo.

—¡Te juro que tendré más cuidado de ahora en adelante! ¿Podemos… podemos ser amigos?

Hugo se bajó del coche, soltó al perro y agarró la jaula.

—Supongo que sí —dijo con una sonrisa—. No puedo estar enfadado con mi prima pequeña, ¿verdad?

—No… no soy tu prima —balbuceó ella—. Soy la prima de tus primas, ¿recuerdas?

—Siempre te he considerado como mi prima. Y ahora vivirás con ellas en la parroquia, ¿no? Vamos, tenemos que enviar a alguien a recoger a la señora Humble. ¿Habrá que enviar dinero, también? ¿Tienes alguna deuda pendiente?

Deborah se bajó y siguió a su rescatador por el patio, intentando mantener el paso de sus largas zancadas.

—Sería conveniente pagarle un poco de dinero a la posadera de Traveller's Rest. Se disgustó mucho por *Autolycus* y la carne. Pero no te preocupes… Te devolveré hasta el último penique.

Hugo la miró compasivamente. La suma era insignificante, pero ¿cómo pretendía devolverle Deborah Staunton el dinero, si era poco más que una indigente?

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde —dijo—. Mientras tanto, te dejaré en manos del ama de llaves. Te sugiero que lleves a tu amigo canino a un establo vacío. Debe de estar muy cansado y sediento después de la carrera, y seguramente se eche a dormir. ¿Crees que querrá comer algo?

—*Autolycus* siempre quiere comer. Si le dieras algo, se quedaría más tranquilo.

Hugo dejó a Deborah y al loro con el ama de llaves y se marchó. La señora Banks, que había servido a la familia Perceval desde antes de que Hugo naciera, aceptó sin rechistar al ave exótica y, tras colocar la jaula en una mesa se dedicó por entero a la señorita Deborah.

Cuando Hugo volvió al salón, Deborah tenía un aspecto mucho más decente. Se había lavado y cepillado el pelo, y su vestido había sido sacudido y planchado.

—Todo listo. *Autolycus* ha comido y se ha quedado roncando. He mandado un coche a recoger a la señora Humble y tus cosas. Estarán aquí dentro de una hora, y luego iremos a la parroquia. Mientras tanto, podríamos tomar algún refrigerio. Hace mucho calor… ¿Te apetece que nos sentemos fuera, a la sombra del cedro?

Deborah asintió en silencio y Hugo dio las órdenes pertinentes. Ambos salieron al jardín y se sentaron bajo el cedro. Hacía cuatro años que no veía a Hugo, pero seguía siendo el mismo de siempre… Independiente, decidido y eficaz. Y, por encima de todo, atento y amable. Las chicas de la parroquia lo adoraban, aunque le tenían mucho respeto. Siendo el mayor de la nueva generación de los Perceval, Hugo siempre se había tomado muy en serio sus responsabilidades en la familia, y Deborah sabía que a ella la había incluido entre esas responsabilidades, aunque su parentesco era muy lejano. Su tía materna, Elizabeth, estaba casada con William, el tío paterno de Hugo y párroco de Abbot Quincey.

El matrimonio de los padres de Deborah había sido muy difícil, y de niña había pasado muchos meses en Abbot Quincey, jugando con sus primas de la parroquia y con los tres hijos de los Perceval. Como hija única se sentía muy sola en casa, por lo que aquellos meses en la parroquia habían sido los más felices de su infancia. Y Hugo, unos años mayor que el resto, había sido su héroe y confidente.

Y ahora Hugo seguía viéndola como una más de su rebaño. Parecía que los viejos hábitos se resistían a desaparecer, a pesar de haber pasado diez años entre la sociedad más refinada de Londres. Habían transcurrido cuatro años desde el caos que provocó Deborah en su corta visita a la ciudad, pero los viejos sentimientos habían sobrevivido a pesar de todo.

Deborah no sabía si aquello la complacía o no. Aquel día la intervención de Hugo le había sido de gran ayuda. Pero aunque rara vez se había permitido ahondar en sus verdaderos sentimientos hacia Hugo, nunca lo había visto con el mismo temor que sus primas. Eran unas chicas amables, afectuosas y sumisas, y Deborah las quería mucho, pero nunca se les ocurriría contradecir a Hugo. Deborah, en cambio, era mucho más crítica, y los últimos sucesos la habían obligado a ser más independiente. La vida no había sido tan generosa con ella como con los Perceval. Desde la muerte de su padre, había tenido que tomar decisiones por sí misma y por su madre. Se había acostumbrado a ello y ahora se preguntaba si podría aceptar de buen grado la autoridad de Hugo.

Eran muy diferentes. Hugo era muy meticuloso y perfeccionista en todo lo que hacía y nunca dejaba nada al azar. Por el contrario, la vida de Deborah se había caracterizado siempre por ser caótica. Siempre había actuado primero y pensado después, y las numerosas veces que Hugo la había rescatado lo había hecho con una calma y confianza en sí mismo que resultaban irritantes. En más de una ocasión Deborah había tenido que reprimir el impulso de sacudirlo por aquella insufrible complacencia.

Pero cuando se encontraron en Londres, Deborah se sentía tan perdida que aceptó encantada los intentos de Hugo por introducirla en la sociedad. ¿Y qué había

hecho ella a cambio? Había vuelto del revés la apacible vida de Hugo y lo había convertido en objeto de burla entre sus amigos y conocidos. No era extraño que hubiese estado tan enfadado con ella…

—Muy bien, Deborah Staunton, quiero una explicación —la voz de Hugo la arrancó de sus divagaciones.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el sombrero de la señora Dearborne, naturalmente. Supongo que *Autolycus* tuvo algo que ver…

—Así es. *Autolycus* no puede resistirse a un sombrero de paja.

—Ya veo —murmuró él, observando el raído sombrero de ella—. ¿Y la señora Dearborne te hizo pagar otro?

—Tuve que ofrecerme a pagárselo… Y ella aceptó. Era un sombrero nuevo, uno de esos sombreros grandes con cintas y… y plumas. Era muy caro, Hugo —soltó una risita—. Casi valió la pena por ver a la señora Dearborne persiguiendo a *Autolycus*, con la boca llena de plumas. Es una señora muy corpulenta y no tardó en quedarse sin aliento. Pero cuando conseguí atrapar a *Autolycus* el sombrero estaba destrozado. Aun así, creo que la señora Dearborne fue muy severa. Al fin y al cabo, yo me quedé con el loro y…

—Un momento. ¿Por qué te quedaste con el loro?

—¡Alguien tenía que hacerlo! La señora Dearborne no lo quería, y nadie más se lo hubiera quedado.

—¿Y cómo acabó la señora Dearborne con un loro tan deslenguado?

—Su huésped, que había sido marino, se lo dejó antes de marcharse. Ella creyó que le haría compañía, pero no tardó en descubrir sus… defectos. Las damas de Maids Moretón se quedaron espantadas por las cosas que decía.

—Me lo imagino. Sigue.

—Bueno, aunque la ayudé con el loro, se enfadó mucho con *Autolycus*. Así que le pagué el sombrero, y por eso no me quedó bastante dinero para el viaje.

—¿Dónde estaba tu tía? La hermana de tu padre, me refiero. Creía que estaba contigo.

Deborah tardó unos segundos en contestar.

—Se marchó anteayer, de regreso a Irlanda.

—¿Qué? ¿Dejándote sola? —espetó Hugo, horrorizado—. ¡No puedo creerlo!

—Se fue de repente. Aunque lo había arreglado todo para regresar pronto a Irlanda. Siempre supo que me quedaría con tía Elizabeth después de la muerte de mi madre. Pero no sé por qué abandonó Maids Moretón sin previo aviso. Fue una situación muy incómoda. Después de su marcha apenas había dinero, y no estaba segura de que tía Elizabeth fuera a volver de Londres después del debut de Robina… ¡Oh, Hugo, se me olvidó preguntarte por ella! —exclamó, haciendo gala de uno de

sus típicos cambios de humor—. ¡Cuéntame! ¿Cómo le fue en la ciudad? ¿Tuvo éxito en su debut?

—Se podría decir que sí. Por lo que pude ver, parece que la prima Robina va a conseguir un buen partido. Ahora mismo está en Brighton con lady Exmouth.

—¿Quieres decir que va a casarse con lord Exmouth? ¡Eso es maravilloso! Pero ella se lo merece, desde luego. Es una chica tan bonita y tan buena… —por un momento pareció perderse en la nostalgia, pero enseguida se echó a reír—. Tía Elizabeth estará encantada. ¡Su hija mayor comprometida con un lord! Quizá permita que *Autolycus* se quede en la parroquia…

Hugo sonrió.

—Quizá. Pero no creo que sea tan condescendiente con el loro —observó divertido cómo la expresión consternada de Deborah se tornaba en una mueca de súplica—. ¡Está bien! Tal vez pueda ayudarte. De hecho, ya he pensado en alguien que podría quedarse con el loro.

—Eso sería un gran alivio. No es mi solución favorita, pero entiendo que no sea bien recibido en la parroquia. Si me lo traje fue porque no sabía qué podía hacer con él. ¿De verdad conoces a alguien, Hugo?

—Creo que sí… pero no me atrevo a asegurar nada. Déjamelo a mí, Deborah. Te prometo que le encontraré un hogar en alguna parte.

—¡Oh, Hugo! ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

Hugo había olvidado cómo el rostro de Deborah Staunton podía iluminarse de un modo incomparable. No era especialmente hermosa ni poseía ninguno de los rasgos que él admiraba. Incluso cuando Deborah ofrecía su mejor aspecto, no como en aquel momento, la combinación de una melena negra, unas mejillas pálidas y unos ojos índigos era demasiado exótica para sus gustos convencionales. Entre sus primas destacaba como un joven halcón en un palomar… con todas las consecuencias. Hugo podía decir por propia experiencia que la vida junto a Deborah siempre sería una sucesión de problemas, muy lejos de la tranquila existencia de la que él disfrutaba. Pero a pesar de todo, le pareció que el brillo de su rostro resultaba muy tentador.

Estaban sentados de espaldas a la casa, contemplando la hermosa vista, pero los dos se volvieron cuando oyeron voces tras ellos.

—¡Deborah! ¡Qué sorpresa! ¿Dónde la has encontrado, Hugo?

Las visitantes de Stoke Park habían regresado. Lady Perceval corrió sobre el césped para saludar a su inesperada invitada, seguida por lady Elizabeth y el resto de la familia. Se prodigaron los besos y los abrazos mientras Deborah pasaba de una a otra. Las chicas saludaron a su prima con unas muestras de afecto particularmente efusivas. Deborah ocupaba un lugar muy especial en sus corazones, y aunque no era la menor de ellas, todas la habían visto siempre como una persona necesitada de ayuda y protección. Hacía mucho tiempo que no la veían y no tuvieron el menor recato a la hora de señalar los cambios en su aspecto.

—¡Niñas, niñas, ya está bien! —les ordenó lady Elizabeth—. ¿Es que habéis olvidado vuestros modales? Deborah ha vivido unos años muy difíciles, y no le debe de resultar agradable oír vuestros descarados comentarios.

—¡Pero está muy pálida y delgada, mamá! —exclamó Henrietta, la menor y más animada de las cuatro hijas del párroco.

—¡Ya está bien, Henrietta! —la reprendió lady Elizabeth, tomando la mano de Deborah—. Como puedes ver, querida, todas estamos encantadas de que por fin estés aquí. Pero ¿tu llegada no estaba prevista para dentro de un par de días? No se me habría ocurrido aceptar la invitación de los Vernon si hubiera sabido que venías hoy. ¿Cómo has venido? ¿Y qué has hecho con tus cosas?

—Lo siento, tía. Yo… yo…

Hugo acudió rápidamente en su ayuda.

—Deborah ha estado muy bien atendida, tía Elizabeth. Y la señora Humble se ha quedado a cargo de sus cosas. Llegarán en cualquier momento.

Apenas lo había dicho cuando un criado apareció para informar a lady Perceval de que el coche con la señora Humble había llegado al patio. Deborah se disculpó y corrió a su encuentro. No quería que la señora Humble revelara los detalles de su llegada a Abbot Quincey antes de que hubiera preparado a su tía para ello.

Hugo adivinó su intención y Deborah le agradeció en silencio que retrasara a su tía y a lady Perceval haciéndoles preguntas sobre los Vernon.

Capítulo 2

La señora Humble no estaba en su mejor estado de ánimo. Decía que era demasiado mayor para estar dando tumbos por el campo en un charrete y luego ser confinada en una posada de mala muerte con un casero impaciente por librarse de ella, mientras la señorita Deborah se marchaba a pie con aquel maldito perro y ese loro malhablado, dejándola con la duda de si volvería a verla alguna vez.

Deborah reconoció la inquietud que se escondía tras aquellas furiosas palabras y consiguió calmar a su vieja niñera sin ofenderla aún más, suplicándole que dejaran las quejas y explicaciones para más tarde.

—Siento que el viaje haya sido tan duro, querida Nanny, pero ya estamos muy cerca de la parroquia, y muy pronto estaremos cómodamente instaladas en nuestras viejas habitaciones.

—Su señoría es muy amable, señorita Deborah. Pero ahora todo es muy distinto. ¿Qué será de nosotras…? —la voz se le quebró y Deborah la rodeó con sus brazos.

—Estaremos muy bien en Abbot Quincey. Intenta no preocuparte. Mira, aquí viene lady Elizabeth. Recuerda, ni una palabra de lo sucedido. Yo se lo explicaré más tarde, pero ahora no.

Lady Elizabeth saludó a la criada de Deborah y le preguntó cómo estaba. Luego se volvió hacia su cuñada y sugirió que la señora Humble esperase en los aposentos de los sirvientes mientras ellas acababan de hablar con Deborah. Lady Perceval aceptó con mucho gusto.

—Creo que con este calor le sentaría bien tomar algo frío, señora Humble. Mi ama de llaves se ocupará de usted hasta que la señorita Deborah esté lista para marcharse a la parroquia. ¿Le parece bien dentro de una hora? ¡Vamos, Deborah! Me muero de ganas por oír tus aventuras.

Se sacaron más sillas y cojines al jardín y las dos familias volvieron a acomodarse a la sombra del cedro. Frederica y Edwina tomaron una mano de Deborah cada una y tiraron de ella hasta uno de los bancos. La hicieron sentarse entre ellas y le manifestaron su alegría por volver a verla, demostrándole cuánto se preocupaban por ella.

Deborah consiguió relajarse en su compañía. Siempre se había sentido muy querida en Abbot Quincey. Paseó la mirada por el grupo. Los Perceval eran todos altos y rubios. Sir James y su mujer, los dueños de Perceval Hall, estaban sentados frente a ella, disfrutando del frescor de la sombra.

Hugo, su hijo mayor, estaba de pie tras ellos, apoyado en el tronco del cedro. Hester, su hermana y muy parecida a él, estaba sentada en el brazo de la silla de sus padres. Hester siempre se mostraba muy discreta y callada en compañía de otros, pero aquel día parecía muy preocupada y no hacía más que lanzar miradas de inquietud hacia el camino. Deborah se preguntó qué le ocurriría y decidió que se lo preguntaría a Hugo más tarde. En el banco que tenía a su derecha estaba sentado el

hermano de sir James, el reverendo William Perceval y su mujer, lady Elizabeth, tía de Deborah. Lady Elizabeth era la hija mayor del duque de Inglesham y siempre mantenía una pose erguida y aristocrática, vestida con sencillez pero con una pulcritud exquisita. Pero aquel día su severa expresión parecía mucho más suave. Lady Elizabeth se ajustaba a unos modales de comportamiento muy estrictos, pero tenía un corazón de oro. Tiempo atrás había invitado a Deborah a instalarse en la parroquia, y ahora estaba muy contenta de ver por fin a su sobrina en Abbot Quincey. Deborah sonrió. Por primera vez en muchos meses, se sentía segura.

Estaba intentando decidir cuál sería la mejor manera de relatar su llegada a Abbot Quincey cuando alguien se le adelantó. Lowell Perceval llegó corriendo por el césped, con la prima Henrietta pisándole los talones.

—¡Deborah! ¿De quién es el loro? ¿Y dónde está el perro?

Deborah se preguntó, no por primera vez en su vida, cómo era posible que el hermano menor de Hugo fuera tan distinto a él. Lowell se parecía más a Autolycus; entusiasta y alocado, nunca se detenía a considerar las consecuencias de sus actos.

Aún seguía pensando qué decir, cuando Hugo acudió una vez más a su rescate.

—El loro es mío. Y el perro está durmiendo en los establos y no se le puede molestar —explicó en un tono firme y sereno. Lowell se sentó en el césped y miró a su hermano con curiosidad, asemejándose aún más al perro.

—¿Tienes un loro, Hugo? —preguntó lady Perceval, volviéndose hacia su hijo—. ¿Lo has comprado en Northampton? Tuvo que ser un capricho, sin duda. No comentaste nada de un loro antes de marcharte.

Deborah miró a Hugo, sintiéndose muy culpable.

—Yo… yo traje al loro conmigo, lady Perceval, y se lo di a Hugo.

—Qué detalle… —dijo lady Perceval con voz débil.

—Es un pájaro muy bonito —dijo Lowell—. Y sabe hablar. Pero…

—Sí, desde luego —lo interrumpió Hugo—. No tengo intención de dejarlo donde está, mamá. Espero encontrar pronto a alguien que lo quiera. Deborah, quizá deberíamos explicarle a la tía Elizabeth el desafortunado incidente que te impidió llegar hasta Abbot Quincey —se volvió hacia su tía—. Deborah se habría visto en serios apuros si no llego a encontrármela por casualidad en el camino.

—¿Qué ocurrió? ¿Alguien resultó herido?

—No —se apresuró a responder Deborah—. Pero me vi obligada a dejar a la señora Humble con el resto de mis cosas en la posada…

—Envié un coche a recogerlas en cuanto llegamos aquí —añadió Hugo.

—¿Pero cómo han llegado aquí esos animales? —preguntó lady Perceval—. No estaban con la señora Humble.

—No quise dejarlos con la señora Humble, así que Hugo tuvo la amabilidad de traerlos con nosotros —respondió Deborah, sin mirar a Hugo.

—¿Al perro y al loro? ¿En el coche? —preguntó Lowell con incredulidad.

—Desde luego.

—Ojalá hubiera estado aquí para verlo —dijo Lowell con una sonrisa.

—La mitad de Abbot Quince pudo verlo —repuso su hermano.

—Así que tienes un perro, Deborah. Yo tuve un cachorro una vez… era muy pequeño y cariñoso —dijo lady Elizabeth—. Creo que aún tengo su cesta por ahí. Quizá te sirva.

—Eh… no creo que *Autolycus* quepa en la cesta de un perrito faldero —dijo Hugo.

—¿*Autolycus*? ¡Qué nombre tan extraño para un perro! —exclamó Henrietta—. Deborah, ¿por qué le has puesto *Autolycus* a tu perro?

Deborah se volvió hacia ella con alivio, agradecida por el cambio de tema.

—Era un personaje de Shakespeare.

—Un bellaco y un ladrón —dijo Hugo—. Y lamento decir que el nombre hace honor al animal.

Henrietta se echó a reír.

—Parece todo un carácter. ¿Quién eligió el nombre? ¿Tú, Deborah?

—Fue mi padre —respondió ella con reservas—. Justo antes de morir.

Se produjo un incómodo silencio, y algunos miembros de la familia miraron con inquietud a lady Elizabeth.

A la tía de Deborah no le gustaba que se mencionara a Edmund Staunton. Su padre, el difunto duque de Inglesham, había desheredado a su hermana Frances por casarse con el señor Staunton. La había ignorado hasta que murió y le había ordenado al resto de la familia que hiciera lo mismo.

Pero a lady Elizabeth le había sido imposible obedecerlo y había mantenido el contacto con los Staunton, desafiando a su padre. Sin embargo, nunca había aceptado al hombre por el que su hermana lo sacrificó todo. Lady Frances y su marido estaban muertos, pero la conciencia cristiana de Elizabeth Perceval no le permitía perdonar al hombre que se había fugado con su hermana para llevarla a la miseria.

—Bueno —dijo, haciendo un claro esfuerzo por animarse—, ¿vamos a ver al perro, Deborah?

Hugo le lanzó una mirada acusadora a su hermano. Era culpa de Lowell que la familia fuera a conocer a *Autolycus* sin estar preparada para el golpe.

—Creo que está dormido, como ha dicho Hugo —protestó Deborah débilmente.

—Entonces tendremos que ir a los establos a visitarlo —declaró lady Perceval con una sonrisa—. Empiezo a pensar que te avergüenzas de él, Deborah.

—¡Oh, no! Lo quiero mucho, pero…

—¡Vamos pues! —la interrumpió lady Perceval, y todos se levantaron para dirigirse a los establos.

Autolycus estaba acostado donde Hugo lo había dejado, roncando apaciblemente. Al oír la voz de Deborah levantó la cabeza, batió ligeramente el rabo y volvió a tumbarse.

—Es muy grande —dijo lady Elizabeth.

—¡No tiene por qué vivir en casa, tía Elizabeth! Está acostumbrado a quedarse en los establos o las cuadras —explicó Deborah. No parecía ser consciente de la desesperación que transmitían sus palabras, pero Hugo sí se dio cuenta.

—Es hora de que tengas otro perro guardián, tía Elizabeth. Aún no has reemplazado al viejo Beavis.

—Pero… —empezó Deborah, pero Hugo la hizo callar con una mirada severa. No era momento de expresar dudas absurdas sobre las aptitudes de *Autolycus* como perro guardián.

—Es muy amistoso —dijo con firmeza—. Pero puede resultar terriblemente amenazador. Y su tamaño ahuyentará a los maleantes.

—Supongo que tienes razón —concedió lady Elizabeth—. Veremos lo que dice tu tío William.

La tensión se relajó considerablemente. Todo el mundo sabía que, salvo en los asuntos concernientes a su sacerdocio, el párroco hacía siempre lo que su mujer decía.

—Bueno, supongo que deberíamos irnos —sugirió lady Elizabeth—. Ha sido muy intenso. Primero los Vernon, luego la inesperada llegada de Deborah, ahora el perro… —su voz se apagó mientras volvía a mirar dubitativamente hacia el establo.

El reverendo y su mujer se marcharon a la parroquia, seguidos por otro coche con la señora Humble y las pertenencias de Deborah. A excepción de Hester, que volvió a su desván, el resto de las jóvenes optó por volver a pie con *Autolycus*. Deborah aprovechó un momento a solas con Hugo para preguntarle qué le pasaba a Hester.

—¿Está enferma?

—No. Está enamorada.

—¿Enamorada? ¿Hester? Pero…

—Sí, lo sé. Mi hermana siempre juró que nunca se casaría. Y ahora que está enamorada no sabe qué hacer. Es una situación absurda.

—¡Pobre Hester! ¿Qué puede hacer si no es correspondida?

—Eso es precisamente lo más absurdo de todo. El hombre del que está enamorada es Robert Dungarran, uno de mis mejores amigos. El tipo más sensato y razonable que puedas conocer. En todos los años que lo conozco nunca ha mostrado el menor atisbo de idiotez. Pero ahora está tan desesperado como Hester. ¡Parece que ha perdido la cabeza por ella! Le escribe notas que ella hace pedazos, la visita todos los días a pesar de que ella se niega a recibirlo. Por eso subió a su desván cuando nos marchamos… por si acaso él se presenta.

Deborah estaba desconcertada.

—Pero si los dos están enamorados…

—¡Exacto! Los dos se han vuelto locos. El amor es como una plaga que hay que evitar, Deborah. Es algo que carece por completo de sentido. Sinceramente, Dungarran me ha decepcionado. Jamás me habría esperado esto de él. Cuando me llegue el momento de elegir esposa, te aseguro que no pasaré por todo este drama. Encontraré a una chica bonita y bien educada a la que las extravagancias le gusten tan poco como a mí. Viviremos en armonía y amistad, sin escenas pasionales, pataletas ni discusiones. Si alguna vez percibes el menor signo de locura en mí, Deborah, tienes mi permiso para tirarme al estanque de los patos.

Deborah lo miró en silencio. Sus palabras no la sorprendían, pero sí le provocaban un escalofrío. A Hugo nunca le habían gustado las escenas y trataba de evitarlas en la medida de lo posible. Deborah podía contar con los dedos de una mano las veces que lo había visto perder los nervios. Pero en esas rarísimas ocasiones resultaba formidable, como ella misma había podido comprobar. Era muy triste que ella fuese una de las pocas personas que podían irritarlo… aunque fuera de un modo inconsciente.

La suya siempre había sido una amistad muy extraña. Años atrás, ella lo había mirado con el mismo respeto que los otros niños, pero sin tanto temor. Y a pesar de los diez años de diferencia que había entre ellos, él siempre le había hablado con más libertad que a los demás. Tal vez fuera debido a que ella había sido la forastera, la extravagante. O tal vez porque había sentido lastima de ella. Fuera como fuera, Hugo siempre había confiado en ella y la había usado como depositaría de sus opiniones.

—¿Qué crees que será de Hester?

—No tengo ni la menor idea. Puede ser muy testaruda cuando quiere. Pero Dungarran también puede serlo, y está decidido a casarse con ella. Al final veremos el resultado, pero hasta entonces tendremos que ver cómo hacen el tonto.

Fue una suerte que lady Elizabeth no presenciara la marcha del grupo. *Autolycus*, revigorizado por la siesta y animado por la admiración que suscitó en Lowell y Henrietta, estaba pletórico y ávido por destrozar todo lo que pudiera. Pero Hugo sólo tuvo que chasquear con los dedos para que el perro acudiera a sus pies. Y en la única ocasión en que Hugo se vio obligado a reprenderlo, *Autolycus* se arrastró con un gemido lastimero.

Las gemelas, que hasta ese momento se habían sentido atemorizadas por un perro tan grande, se echaron a reír y se inclinaron sobre él.

—¡Es precioso, Deborah!

—¡Es un encanto!

—Es un farsante —dijo Hugo—. ¡Miradlo! Hace un momento estaba persiguiendo a uno de mis faisanes y ahora intenta dar pena.

Tenía razón. *Autolycus* miraba a una y otra gemela con ojos inocentes y sumisos. Era imposible no admirar la imagen… Edwina y Frederica con sus delicados vestidos

de muselina y sus sombreros, y *Autolycus* entre ellas batiendo el rabo. La Bestia y las dos Bellas.

Hugo contempló complacido a sus primas. Habían crecido mucho durante los años que él había pasado en Londres, y ahora eran sin duda las más hermosas de todas las Perceval. Robina, la hija mayor del párroco, y Henrietta, la menor, eran morenas como su madre, pero las gemelas eran unas Perceval auténticas; altas, rubias, de ojos azules y piel rosada, hacían gala de unos modales exquisitos. Lady Elizabeth era una mujer de firmes principios, y sus cuatro hijas habían sido educadas en la sólida tradición cristiana. Robina acababa de tener una temporada muy exitosa y estaba camino de convertirse en la mujer de uno de los aristócratas más distinguidos de la sociedad. Henrietta, con tan sólo diecisiete años, parecía sentir un afecto especial por Lowell. Pero Frederica y Edwina seguían solteras y, hasta donde él sabía, sin compromiso. Tenían diecinueve años… una edad para ir pensando en el matrimonio. Hugo sabía que las dos serían unas esposas excelentes.

Deborah vio la expresión de Hugo mientras observaba a sus primas y el corazón se le encogió. Siempre había sabido que Hugo encontraría algún día al tipo de chica apropiada para casarse. Y ahora que estaba a punto de cumplir treinta años, la búsqueda de esposa se convertía en un objetivo acuciante. Cualquiera de sus primas podría ocupar ese lugar. Edwina era más dinámica que Frederica, pero las dos eran unas chicas cariñosas, delicadas y obedientes. Ninguna se atrevería a discutir ni a montar escenas, y con el marido adecuado llevarían una vida tranquila y feliz. Pero Deborah no podía creer que Hugo fuera el marido adecuado para ninguna de ellas. Sería un marido bueno y amable, de eso no había duda, pero su mujer se sometería en todo momento a sus deseos. Sus primas ya le temían bastante y jamás se les ocurriría contradecirle. Hugo sería como un déspota magnánimo, y acabaría reprimiendo la personalidad de su mujer. Las gemelas se merecían algo mejor.

Dejó escapar un suspiro de impaciencia. Si Hugo se fijaba en una de sus primas, ¿qué podría hacer ella para impedirlo? ¿Qué influencia podría tener Deborah Staunton, una chica insignificante, morena y pálida, alocada, irresponsable y dependiente de su tía para vivir… es decir, todo lo contrario a lo que Hugo admiraba en una mujer? Si al menos no tuviera esa desafortunada tendencia a meterse en problemas…

Cuando llegaron a la parroquia, el coche con las pertenencias de Deborah los estaba esperando en el patio, y la señora Humble ya había entrado en casa.

Hugo observó cómo los criados transportaban un par de maletas viejas, dos paquetes atados con cintas y algunas cajas de libros al hogar familiar de Deborah Staunton, y pensó en lo escasos que eran sus recursos. No se podía sino admirar su coraje a la hora de afrontar un futuro tan incierto.

—¡Quieto! ¡Oh, por favor, ten más cuidado con eso! Trae, yo lo llevaré…

La orden de Deborah llamó la atención de Hugo. ¿Por qué estaba tan preocupada? Vio que llevaba en los brazos una pequeña caja rectangular de palo de rosa en los brazos. La apretaba con fuerza contra el cuerpo, como si le costara llevarla.

—Permíteme —dijo él, aliviándola de la carga. Se fijó en que la tapa era un hermoso trabajo de ebanistería, realizado con una variedad de maderas de colores que rodeaban un ovalo plateado en el que estaba grabado el nombre de Frances.

Deborah siguió la caja con una mirada inquieta.

—No voy a dejarla caer ni voy a huir con ella —la tranquilizó él, divertido—. ¿Dónde quieres que la ponga?

—Irá a mi habitación. Gracias, Hugo. Puedes dejarla aquí mismo, hasta que yo la suba.

—De eso nada. Yo la subiré por ti. ¿Qué es? Parece un estuche de escritura. ¿Era de tu madre?

—Sí. Es casi lo único que he podido conservar de ella. Pero me niego a desprenderme de ello…

—¿Por qué ibas a hacerlo?

Ella lo miró con expresión grave.

—No lo entiendes.

En ese momento fueron interrumpidos por lady Elizabeth.

—¿Se puede saber qué haces, Hugo? Los criados llevarán las cosas de Deborah a su habitación. ¿Qué tienes ahí? ¡Oh! —el rostro de lady Elizabeth se iluminó al ver la caja—. ¡Es el estuche de escritura de Frances! Yo tengo uno igual. ¡Venid a verlo! —los llevó a su pequeño salón privado. En una mesa junto a la ventana había una caja idéntica a la que Hugo tenía en los brazos, pero con el nombre de Elizabeth grabado en el óvalo de plata—. Mi padre las encargó para nosotras, y nos las entregó en cuanto pudimos escribir una página entera de nuestros cuadernos —sonrió con nostalgia—. A Frances le costó mucho escribir su página. Siempre lo hacía todo con prisas y manchaba las hojas de tinta. ¿Qué guardas en la caja, Deborah? ¡Yo guardo recetas en la mía!

—Tengo… tengo algunas cartas. Cartas de mi madre y correspondencia entre mi madre y mi… mi padre.

El brillo se apagó de los ojos de lady Elizabeth.

—Entiendo. Claro… Bueno, dásela a uno de los criados para que la suba.

—Yo lo haré, tía Elizabeth —dijo Hugo—. ¿Deborah va a ocupar su antigua habitación?

—Por supuesto. Te encontrarás allí a la señora Humble. Sube la caja pero baja enseguida, Hugo. Ya no sois niños y no está bien que entres en la habitación de Deborah.

Hugo soltó una carcajada.

—¡Pero, tía Elizabeth! ¿En qué estás pensando? Sabes muy bien que Deborah nunca correría el menor peligro conmigo.

—Sí, lo sé. Pero el resto del mundo no tiene por qué saberlo.

Ligeramente decepcionada, Deborah siguió a Hugo por la amplia escalera de roble hasta su habitación, donde la caja fue depositada en una cómoda. Lady Elizabeth quería mucho a su sobrina y siempre había hecho todo lo posible para que se sintiera como en casa. La parroquia era muy grande, y a Deborah le habían asignado una habitación para ella sola desde la primera vez que visitó Abbot Quincey. Era del mismo tamaño que las de sus primas y estaba amueblada con el mismo estilo sencillo pero bonito.

Justo cuando Hugo se giraba para marcharse, entró Edwina con un jarrón de flores en la mano.

—No te esperábamos hasta dentro de dos días, Deborah. Estas rosas tendrían que haber estado en la habitación para tu llegada. ¿Por qué has venido tan pronto?

Deborah vaciló, sintiendo cómo el rubor cubría sus mejillas.

—Me… me sentía muy sola, y estaba impaciente por veros. Pero ahora veo que debería haberlo pensado más detenidamente. Lamento haberos puesto en un compromiso…

Mientras Edwina protestaba enérgicamente y abrazada a su prima, Hugo bajó lentamente las escaleras, pensativo. Deborah Staunton nunca había sabido mentir. Su repentina aparición ocultaba mucho más de lo que quería admitir. El debía averiguar la verdad lo antes posible, y ofrecerle cualquier ayuda que necesitara.

Cuando Deborah volvió a bajar, la llevó a las cuadras para ver a *Autolycus*. El perro había vuelto a quedarse plácidamente dormido.

—Espero que no te hayas precipitado al recomendar a *Autolycus* como perro guardián —dijo Deborah, observando dubitativamente al perro—. No se puede decir que sea un animal muy valiente… Pero gracias por pensar en ello. Y por todo lo que me has ayudado hoy.

—No tiene importancia —dijo él—. Ha sido como en los viejos tiempos. Pero espero que me cuentes por qué te marchaste tan precipitadamente de Maids Moretón.

Deborah lo miró con los ojos muy abiertos y desvió la mirada.

—¿Qué… qué quieres decir?

—No puedes darme las gracias y al segundo siguiente tratarme como a un tonto, Deborah —dijo él amablemente—. No soy tan ingenuo como las gemelas. Si hubieras esperado cuarenta y ocho horas más, tú y la señora Humble habríais viajado cómodamente sentadas en el coche que os hubiera enviado el tío William. Y sin embargo decidiste venir en un incómodo charrete que alquilaste en Buckingham… a dos millas de tu casa. Es natural que me pregunte por qué. Y además lo alquilaste, aun sabiendo que no tenías dinero suficiente para recorrer la distancia completa. Semejante desesperación no puede estar provocada por una sensación de soledad o impaciencia —la miró gravemente, pero ella permaneció callada—. Y luego está el asunto de tu tía y su precipitado regreso a Irlanda. ¿Hay alguna relación en todo ello?

Deborah lo miró consternada.

—No… no puedo decírtelo, Hugo.

—No ahora, de acuerdo. Pero tendrás que contármelo dentro de poco. Buenas noches, Deborah. Intenta no meterte en problemas la semana próxima. Estaremos muy ocupados con los preparativos de la feria.

—¡La feria anual! Se me había olvidado por completo. Haré todo lo que esté en mi mano por ser buena, Hugo —le prometió con una mueca—. Aunque parece que nunca hago lo suficiente. Pero esta vez me esforzaré por tener un cuidado especial. Las gemelas me ayudarán —suspiró—. No saben lo afortunadas que son… Su comportamiento es impecable y ni siquiera tienen que esforzarse.

Hugo asintió con una sonrisa.

—Cierto. Y además son muy guapas. A su lado las damas más hermosas de Londres pasarían desapercibidas.

Deborah volvió a sentir cómo se le encogía el corazón. Las intenciones de Hugo cada vez estaban más claras.

—Quizá Robina pueda introducirlas en la alta sociedad cuando se case. Seguro que tendrían mucho éxito.

Hugo frunció el ceño.

—Tal vez… Aunque no estoy seguro de que sea necesario. Están muy mimadas. Sería una lástima que… Bueno, ya veremos qué pasa. Puede que encuentren a sus pretendientes ideales aquí, en Northamptonshire.

Hugo era el hombre más bueno que conocía, pero podía ser irritantemente altanero. Era evidente que había decido tomar a una de sus primas como esposa, y lo único que tenía que hacer era decidir cuál. Su arrogancia era insoportable. Le estaría bien empleado que ninguna de ellas lo aceptara… Pero eso era impensable, pensó con una tristeza infinita.

—Buenas noches, Hugo —dijo, y se giró para marcharse.

Entonces, para su gran asombro, Hugo le puso las manos en los hombros, la acercó a él y la besó en la mejilla.

—No te desanimes —le dijo—. Las cosas irán mucho mejor ahora. Todos estamos aquí para cuidar de ti.

—Gracias —respondió Deborah. No podía decir nada más. La proximidad de Hugo le estaba causando estragos en sus emociones. Placer, desesperación, un impulso casi irrefrenable de ponerse de puntillas y rozarle los labios…

Se puso rígida y se retiró. Un comportamiento semejante por su parte horrorizaría a Hugo. Aún peor, sería una situación muy incómoda y embarazosa para él. Deborah sabía lo que pensaba de ella, y no era lo que un hombre pensaría de una posible esposa. «Sabes muy bien que Deborah nunca correría el menor peligro conmigo», le había dicho a tía Elizabeth, riéndose sólo de pensar en la posibilidad. Era una certeza dolorosa, pero no le sorprendía.

—Buenas noches, y gracias de nuevo —murmuró, y se giró para entrar en la casa.

Hugo volvió lentamente a Perceval Hall. Estaba desconcertado. El impulso de besar a Deborah lo había pillado por sorpresa, pero suponía que había sido una reacción natural. Deborah le había parecido tan triste y desolada, que había intentado ayudarla como tantas veces había hecho en el pasado. Pero una vez que la tuvo entre sus brazos, el simple deseo de consolarla se había transformado en algo mucho más peligroso. La sensación de sus frágiles huesos bajo las manos, la expresión de indefensión en aquellos ojos de color índigo… le había parecido sorprendentemente sensual. Había estado a un suspiro de besarla de verdad. ¡De besar a la pequeña Deborah Staunton! Como era de esperar, ella se había puesto muy tensa y se había alejado enseguida. Sacudió la cabeza. ¿Qué demonios le había ocurrido? Aquella locura no podía repetirse.

Intentó olvidarse de lo sucedido y se concentró en su propio futuro. Ahora que estaba instalado de un modo más o menos permanente en Northamptonshire, ¿soportaría la aburrida vida en el campo? Durante los últimos diez años había vivido a la última moda, y aunque nunca había despilfarrado su dinero, había disfrutado de todo lo que Londres podía ofrecer. Era consciente de que en la ciudad todo el mundo lo conocía por su buen gusto y criterio. Siempre había sido aficionado al deporte, y con la práctica y un poco de suerte había triunfado en las actividades más admiradas por sus paisanos. Habían sido unos años magníficos…

Pero les había prometido a sus padres que al llegar a los treinta sentaría la cabeza, y el momento había llegado. Había regresado a Abbot Quincey con la intención de casarse, y cualquiera de las dos gemelas le parecía una buena elección. La familia Perceval era muy tradicional y no pondría ningún reparo al matrimonio entre primos. El problema era a cuál de las dos elegir. Les tenía mucho cariño a ambas, y a las dos parecía gustarles. Sí, con cualquiera de ellas podría llevar una vida tranquila y feliz… Quizá un poco aburrida, pero al menos estaría ocupado con las responsabilidades de su futura herencia. Junto a Frederica… o Edwina, tendría una sólida relación basada en el respeto y la amistad, en el amor por sus hijos y en sus respectivas obligaciones. Con aquello bastaría. Cualquier sentimiento más profundo sería inútil.

Sí… Un matrimonio con alguien como Edwina… o Frederica, sería perfecto para él. Cualquiera de sus primas sería una excelente lady Perceval. A diferencia de la pobre Deborah Staunton. Su futuro marido se volvería loco con ella. Nunca sabría qué sería lo siguiente que hiciera.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Deborah tuvo la charla prometida con su tía, y lo que oyó la afectó tanto que recogió a *Autolycus* en las cuadras y se fue al bosque en busca de paz y soledad. Paseó por los senderos que tan bien conocía, sumida en sus pensamientos, hasta que los alegres ladridos del perro la devolvieron al presente. Hugo se acercaba hacia ella, y *Autolycus* se abalanzó hacia su nuevo amo.

—¡Maldito perro! ¡Abajo! ¿Por qué demonios no lo tienes agarrado hasta que sepa cómo comportarse? —se quejó Hugo—. Los perros indisciplinados son una grave amenaza para todo el mundo. ¡He dicho «abajo»! —ordenó con firmeza. *Autolycus* adoptó enseguida la postura de arrepentimiento y se quedó muy quieto—. Te estaba buscando. Edwina me dijo que habías tomado este camino —entonces se fijó en la expresión consternada de Deborah—. ¡Has estado llorando! ¿Qué ocurre?

Deborah echó la cabeza hacia atrás y respondió con indignación.

—¡No he estado llorando! Yo nunca lloro. Si tengo los ojos rojos es porque… porque se me metió una mosca.

—Déjame ver.

—Ya se ha ido.

—Deborah, dime por qué estás tan angustiada.

—¡No estoy angustiada! Estoy muy bien —respiró hondo y continuó más tranquilamente—. Acabo de enterarme de que no soy pobre. ¡Tengo una renta de cien libras al año!

—Eso no es ninguna fortuna…

—¡Claro que lo es, Hugo! Pensaba que no tenía nada.

Hugo se situó junto a ella y los dos siguieron caminando por el sendero.

—Dime, ¿de dónde viene ese dinero?

—De la abuela Inglesham.

—¿La duquesa? Creía que los Inglesham te habían desheredado.

—Y así fue. Pero antes de morir mi abuela le dejó un poco de dinero a tía Elizabeth para mi madre. Cien libras al año, pero no podía entregárselas hasta que mi padre muriera. La duquesa de Inglesham no quería que Edmund Staunton pudiera beneficiarse de ninguna manera.

—De modo que aún quería a su hija, aunque no pudiera perdonar a Staunton.

—¿Querer? —preguntó ella con el ceño fruncido—. Ésa no es la idea que yo tengo del cariño, Hugo.

—¡Oh, vamos, Deborah! Le dejó el dinero…

—¡No se trata del dinero! A mi madre no le interesaba el dinero. Lo que quería era tener relación con su propia madre. ¿Qué clase de amor es aquél que priva de

todo contacto a la persona que te quiere? ¿Qué clase de amor rechaza a una hija que se muere por verte y por conseguir que la perdones? ¡Mi pobre madre estuvo esperando una reconciliación hasta el día que murió la duquesa!

—Tal vez tu abuela temía lo que dijera el duque.

—¡Bah! El amor verdadero puede con todo eso, Hugo. Si yo quisiera a alguien, no dejaría que nada ni nadie me detuviera. Lucharía con todas mis fuerzas por estar con esa persona, por ayudarla en lo que fuera, por demostrarle cuánto la quiero. Eso es lo que yo entiendo por amor.

Sus mejillas estaban cubiertas de un color inusual, y sus ojos azules despedían llamas. Hugo estaba fascinado. Deborah Staunton se volcaría por entero en una relación, sin preocuparse por ella misma. Se preguntó cómo sería amar o ser amado por una persona como ella. Por un instante fugaz, la idea le pareció extraordinariamente tentadora. Pero enseguida fue desplazada por su rechazo a las emociones pasionales.

—De todos modos, cien libras al año no es gran cosa, Deborah —dijo tranquilamente.

Ella lo miró y sonrió con ironía.

—Sé que los Perceval no se consideran ricos. Comparados con lo que fueron en el pasado, incluso podrían pensar que son pobres. Pero tú nunca has sabido lo que es realmente la pobreza, Hugo. Cuando me viste en Londres hace cuatro años, no pudiste imaginar que estaba viviendo sin apenas dinero.

—Si no tenías dinero, ¿por qué te envió tu madre a Londres?

—Estaba preocupada por mi futuro y tenía la esperanza de que pudiera encontrar un marido. Si lo hubiese encontrado, sus temores se habrían esfumado. Cuando la señora Young se ofreció a llevarme con ella para la temporada, mi madre aceptó encantada. ¡Pobre mamá! Estaba segura de que algún caballero se consideraría afortunado por casarse con la nieta de un duque. Así que vendió todo lo que quedaba de valor y me envió a Londres.

—¡Eso fue una locura!

—No fue muy sensato, es cierto. Por culpa de aquella decisión lo pasó muy mal cuando las cosas se pusieron difíciles. Pero así era mi madre. Asumió el riesgo porque me quería. Sabía que los Inglesham estarían en Londres para la temporada, así que les escribió con la esperanza de… de que se interesaran por mí cuando me tuvieran delante. Pero se negaron a reconocerme. Y lo mismo hizo el resto de la aristocracia… ¡Pero no me importó! —añadió con vehemencia cuando Hugo ahogó una exclamación de horror—. Nada más llegar a Londres pude ver que no me hubieran aceptado de ninguna manera, ni aunque hubiese tenido el doble de vestidos y joyas. Los Inglesham eran el tipo de persona que más desprecio. Y Londres tampoco me gustaba. A veces pienso que tú fuiste la única persona de la ciudad que se interesó por mí.

Hugo caminó en silencio por unos momentos, con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me dijiste antes todo esto? Cuando nos hiciste volcar en el lago, me puse muy furioso. Fue el último de una larga serie de contratiempos, y ya estaba harto. Pero tú dejaste que te llevara de vuelta a casa de la señora Young, despotricando y jurando que no te vería nunca más, y no me dijiste ni una palabra de tus problemas. ¿Crees que te habría dado la espalda si lo hubiera sabido?

—No quería tu compasión —declaró ella, y sonrió brevemente—. Además, si no recuerdo mal, no me diste ocasión para decir nada. Es imposible hablar contigo cuando te enfadas. No sé si te enteraste o no, pero a la mañana siguiente de aquel desafortunado incidente, recibí la noticia de que mi padre estaba enfermo y me marché de Londres para siempre.

—Aun así… —empezó él, visiblemente preocupado.

—No te culpé, Hugo —intentó tranquilizarlo ella—. De verdad que no. Después de toda la amabilidad que me habías dedicado, te volví a avergonzar una vez más. Dijiste que era la maldición de los Staunton, y tenías razón.

Hubo un silencio, y luego Hugo volvió a hablar.

—¿Vas a decirme por qué la señorita Staunton se marchó a Irlanda de un modo tan inesperado, dejándote que te las arreglaras por ti misma?

—Sé lo que estás pensando, y una vez más tienes razón —dijo ella en torio amargo—. Los Staunton no tienen buena fama. Me sorprende que te molestes en hablar con una de ellos.

—¡No digas tonterías, Deborah!

—¡No son tonterías! —exclamó ella—. La verdadera razón por la que mi tía se marchó fue porque se había quedado con un dinero que no le pertenecía.

—¿Qué? ¿De quién era ese dinero?

—¡Mío! Tía Elizabeth me lo confesó esta mañana. Creía que la renta de los Inglesham se había acabado cuando mi madre murió, pero no fue así. Se me transfirió a mí… aunque nadie me lo dijo en su momento —la voz le temblaba e hizo una breve pausa antes de continuar—. Durante ocho o nueve meses mi tía estuvo cobrando la pensión del abogado en Buckingham sin decirme nada.

—¿Por eso se marchó tan inesperadamente? ¿Empezaste a sospechar de ella?

—¡Claro que no! Me quedé absolutamente desconcertada cuando hizo el equipaje y se marchó, pero me despedí con cariño de ella y le deseé un buen viaje. Fui una estúpida ingenua. Pero sé que mi tía tenía serios problemas, y creo que estaba huyendo de algo… o de alguien. El día antes de partir recibió la visita de un hombre. Tuvieron una discusión muy acalorada… no sé de qué hablaron, pero oí que mencionaban algo de dinero. Finalmente, el hombre se marchó diciendo que volvería. Mi tía hizo el equipaje y salió a la mañana siguiente.

—¿Sin preocuparse por ti?

—Bueno, antes de irse me aconsejó que abandonara Maids Moretón lo antes posible. Y eso hice.

—¿Volviste a ver a ese hombre?

—No. No quise volver a encontrarme con él. Vestía como un caballero, pero no se comportaba como tal. Me daba mucho miedo.

—¿Le has hablado a la tía Elizabeth de ese hombre?

—¡No! Y no voy a hacerlo —le agarró fuertemente el brazo—. Hugo, no debes hablar de esto con nadie. Lo mejor será olvidarlo todo.

—No tienes por qué mirarme así… Creo que tienes razón. No hay ningún motivo para asustar a la tía Elizabeth. No es probable que ese hombre, sea quien sea, venga aquí. Y no creo que tú tía Staunton quiera aparecer, tampoco —su tono de desprecio hizo que Deborah apartara la mirada y soltara un sollozo. Hugo maldijo en voz baja y la estrechó entre sus brazos—. No dejes que esto te afecte, Deborah. El engaño de tu tía puede haber sido un golpe muy duro, pero tienes que olvidarlo y ser feliz aquí.

—Pero to… todos confiábamos en ella, Hugo. Era… era de la familia…. La her… hermana de mi padre. Mi… mi madre la que… quería.

Hugo la abrazó con fuerza, y ella apretó el rostro en su pecho para descargar un cúmulo de emociones mezcladas en un torrente de lágrimas: vergüenza, pena, ira, humillación, y, quizá más que nada, un alivio inmenso tras los meses de tensión y penuria que habían seguido a la muerte de su madre. Una miseria de la que podría haberse librado si su tía hubiera sido honesta y sincera. Su reacción era comprensible, pero Hugo pero nunca la había visto tan desconsolada y sintió que se le encogía el corazón.

—Mi pobre niña… ¡Cuánto has tenido que sufrir! —la dejó llorar por unos momentos, esperando a que se calmara—. Pero piensa en tu herencia. Tendré que estar preparado para protegerte de los cazadotes, ahora que eres una mujer rica.

Una risita temblorosa le dijo que su broma había surtido efecto. Deborah se apartó y lo miró, y su rostro se distendió en una carcajada. Con Deborah el sol siempre brillaba tras la niebla. Hugo admiraba su valor y su entereza ante los reveses que sufría en la vida. Le pareció algo muy natural tenerla entre sus brazos, y la apretó con más fuerza. En muchas ocasiones la había abrazado así… al caerse de un manzano, al resbalar en las piedras del arroyo, al perder a algún animalito que hubiera tenido a su cuidado. Deborah siempre lo había buscado cuando necesitaba consuelo. Y a él siempre le había resultado sorprendentemente fácil brindárselo.

Al cabo de un momento, Deborah se soltó.

—Gracias, Hugo —le dijo mientras se frotaba los ojos—. Eres muy bueno por soportar mis lágrimas. Siento haberme desahogado contigo de esta manera… aunque ahora me siento mucho mejor. Era una carga demasiado pesada.

Siguieron caminando en agradable silencio. El verano estaba en su apogeo, y los robles, olmos, fresnos y alisos resplandecían en todo su verdor. *Autolycus* corría de un lado para otro, escarbando en la maleza y dando un salto hacia atrás cuando un conejo se asomaba en su madriguera y volvía a desaparecer rápidamente, o persiguiendo una ardilla para ladrar con frustración cuando el animal trepaba a un

árbol. Deborah se internó un poco en el bosque para recoger flores, hojas y tallos, y cuando Hugo le preguntó por ello le habló de sus propiedades.

—Me sorprende que lo preguntes, Hugo. Supongo que en Londres sólo fuiste a la farmacia cuando te dolía la cabeza o algo así, pero aquí en el campo preparamos nuestras propias medicinas, y los bosques están llenos de remedios de todas clases.

—No recuerdo haber tenido que llamar nunca a un médico.

—¿No? ¿Entonces no sufriste las heridas y magulladuras propias de esas actividades masculinas? ¡Pues fuiste muy afortunado!

Él se echó a reír.

—Pues claro que sufrí heridas y esguinces, tontita. ¿Qué me habrías preparado? ¿Me habrías dado una de ésas?

—No, habría usado consuelda para los esguinces, y no crece por aquí. Tendría que haber ido al otro lado de la aldea para buscarla. También se puede encontrar agrimonia… es muy buena para la gota.

—Gracias, pero aún no padezco gota. ¿Qué tienes ahí que pueda ayudarme?

—Esto es bardana, muy buena para las quemaduras. Betónica para facilitar la digestión. Consuelda menor para aliviar la embriaguez…

—¡Muy útil, desde luego! —comentó él irónicamente—. Esa flor amarilla no será una ortiga muerta, ¿verdad?

Deborah lo miró con una mueca.

—¡Hugo! ¿Cómo puedes llamarla así? Tiene un nombre mucho más bonito… y muy buena fama.

—¿Ah, sí?

—Se llama arcángel amarillo, y los boticarios dicen que puede alegrar el corazón, alejar la melancolía y animar el espíritu. ¿Qué más se podría pedir?

—Nada más, desde luego. Quizá debería ponerte a ti el mismo nombre, Deborah. A menudo tienes el mismo efecto que la ortiga muerta amarilla.

—¡Hugo! —protestó ella, riendo, sin saber si sentirse halagada por el cumplido o molesta por el nombre.

—¿Conoces todas las plantas?

—En absoluto. Comparada con Lavender Brabant, soy una completa ignorante.

—¿Cómo? ¿La hija del almirante? ¿Vive en Hewly Manor? No creo haber intercambiado con ella más de dos palabras en toda mi vida.

—Hace años me la encontraba a veces en el bosque. Me enseñó lo poco que sé… Creo que conoce todas las plantas que crecen por aquí. No me sorprende que no hayas hablado con ella. Es muy escurridiza. Una especie de ermitaña, al igual que Hester.

—Ah, sí. Hester… —se quedó en silencio por unos momentos.

—Estás preocupado por ella, ¿verdad? ¿Qué crees que hará? Con lord Dungarran, me refiero.

—Mi hermana es terca como una mula, pero creo que… espero que acabe cediendo. Dungarran puede ser muy persuasivo. Anoche estaba hablando de tomar medidas extremas. No sé cuáles podrán ser, pero confío en que no pretenda secuestrarla ni nada parecido. No me parece que sea un Lochinvar moderno, y sólo la juventud alocada puede llegar a esos extremos. Oh, todo es tan absurdo. Qué par de tontos…

—No, Hugo. El amor nunca es absurdo. Ya verás… Hester acabará entrando en razón. Lo sé.

—¿Entrando en razón, dices? La razón no tiene nada que ver con esto. Pero Robert Dungarran sería un buen marido para ella. Confieso que me gustaría ver a Hester felizmente casada antes de… —se detuvo, vacilante.

—¿Sí?

—Antes de que yo mismo me case. He estado hablando con mi padre. Como ya sabes, está impaciente por verme casado.

—Sí, lo sé —respondió ella, agachando la cabeza para evitar unas ramas—. ¿Y?

—Le hablé de las gemelas. Estaría muy complacido si pido la mano de una de ellas, y cree que mi tío William estaría encantado de darme su beneplácito.

—¿En serio?

—Encontrar maridos para cuatro hijas es muy duro. Parece que Robina tiene el futuro asegurado, pero mi pobre tío aún tiene que pensar en tres dotes más. Como bien sabes, enviar a una hija a la temporada de Londres es muy caro… y en el caso de las gemelas el gasto sería doble.

—Pero Robina podría ayudar.

—Aún no se ha casado, Deborah. Y las gemelas ya han cumplido diecinueve años.

—¡Oh, vamos, Hugo! ¡Aún queda mucho tiempo! Robina se habrá casado antes del comienzo de la próxima temporada. Ya lo verás… ¡Las gemelas van a causar sensación! Dos bellezas idénticas y encantadoras… ¿Cómo puedes tener dudas?

Hugo siguió hablando como si no la hubiera oído.

—Y cualquiera de las dos sería perfecta como señora de Perceval Hall.

Deborah guardó un breve silencio.

—¿Y tú qué opinas, Hugo? ¿Cuál sería perfecta para ti?

Él sacudió la cabeza.

—¡Ése es el problema! No sabría a cuál de las dos elegir.

Ella lo miró con una expresión de asombro y reproche.

—¿Quieres decir que no lo sabes? ¡Hugo, no puedes pensar en casarte con ninguna de mis primas hasta que no sepas a cuál de las dos amas de verdad!

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Las dos son idénticas en todo!

—Cierto. Pero no son… no son intercambiables. Cada una tiene su propia personalidad.

—Pues claro que son diferentes. Edwina es más impulsiva, mientras que Frederica es más cautelosa. Edwina sabe montar mejor a caballo, y Frederica tiene más talento para el baile. Las dos tocan el arpa muy bien, aunque tú siempre has sido la artista de la familia.

—¡Calla! —exclamó Deborah—. No quiero seguir oyendo cómo enumeras las virtudes de mis primas. ¿Cómo puedes ser tan superficial a la hora de elegir esposa?

Hugo se ofendió.

—No te entiendo. ¿Qué sugieres que haga? ¿Decepcionar a su familia y a la mía por buscar esposa en otra parte?

—En absoluto. Pero creo que deberías conocer mejor a Edwina y Frederica antes de considerar la posibilidad de casarte con cualquiera de ellas. Las quiero mucho, y el hombre que consiga ganarse su afecto será muy afortunado. Pero sin un cariño verdadero, mutuo y permanente, toda relación estará condenada al fracaso.

—¿No crees que estás exagerando un poco, Deborah?

—Yo sé de lo que estoy hablando, Hugo. Créeme.

—Te aseguro que no tengo la menor intención de poner en peligro mi matrimonio. Siempre he creído que dos personas sensatas, con intereses similares y buena voluntad por ambas partes, pueden hacer que funcione cualquier relación… el matrimonio incluido. Son las extravagancias románticas las que amenazan un matrimonio, y ninguna de las gemelas se dejaría llevar por ese tipo de locuras.

Deborah sacudió la cabeza, pero vio que era inútil seguir discutiendo e intentó cambiar de táctica.

—¿Y qué hay de Edwina y Frederica? ¿Sabes cómo responderían a una petición tuya?

—Cualquiera de las dos se lo tomaría muy en serio.

Deborah soltó un bufido.

—¡Desde luego! —espetó con sarcasmo, pero esa vez Hugo no se ofendió.

—No me tomes por un engreído, Deborah. Mis primas son unas chicas muy sensatas y saben que casándose conmigo mejorarían considerablemente su posición. Mi mujer se convertiría en la señora de una vasta hacienda y ocuparía un lugar destacado en la alta sociedad. Eso ya es algo. Y, hasta donde yo sé, no soy ningún monstruo —la miró con un atisbo de inquietud—. Creo que les gusto lo suficiente, ¿verdad? ¿Verdad, Deborah?

—Te aprecian mucho, Hugo. Igual que todos nosotros. Pero, ¿lo suficiente para casarse contigo? Eso es algo que deberías preguntarle a la mujer que elijas como

futura esposa. Aunque yo lo supiera, no te lo diría —dudó un momento—. ¿Puedo decirte algo? Quizá no te guste oírlo…

—Adelante —la apremió él—. Dudar no es propio de ti.

—Creo que si le pidieras a una de mis primas que se casara contigo, ella podría aceptar sin cuestionarse sus propios sentimientos. Las dos te admiran mucho. Y, naturalmente, las dos saben que la familia quedaría muy complacida con vuestra unión.

—¿Y eso es tan grave? La admiración es una buena base para una relación de afecto. ¿Y qué tiene de malo complacer a la familia?

—Pero ¿y si sus sentimientos ya están comprometidos con otra persona? Me temo que aun así seguirían acatando la voluntad de sus padres.

—Deberías darme un poco más de confianza —dijo él con impaciencia—. Si ése fuera el caso, no se me ocurriría pedir su mano. Buscaría a otra persona.

Deborah comentó mordazmente lo mucho que le agradaba verlo tan filosófico y que su corazón no estuviera involucrado en la elección de su futura esposa.

—Deborah… creo que corres el peligro de caer en la misma trampa que el pobre Robert Dungarran. El amor pasional no es más que un obstáculo para la razón. Lleva a cometer todo tipo de estupideces, y eso es algo que no me pasará a mí.

Se estaba impacientando cada vez más y decidió acabar con la discusión. El punto de vista de Deborah era tal y como se había esperado… Puro sentimiento sin el menor sentido común. Y aunque le había provocado una ligera duda, no estaba dispuesto a hacerle caso.

—¿Dónde está ese maldito perro? ¡Ha desaparecido!

Habían estado tan absortos en la discusión que se habían olvidado del perro. Miraron a su alrededor y vieron que habían llegado al linde del bosque, junto a una de las casas de campo. No había ni rastro de *Autolycus* por ninguna parte, y Deborah se disponía a ver si se había colado en la propiedad de la señora Bember en busca de comida, cuando se oyó alboroto procedente del gallinero. Al instante siguiente, el lateral del edificio se derrumbó con un fuerte estrépito y *Autolycus* salió despavorido, perseguido por un gallo furioso y un montón de gallinas. Saltó sobre el seto en el que la señora Bember había dejado varias prendas para secarse y corrió por el campo como si la vida le fuese en ello, batiendo las orejas y con unas grandes enaguas colgándole del rabo como una cometa.

La imagen era tan ridículamente cómica que los dos se echaron a reír, pero las risas fueron interrumpidas cuando apareció la señora Bember, corriendo y gritando detrás de los animales.

—¡Volved aquí, volved! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer? ¡Volved aquí, malditas criaturas! —se detuvo en seco al ver a Hugo—. Oh, señor Hugo, ¿qué voy a hacer? Un perro ha echado abajo mi gallinero y se han escapado todas las gallinas. ¡Nunca podré recuperarlas! ¿Qué pasará con el dinero de los huevos? ¡Y mis enaguas han desaparecido! ¡Y eran las mejores que tenía! —entonces se percató de la presencia de Deborah—. ¡Oh, señorita Deborah! Discúlpeme, por favor. Estaba tan

angustiada que no la había visto. No sabía que hubiera regresado… Pero éste es un mal momento. Estoy metida en un buen apuro. Ese animal ha ahuyentado a todas mis gallinas. ¿Qué voy a hacer, señorita Deborah? No puedo correr tras ellas. ¡Estoy perdida! ¡Y he perdido también mis mejores enaguas de franela!

Deborah se acercó a la anciana y la condujo de vuelta a la casa.

—Lo siento mucho, señora Bember. Pero no tiene de qué preocuparse. Nosotros nos encargaremos de todo. ¿Qué le parece si le preparo algo de beber mientras Hugo ve lo que puede hacer? —le sugirió, al tiempo que le echaba una mirada suplicante a Hugo.

Hugo le sonrió a la señora Bember.

—Yo me ocuparé de todo. Enviaré a algunos hombres para reparar el gallinero, y le prometo que sus gallinas tendrán un nuevo hogar antes de que anochezca. Lo que no puedo garantizarle es que podamos recuperar sus… enaguas.

—Oh, de todos modos se han echado a perder, señor Hugo. Es una lástima. Eran muy bonitas. Su madre me las ofreció el invierno pasado. «Póngase estas enaguas, señora Bember», me dijo. «La ayudarán a entrar en calor». Y tenía razón… ¿De verdad podrá recuperar las gallinas, señor Hugo?

—¡Todas y cada una de ellas! Y si alguna se pierde la reemplazaremos. No se preocupe por nada. La señorita Deborah se quedará con usted hasta que se sienta mejor —le dedicó una sonrisa alentadora a la señora Bember y se marcho… no sin antes lanzarle a Deborah una mirada que no presagiaba nada bueno para ella ni para el perro.

—Y yo le compraré unas enaguas nuevas, señora Bember —le prometió Deborah—. Ahora siéntese y relájese. Todo saldrá bien.

—Gracias, señorita Deborah. Es usted muy amable. Me preguntó de dónde habrá salido ese perro… Nunca lo había visto por aquí.

Deborah puso una mueca y respiró hondo.

—Lamento decirle que el perro es mío, señora Bember. Me… me temo que no está muy bien educado. El señor Hugo dijo que tendría que mantenerlo atado, y no se equivocaba.

—¡Debería librarse de ese animal, señorita Deborah! Antes de que cause daños más graves. Una vieja como yo necesitaría un perro de verdad, uno que conociera su trabajo, especialmente en estos tiempos que corren…

Deborah reprimió el impulso de señalar que *Autolycus* era un perro de verdad y le preguntó a la señora Bember a qué se refería con «estos tiempos que corren».

—Pero, señorita Deborah, ¿nadie se lo ha contado? ¡Ya no estamos a salvo en ninguna parte! Las cosas se han puesto muy feas desde que su señoría fue asesinado.

—¿Lord Sywell? Creía que la situación era peor cuando estaba vivo…

—¡Claro que sí! Especialmente para los pobres desgraciados que vivían en las tierras de la abadía. Para la gente de Abbot Quincey no era tan horrible… ya que los

Perceval siempre han cuidado de los suyos. Pero el marqués de Sywell era un amo terrible. No se podría creer las cosas que hemos tenido que oír. El mismo se buscó su final… Según me dijeron, lo encontraron tirado en un charco de sangre —dijo, no sin cierto alivio.

—¿No se sabe quién lo hizo?

—Hay quien dice que fue Solomon Burneck. Es un hombre despreciable, pero no estoy segura de que pudiera hacer algo así. Y ahora han enviado a un tipo con una nariz ganchuda que va por ahí haciendo toda clase de preguntas. Se llama Jackson y dice que viene de Broad Street, lo que quiera que signifique eso.

—¿No será más bien de Bow Street, señora Bember? ¿Un oficial de Bow Street?

—Quizá. Sea Bow o Broad, ¡ese hombre no tiene derecho a molestar a la gente honesta!

—Pero quizá pueda averiguar quién mató al marqués. Y eso sería bueno para todos. Se sentiría más segura, ¿no?

—Segura o no, señorita Deborah, no encontrará a mucha gente dispuesta a hablar. ¡Ni siquiera si el príncipe regente está interesado!

—¿El príncipe regente? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Los Jackson dicen que el príncipe quiere que se encuentre al asesino. Soy tan leal como cualquiera al rey George, que Dios lo bendiga, y haría cualquier cosa por complacerlo. ¡Pero esto no! Sywell era un hombre muy malvado y merecía morir. Si algún pobre diablo se vio obligado a matarlo por culpa de sus horribles pecados, no seré yo quien lo delate. Mis labios están sellados —hizo una breve pausa—. No quiero decir que sepa algo… Es sólo una manera de hablar. Pero todos pensamos igual, señorita Deborah. Ese tipo de Broad Street o como se diga puede preguntar lo que quiera. No encontrará mucha colaboración por aquí. Deborah desistió de intentar convencer a la señora Bember. En el fondo, estaba de acuerdo con la gente de las aldeas. El marqués había causado mucho sufrimiento en su vida, y no había necesidad de castigar a otra víctima. Lo mejor sería olvidarse del asunto.

Hugo volvió al cabo de una hora con el sobrino de la señora Bember y con un chico de la granja.

—Hemos recuperado a casi todas las gallinas, incluido el gallo. No habían llegado muy lejos. Están en la granja, hasta que Seth haya reparado su gallinero… Y le he dicho que tiene que ser mucho mejor y más resistente que el viejo.

—Se lo agradezco mucho, señor Hugo. Ha sido una bendición para todos que haya regresado a Abbot Quincey después de tantos años. Y usted también, señorita Deborah. Muchas gracias por su ayuda.

—Es lo menos que podíamos hacer. ¿La… la señorita Deborah le ha dicho que ese condenado perro era nuestro?

—Sí, señor Hugo. Y no sé qué decir…

—Entiendo. Yo sí tengo algo que decir. Pero lo diré más tarde. Ahora deje que su sobrino se ocupe de todo mientras usted descansa. Tome —le puso algo en la

mano a la señora Bember y agarró a Deborah del brazo para marcharse—. Y ahora, Deborah, tú y yo vamos a tener una pequeña charla —le dijo cuando cruzaron la verja del jardín.

—Si insistes. Pero antes que nada tengo que encontrar a *Autolycus*… ¿O ya lo has encontrado?

—Está de regreso en su establo, y no se puede decir que esté muy contento.

—¿Estaba herido?

—No antes de que yo lo encontrara. No le gustó mucho recibir sus azotes.

—¿Has azotado a mi perro? —preguntó ella, horrorizada—. ¿Cómo… cómo te has atrevido?

—Tienes suerte de que ningún granjero le haya disparado. Cuando lo atrapé, estaba corriendo por un pasto cercano, ahuyentado a las ovejas. Me parece, Deborah, que no eres consciente del peligro que supone un perro tan indisciplinado en el campo. Para sobrevivir aquí, *Autolycus* tiene que aprender a comportarse.

—Y yo creo que no eres consciente de que no tienes ningún derecho, ninguno en absoluto, a pegarle a mi perro —replicó ella con vehemencia.

—No te pongas sentimental ahora —dijo él. Respiró hondo y se obligó a hablar con calma—. *Autolycus* es un buen perro y lamentaría que tuviéramos que deshacernos de él. Pero tendrá que irse si no puede aprender disciplina. Por eso le pegué. Y le volvería a pegar si mañana hiciera lo mismo. Pero no será necesario, porque no lo hará.

—¡Me niego a permitir que coartes la libertad de mi perro! —declaró ella.

—Eres la mujer más irritante que he conocido en toda mi vida —se desesperó él—. No quiero coartar la libertad de nadie, pero los animales tienen que aprender a obedecer.

—¡Con cariño!

—Con cariño, sí. Pero no con indulgencia. *Autolycus* tiene que aprender que si me desobedece… a mí o a ti, será castigado.

Deborah lo miró con frialdad.

—Si te veo levantar la mano contra mi perro lo lamentarás, Hugo. Lo digo en serio.

—Te estás comportando como una niña, Deborah. Es más, te equivocas si piensas que tu estúpida amenaza va a detenerme. Me niego a que un buen animal como *Autolycus* se eche a perder por falta de disciplina. ¿Cómo crees que se sintió la señora Bember cuando vio lo que tu perro había hecho? ¿No te parece que se merecía un justo castigo por provocar tantos daños?

Deborah guardó silencio, y finalmente cedió a regañadientes.

—Tengo que darte las gracias por haberte ocupado de todo.

—Bien, entonces…

—Oh, supongo que tendré que perdonarte. Pero por favor, no vuelvas a castigar a *Autolycus* de esa manera. Por favor, Hugo…

—¿Qué vamos a hacer con las enaguas de la señora Bember? —preguntó él, ignorando el ruego de Deborah—. ¿Quieres que hable con mi madre?

—Ya he dicho que le compraré unas enaguas nuevas. Hablaré con las gemelas. Ellas sabrán dónde puedo conseguirlas. No quiero involucrar a nadie más, Hugo. Tu madre hablaría con tía Elizabeth, y no creo que aprobase el incidente de esta mañana.

—Desde luego que no. Pero si no quieres dilapidar tu herencia antes de que acabe el año, será mejor que le enseñemos a *Autolycus* algunos modales, ¿no te parece?

La semana siguiente fue relativamente tranquila. Deborah pasaba mucho tiempo con su tía y sus primas, adaptándose a lo que iba a ser su hogar permanente. No tardó en retomar la buena relación que siempre había mantenido con sus primas, y la vieja costumbre de éstas de proteger a Deborah de la censura de su madre volvió a estar vigente muy pronto. Estuvieron encantadas de ayudarla a buscar unas enaguas nuevas para la señora Bember y, al igual que Deborah opinaban que cuanto menos supiera lady Elizabeth sobre las diabluras de *Autolycus*, mejor. El perro aún les infundía temor, pero le tenían mucho cariño. Por su parte, *Autolycus* parecía intuir que les gustaba más a Edwina y Frederica si estaba tranquilo, por lo que cuando se quedaba con ellas mantenía un comportamiento impecable.

Hugo estaba muy ocupado, junto a otros miembros de la familia, con los preparativos para la feria. Pero siempre encontraba un hueco para visitar a sus primas en la parroquia y supervisar el adiestramiento de *Autolycus*. Como no había revelado sus intenciones matrimoniales a nadie salvo a su padre y a Deborah, las gemelas se quedaron sorprendidas por las frecuentes visitas de Hugo, pero lo aceptaron con su parsimonia y buen humor habituales. El perro parecía igualmente confundido, pero se mostró tan dispuesto como siempre a aprender cualquier cosa que Hugo quisiera enseñarle. Deborah, que sabía cuál era el motivo subyacente a las visitas de Hugo, agradecía sus esfuerzos con *Autolycus* e intentaba no angustiarse cuando se dedicaba a lo que ella misma le había aconsejado… conocer mejor a sus primas.

Capítulo 4

Los preparativos para la feria tuvieron prioridad sobre todo lo demás. Era una celebración tradicional, y los mismos eventos y actividades se ofrecían año tras año. Nadie quería que se cambiara nada. Como de costumbre, acróbatas, magos, tragallamas, pitonisas, artistas y feriantes de todas clases empezaban a llegar a la aldea. A un par de ellos convenía vigilarlos de cerca, pero la mayoría eran trabajadores honestos y añadían un toque de exotismo a la ocasión. Los aldeanos proporcionaron un grupo de danza Morris y dos bandas de música, junto a varias casetas para ofrecer bebidas y venta de artículos. Además se celebraban las competiciones tradicionales en donde participaban equipos de las cuatro aldeas, como tiro con arco y el juego de la soga, así como otras diversiones más reposadas como adivinar el peso de un cerdo o el número de judías en una botella. El tiempo acompañó los festejos, pues el cielo estaba despejado y soplaba una ligera brisa, lo suficiente para aliviar el calor y ondear las banderas y banderolas de las casetas. Los puestos y tenderetes habían sido colocados circularmente en la gran extensión de césped, con las mesas y bancos a la sombra del cedro, y un gran espacio en el centro para los espectáculos y juegos. En una esquina había una tarima presidida por el granjero Buller, el herrero de Steep Abbot, en la que se podía leer ¡Prueba tu fuerza! Los jóvenes del condado, musculosos y con la frente sudorosa, descargaban el pesado martillo contra una palanca para intentar que la bala de cañón tocara la campana situada en lo alto del poste. Luego volvían a ponerse la camisa y, según el resultado obtenido, se giraban pavoneándose o con expresión avergonzada hacia las expectantes doncellas. Las esposas y hermanas de los granjeros se reunían en torno a las casetas para ver los productos, mientras que los granjeros se dirigían al campo cercano para ver a los perros pastores o los caballos en venta.

En la hierba al pie de la escalinata frontal había una plataforma bajo un toldo colorido. Allí estaba lady Perceval para inaugurar los festejos y allí se entregarían los premios. Aquel año serían entregados por Hugo, en honor a su regreso a Northamptonshire.

El grupo de la parroquia llegó puntual y se unió al resto de invitados en la terraza que había frente a la casa. Deborah reconoció a casi todos ellos… la hermana de lady Perceval, la señora Rushford y su familia, los Vernon de Stoke Park… Pero también había uno o dos rostros desconocidos. Cuando le preguntó a Hugo por ellos, él se apresuró a efectuar las presentaciones.

—Lady Martindale, permítame presentarle a mi prima, Deborah Staunton —dijo, y se volvió hacia un hombre moreno y de aspecto serio que estaba junto a ella—. Éste es el sobrino de lady Martindale, Deborah. Lord Dungarran.

Mientras Hugo charlaba con sus amigos, Deborah observó con interés al hombre que había conquistado el corazón de Hester. Atractivo, sereno y con una sonrisa encantadora, no parecía un hombre que estuviese desesperadamente enamorado. Entonces Hester Perceval apareció en la terraza y Robert Dungarran se acercó a ella. No hubo ninguna muestra de amor o pasión, pero en la actitud de Robert se podía intuir que estaba profundamente enamorado. Y por la expresión de

Hester parecía que no todo estaba perdido. Sus ojos destellaban al mirar tímidamente a Dungarran, y sus mejillas adquirían un color muy favorecedor. Deborah sonrió para sí misma. Si Hester Perceval no había sucumbido ya a los encantos de su amado, no tardaría en hacerlo.

—Espero que *Autolycus* haya aceptado de buen grado haberse quedado atrás —la voz de Hugo le hizo dar un respingo.

—No… no lo dejé atrás —balbuceó ella—. ¡Estaba muy triste, Hugo! No podía abandonarlo. Lowell le ha encontrado un establo vacío donde puede quedarse sin molestar a nadie. Quería tenerlo cerca de mí para ir a verlo de vez en cuando y hablar con él. Te prometo que no causará ningún problema.

—Será mejor que te asegures de que así sea. Dudo mucho que el adiestramiento recibido hasta ahora pueda reprimirlo ante todas las tentaciones que se ofrecen hoy. ¿Qué crees que pasaría si se escapara y se lanzara hacia el rebaño de ovejas?

—Por no mencionar a los cerdos, patos, gallinas, pollos y conejos de los puestos —añadió Lowell—. No te preocupes, Hugo. Está bien atado. Yo mismo me he encargado de ello.

—¡Eso espero! Pase lo que pase, no se te ocurra dejarlo salir —le advirtió a Deborah.

—Claro que no, Hugo —respondió ella con convicción—. ¿Por quién me has tomado?

Al caer la tarde, el ambiente que reinaba en la feria era magnífico. Ni una sola nube había aparecido en el cielo, las casetas habían vendido casi todos sus productos, los feriantes estaban contando sus ganancias y en el juego de la soga había resultado vencedor, como de costumbre, el equipo de la posada Ángel, de Abbot Quincey. Todos los asistentes se habían congregado para la última emoción del día: la entrega de premios. Cuando Hugo apareció en el estrado todo el mundo lo recibió con vítores y aplausos, y Deborah se quedó impresionada por la cálida acogida que le dispensaban.

Hugo ofreció un breve discurso y luego se centró en los premios.

Había muchos galardones que entregar, y tan sólo estaba a la mitad de la listas cuando Deborah sintió que alguien le tiraba de la manga. Era Frederica.

—Deborah, creo que deberías echarle un vistazo a *Autolycus*. Acabo de pasar junto al establo y estaba aullando de un modo escalofriante. No me he atrevido a entrar. Ya sabes cómo se pone a brincar, y podría hacerme daño. ¿Crees que Lowell haya podido atarlo demasiado fuerte?

Las dos chicas se abrieron camino entre la multitud y se dirigieron hacia el establo donde *Autolycus* estaba confinado. Los aullidos habían cesado, y el silencio inquietó tanto a Deborah que recorrió a toda prisa los últimos metros.

Enseguida vio lo que había pasado. Lowell lo había atado con una cuerda muy larga para que pudiera moverse con libertad por el establo. Pero en sus frenéticos intentos por unirse a la fiesta, *Autolycus* se había enredado y ahora estaba tendido en el suelo con la cuerda alrededor del cuello. Deborah soltó un grito de horror y corrió

a liberarlo, sin percatarse de que el perro había estado royendo en silencio la cuerda junto a la barra a la que estaba atado. En cuanto Deborah se acercó, *Autolycus* soltó un aullido de entusiasmo, se liberó de su atadura y saltó hacia ella. Deborah se tambaleó hacia atrás e intentó sujetarlo. Consiguió agarrar un trozo de cuerda deshilachada, pero era demasiado tarde para detener a *Autolycus* en su enloquecido estado.

—¡Frederica! ¡Ayúdeme a sujetarlo! ¡Rápido!

Cuando *Autolycus* vio a otra amita fuera del establo, volvió a ladrar con alborozo y se lanzó hacia Frederica.

—¡*Autolycus*! ¡No! ¡Frederica, no corras! Es lo peor que… —pero era demasiado tarde. La advertencia de Deborah fue en vano. Frederica estaba corriendo muerta de miedo hacia la casa. *Autolycus*, encantado con lo que le parecía un juego, emprendió la persecución. Después de pasarse encerrado un montón de horas en las que sólo había recibido breves visitas de su ama, era un torrente de energía imparable.

Alcanzó a Frederica al borde del césped. La chica gritó y se encaramó a un carro de heno. El perro se detuvo, frustrado, y Deborah a punto estuvo de agarrarlo de nuevo… pero una vez más fue demasiado tarde.

Hugo estaba entregando el último premio… un lechón al granjero Gantry de Abbot Giles, cuando vio a Frederica en lo alto del carro.

—¡Ese maldito perro otra vez! ¡*Autolycus*! —rugió.

El perro se giró y vio a su ídolo. Ajeno al tono amenazador de su voz, echó a correr sobre el césped, arremetiendo contra todo lo que encontraba a su paso. Cuando alcanzó el estrado, chocó con tanta fuerza contra el señor Gantry que las robustas piernas del granjero cedieron y le hicieron perder el equilibrio. Intentó agarrarse a un poste, pero fue en vano. El poste se inclinó con un crujido y cayó detrás del granjero, arrastrando toda la estructura consigo. Hugo, Gantry y el lechón se encontraron bajo un amasijo de madera y lona. Hugo despotricaba y maldecía a *Autolycus*, a Deborah y a cualquier otro en que pudiera pensar.

El señor Gantry resoplaba y se retorcía, intentando levantarse, y el cerdo logró escurrirse entre la multitud, chillando incesantemente.

Por suerte no hubo daños graves. Algunos de los presentes levantaron el toldo para que los dos hombres salieran, ilesos, mientras otros se lanzaban en persecución del cerdo.

Tras unos minutos iniciales de horror y desconcierto, todo el mundo se echó a reír, incluso los distinguidos invitados que estaban en la terraza. Henrietta no podía reprimir las carcajadas, lady Martindale se apretaba un pañuelo contra la boca, y los padres de Hugo también se unieron al jolgorio cuando vieron que su hijo no había sufrido ningún daño. Para Hugo fue demasiado. Se sacudió como un perro, se ajustó la corbata y se pasó una mano por el pelo. Le dirigió unas apresuradas palabras al granjero y se lanzó a la búsqueda del culpable.

Deborah había observado la escena sin poder creerse lo que veían sus ojos. Su demonio particular había vuelto a atacar. Pero esa vez no habría indulto ni perdón.

Tanto ella como su perro serían los más odiados de todo el condado. *Autolycus*, asustado por todo el daño que había provocado, se había escapado con el rabo entre las piernas en dirección a su propio establo en la parroquia. Deborah esperó hasta cerciorarse de que Hugo estaba bien y entonces se escabulló discretamente por la parte de atrás, siguiendo a su perro en la retirada.

A Hugo le costó bastante rato encontrarlos. Primero había ido a las cuadras de Perceval Hall, pero estaban desiertas. Luego había acosado a Lowell, quien no sólo se mostró incapaz de ayudar sino que le resultó imposible ocultar su regocijo por el deshonroso incidente… al igual que el resto de sus vecinos, amigos y arrendatarios. Por lo visto, había sido el cerdo lo que añadió el toque final. Hugo les aseguró que estaba bien, se rió con ellos, admitió que algo había que hacer con el perro y continuó su búsqueda. Finalmente decidió que Deborah y su perro debían de haberse marchado a casa. De camino se encontró con Frederica.

—¡Oh, Hugo! Cuánto me alegra encontrarte. ¿Te has recuperado de la caída?

—Sí, por supuesto. La peor parte se la ha llevado mi dignidad —dijo con una irónica sonrisa—. ¿Y tú?

—Estoy bien. Sé que Autolycus no quería hacerme daño, pero me entró el pánico. No lo castigarás, ¿verdad? No fue culpa suya.

—La culpable es Deborah… como siempre.

—¡No, no! Tampoco fue culpa de Deborah. Por favor, no seas muy duro con ellos, Hugo.

—Tienes un corazón de oro, Frederica. Es propio de ti querer defender a Deborah y a su condenado perro. Pero es inútil. Dime dónde puedo encontrarlos.

—¡No pienso decírtelo si vas a castigarlos! —lo desafió ella.

—¡Frederica! —exclamó él, sorprendido por la actitud de su prima. La miró con severidad y ella acabó cediendo.

—Su… supongo que están en la pa… parroquia. Hace unos minutos vi a *Autolycus* corriendo hacia allí. ¡Pero sólo fue un accidente! Oí que *Autolycus* estaba aullando y fui a buscar a Deborah.

—Gracias. Supongo que mi madre te estará buscando. La feria está llegando a su fin, gracias a Dios, y necesitarán toda la ayuda que puedan encontrar. Parece que Hester y Dungarran han desaparecido y yo no estoy disponible en estos momentos… hasta que me haya ocupado de Deborah Staunton y del perro. Sé buena chica y vuelve a la casa. Me reuniré con vosotros más tarde. ¡No, no sigas! No pienso seguir escuchándote. Vuelve a la casa ahora mismo.

Frederica se dio la vuelta desconsoladamente y se alejó por el césped. Hugo la vio marcharse y se dirigió hacia la parroquia.

Encontró a Deborah acurrucada en un rincón del establo, con la cabeza de *Autolycus* en el regazo. No levantó la mirada cuando Hugo entró, sino que se inclinó sobre el perro para rodearle el cuello con los brazos.

—Deja al perro —le ordenó Hugo.

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo.

—He dicho que dejes al perro, Deborah.

—¡No! Sé lo que quieres hacer, y no voy a permitírtelo.

—No estoy de humor para juegos —dijo él, quitándose la chaqueta—. ¡Arriba, *Autolycus*!

El perro miró a Deborah con expresión de disculpa y se levantó. Miró a Hugo como si intentara congraciarse con él, batiendo ligeramente el rabo. Al no recibir respuesta, dejó caer el rabo y la cabeza. Era la viva imagen de la desgracia.

Hugo agarró una fusta que colgaba de la pared y sujetó a *Autolycus* por el collar. Levantó la fusta y azotó al perro en sus cuartos traseros. El castigo era bastante suave, destinado a reprender, no a hacer daño, pero *Autolycus* gimió e intentó soltarse frenéticamente. Hugo lo aferró con firmeza y volvió a levantar el brazo.

—¡Para! ¡Detente! —gritó Deborah. Se puso en pie y le arrebató la fusta. Él intentó recuperarla, pero ella la mantuvo fuera de su alcance—. ¡Te lo dije, Hugo! No permitiré que le pegues a *Autolycus*.

El desafío de Deborah fue la gota que colmó el vaso. Hugo, que hasta ese momento había logrado contenerse a pesar de las provocaciones, perdió los nervios.

—¡Dame la fusta, Deborah! Te juro que si tengo que quitártela por la fuerza no será al perro a quien castigue.

—¡Será mejor que no te acerques!

Hugo ignoró su advertencia y avanzó hacia ella. Deborah levantó el brazo y descargó un golpe con todas sus fuerzas. La punta de la fusta hirió a Hugo en la mejilla. Con un rugido de furia, cubrió con una zancada la distancia que los separaba y le quitó la fusta con brusquedad. La sujetó fuertemente por la muñeca y ella dejó escapar un grito de miedo y dolor. Aquello lo enfureció aún más. Dejó caer la fusta al suelo y la agarró por los hombros para sacudirla con violencia. Entonces la levantó hasta hacerle despegar los pies del suelo y la besó con ímpetu en los labios sin prestar la menor atención a los gritos ahogados y frenéticos puntapiés. El íntimo calor que se filtraba a través de las finas ropas de Deborah enardeció a Hugo aún más, y el beso se hizo más y más intenso. Las protestas de Deborah se fueron apagando, hasta que los dos cuerpos se fundieron en un abrazo de pasión…

Hasta ese momento *Autolycus* no había sabido a quién debía serle fiel. Pero de repente pareció tenerlo muy claro, porque se lanzó hacia Hugo con un profundo gruñido. Hugo soltó a Deborah e intentó protegerse, estando su manga entre los dientes del perro. Deborah, que casi se había desplomado al soltarla Hugo, se incorporó rápidamente y empezó a gritar.

—¡No, *Autolycus*, no! ¡Abajo! ¡Abajo!

Autolycus soltó a su presa y se tumbó, pero con todos los sentidos alerta y los pelos erizados, dispuesto a atacar de nuevo.

Por un momento el establo quedó en silencio, salvo por los jadeos del perro y la respiración acelerada de los dos humanos. Hugo recogió su chaqueta, se la puso y se

dirigió hacia la puerta mientras se frotaba la mejilla con su pañuelo. Por su parte, Deborah se inclinó sobre el perro para intentar calmarlo. No fue fácil, pues *Autolycus* podía sentir la tensión y la hostilidad que vibraban en el establo.

—¡Te lo tenías merecido! —espetó Hugo, mirando al exterior a través de las puertas abiertas.

Deborah tragó saliva, pero no dijo nada.

—Pero no debería haberlo hecho —siguió él—. No sé qué me ha pasado.

—Estabas furioso —dijo ella desconsoladamente—. Di… dijiste que querías castigarme. Y eso has hecho —sacudió la cabeza y se llevó los dedos a los labios—. Es extraño. Creía que el beso era una expresión de amor, no un deseo de hacer daño.

Hugo la miró fugazmente y volvió a apartar la mirada. Deborah esperó un momento y empezó a arreglarse la ropa mientras intentaba recuperar el control de sus emociones.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó finalmente—. Con *Autolycus*…

—Oh, no tienes de qué preocuparte —dijo él, manteniéndose de espaldas a ella—. No voy a usar otra vez la fusta. Nunca había estado tan furioso como ahora.

Deborah se irguió y dio un paso hacia él.

—Hugo… —levantó las manos, pero las dejó caer al no recibir respuesta—. ¿Vas… vas a convencer a la tía Elizabeth para que se libre de él? No puedo detenerte. Y ella te hará caso, seguramente. Pero, Hugo… Oh, ya sé que no estoy en posición de pedirte nada, pero ojalá no lo hicieras —esperó un momento, pero Hugo siguió sin reaccionar y ella volvió junto a su perro y se sentó junto a él.

Finalmente, Hugo se dio la vuelta y miró con expresión sombría a la chica y al perro, acurrucados una vez más en el suelo del establo.

—No lo sé. No sería fácil encontrarle un hogar. Y no quiero tener que sacrificarlo. En el fondo es un buen perro.

—¿Sacrificarlo? —repitió ella, poniéndose en pie—. ¡No es un perro fiero, Hugo! No era su intención atacarte…

—Oh, claro que era su intención. Pero no lo culpo por ello. Sólo te estaba protegiendo. Y… me avergüenza decir que necesitabas su protección —volvió a girarse bruscamente hacia las puertas.

Deborah observó su espalda. Era un hombre orgulloso y estaba avergonzado. Respiró hondo antes de hablarle.

—Puedo perdonarte por haberme besado de esa manera. Sentiste que te estaba provocando. No debería haberte atacado con la fusta. Fue… fue un grave error por mi parte. Los dos nos hemos comportado mal. Sé que no será fácil, pero ¿podemos olvidarnos de la última media hora? Salvo lo relacionado con el futuro de *Autolycus*…

Otro silencio. Finalmente Hugo se giró hacia ella. Su rostro seguía serio y adusto, pero al menos hizo el esfuerzo por hablar con normalidad.

—Lo intentaré. De todos modos, no se puede hacer mucho. Estaré fuera los próximos días. Tengo que ir a casa de mi abuela.

—¿Tu abuela? Me preguntaba por qué no había asistido a la feria.

—Dice que es demasiado mayor para esas cosas. Se quedó con algunas amigas en Derbyshire mientras todos nos íbamos a Londres en primavera, y los Broughton la invitaron a esperar hasta después de la feria antes de volver.

—Siempre me dio mucho miedo. Y también a las gemelas.

—Puede ser temible —concedió él—. Deborah, necesito tiempo para pensar. En los próximos días tomaré una decisión sobre el perro.

Deborah asintió sin decir nada. Lo que quería saber y no se atrevía a preguntar era lo que haría Hugo con relación a ella. Una vez más temía perder su amistad… y en aquella ocasión tal vez fuera para siempre.

Deborah no llegó a saber cómo consiguió explicar Hugo el arañazo en su mejilla y el desgarrón en su camisa. Cuando se levantó a la mañana siguiente, él ya estaba camino de Derbyshire. Iba a pasar un par de días con los Broughton, y como a su abuela le gustaba viajar despacio y con todas las comodidades, no estaría de vuelta hasta el fin de semana.

Con Hugo ausente, Deborah intentó mantenerse lo más ocupada posible. No quería tener tiempo para pensar. Al principio consiguió reprimir el trauma por lo sucedido en el establo y se concentró exclusivamente en el futuro de *Autolycus*. Pero a medida que pasaba el tiempo le iba resultando más y más difícil ocultar la verdad. Aquel beso salvaje la había conmocionado, derribando las defensas cuidadosamente erigidas durante tantos años. Había amado a Hugo desde que lo conocía, pero él sólo había sido un buen amigo. Sabiendo que sus esperanzas eran vanas, nunca se había permitido pensar en él de otra manera. Cuando Hugo perdió los nervios en Londres, la trató como un hermano mayor reprendiendo a una niña traviesa. Así la había visto siempre… hasta ahora.

Al perder el control en el establo, la había tratado como a una mujer por primera vez. Su intención había sido castigarla y lo había conseguido, ya que el beso había sido dolorosamente humillante. Pero si era completamente sincera consigo misma, tenía que reconocer que el beso le había despertado un deseo desconocido hasta entonces. Hugo podía haberla besado con furia, pero había sido un beso al fin y al cabo, y un beso cargado de pasión… Deborah se repitió una y otra vez que si no había significado nada para él, tampoco debía significar para ella. Durante el día conseguía ocupar las horas en muchas actividades, pero por la noche permanecía despierta en la cama, presa de las nuevas y desconcertantes emociones que aquel beso habían suscitado, recordando cómo su miedo inicial había dejado paso a una pasión desbordante y a la excitación que las manos de Hugo provocaban en su cuerpo… Pero tenía que emplear toda su fuerza de voluntad en olvidar lo ocurrido, si no quería pasarse el resto de su vida en un lamento desconsolado. El deseo debía ser reprimido, y Hugo Perceval debía ser visto como un buen amigo y nada más… si tal cosa aún era posible.

Afortunadamente, tenía muchas ocupaciones con las que llenar su tiempo. Para alegría de todos, Hester y lord Dungarran habían anunciado su compromiso la misma noche de la feria. Los planes de boda ya estaban en marcha, y la fiesta de compromiso coincidiría con la celebración del trigésimo aniversario de Hugo, después de que él y su abuela hubieran regresado. Lady Perceval conocía bien las habilidades de Deborah y le había pedido que preparase un pequeño concierto para los invitados. Edwina y Frederica cantarían un par de duetos y tocarían el arpa. Henrietta y Lowell se ofrecieron a interpretar un diálogo teatral, y Deborah tocaría como siempre, cantando uno o dos solos. Practicar al piano y ensayar con las gemelas exigía una gran cantidad de tiempo y energías. Y convencer a Henrietta y Lowell para que se tomaran la actuación en serio era aún más agotador.

También se propuso recuperar sus viejas amistades en los alrededores. Estas constituían una sorprendente mezcla; no pertenecían a la burguesía ni tampoco se las encontraba entre las clases más desfavorecidas. De niña, Deborah se había hecho amiga de aquellas personas solitarias y marginadas a las que la sociedad había rechazado, o que ellas mismas se habían autoexcluido. Vivían en casas aisladas o en cabañas primitivas perdidas en el bosque. A menudo sospechaban de los demás, y hacía falta mucha paciencia y comprensión para ganarse su confianza. Pero Deborah se había compadecido de aquellos parias, se había esforzado por congeniar con ellos y había sido recompensada con una fiel amistad.

Acuciada por su propia desgracia, Deborah se dedicó a buscar a sus viejas amistades y demostrarles una vez más su buena fe. Se llevó a *Autolycus* con ella, ya que no se atrevía a caminar sola por algunos senderos, pero en ningún momento lo perdió de vista. A la menor muestra de entusiasmo, lo llamaba para que volviera a su lado y le ataba la correa. El perro parecía aceptar la disciplina de buen grado, como si el paciente adiestramiento de Hugo, además de los justos castigos por su desobediencia, estuvieran dando sus frutos. Pero Deborah seguía angustiada pensando en cuál sería la decisión de Hugo. *Autolycus* le pertenecía a ella, pero era la tía Elizabeth quien debía decidir si el perro podía quedarse o no en la parroquia. Y aunque tenía la última palabra en el asunto, sin duda haría lo que Hugo le aconsejara. Deborah no soportaba la idea de perder a *Autolycus*. Al no tener a nadie más en quien confiar, la simple devoción del perro era un grato consuelo para su corazón malherido.

El compromiso de Hester y los planes de boda para septiembre eran los temas principales de conversación entre las jóvenes de la parroquia. Las cuatro chicas iban a ser las damas de honor, y cuando no estaban ensayando para la fiesta de lady Perceval se dedicaban a discutir sobre telas, encajes, cintas y flores. Y a intercambiar confidencias.

—Estoy muy contenta por Hester —dijo Edwina un día que ella y Deborah volvían paseando a la parroquia—. Creíamos que nunca se casaría.

—No todas las mujeres desean casarse, Edwina —observó Deborah con una sonrisa—. Hester siempre me pareció muy feliz con sus libros en el desván. Pero he oído que ella y lord Dungarran se conocieron de verdad mientras trabajaban juntos en algunos documentos del gobierno…

—Así es. Se dice que han salvado al duque de Wellington. ¿No te parece romántico? Al menos… Supongo que lo es. Pero lord Dungarran es muy mayor.

—¿Mayor? ¡Es de la misma edad que Hugo!

—A eso me refiero. Y lord Dungarran es también muy serio. Nunca lo hubiera imaginado como un hombre romántico.

—¡Oh, vamos, Edwina! ¿No has visto cómo mira a Hester? Ojalá alguien me mirase así algún día. Y lord Dungarran no es siempre tan serio. Ayer se estuvo riendo con Hester sobre sus cartas de amor… Parece ser que tenían un código secreto para escribirse entre ellos, y ella se estaba burlando de él por haberla chantajeado para volver a encontrarse. Me pregunto cómo lo consiguió… ¡Oh, claro que es romántico! Sin duda alguna.

—Seguramente tengas razón. Supongo que lo he dicho porque prefiero a los hombres más jóvenes. Hombres que no sean tan inteligentes como Hugo y lord Dungarran.

—¿De verdad te parece mayor Hugo?

—Bueno, tiene casi treinta años. Y siempre parece saber lo que hace y lo que quiere que hagamos los demás.

—Eso es cierto —admitió Deborah—. Pero no tienes por qué hacer lo que dice.

—¡Oh, pero lo hago! Jamás se me ocurriría contradecirle. Espero que… que…

——¿Sí? ¿Qué esperas, Edwina? —la acució Deborah al ver cómo Edwina apretaba fuertemente el pañuelo que tenía en la mano.

—Bueno, ya sé que es absurdo pensar en ello, pero espero que Hugo no me pida que me case con él. No tendría el valor para negarme.

—¿Qué te hace pensar que podría pedírtelo?

—Oh, él no ha insinuado nada al respecto. Pero Frederica y yo estuvimos hablando de él la otra noche. Es bien sabido que Hugo prometió casarse cuando cumpliera los treinta. Pensábamos que tal vez te lo pidiera a ti… pero siempre os estáis peleando. Y Hugo detesta las escenas.

—Es verdad. No me imagino una unión menos probable.

—Ni yo —corroboró Edwina, sin saber el daño que le estaba causando—. Pero, ¿sabes, Deborah? A mi madre le haría muy feliz que cualquiera de nosotras se casara con Hugo. Ya no tiene que preocuparse de Robina, pero aún quedamos tres de nosotras. Tiene que pensar en las dotes y ese tipo de cosas, y nunca hemos tenido mucho dinero. Si el tío James lo sugiriera, y Hugo estuviese de acuerdo, mi padre estaría encantado de dar su consentimiento.

Deborah dejó a un lado su propia angustia. No tenía sentido inquietarse por ella misma, ya que Hugo nunca le pediría que se casara con él. Pero de todos modos estaba metida en un serio dilema. Al conocer las intenciones de Hugo respecto a las gemelas sentía que tenía las manos atadas. Si Hugo decidía que Edwina era la candidata ideal, Deborah no podía animar a la chica a rebelarse contra la autoridad.

Sobre todo porque no había ninguna buena razón para que sus primas rechazaran una oferta tan favorable.

—Hugo sería un buen marido —dijo lentamente.

—¡Oh, sí! Es muy bueno. ¡No pienses que no me gusta! —se apresuró a declarar—. Pero creo que sería más feliz con alguien que fuera más… más paciente conmigo. Alguien que me diera tiempo para tomar mi propia decisión, en vez de decirme lo que tengo que hacer. Ya sé que no soy muy lista, ¡pero tampoco soy idiota, Deborah!

—¿De verdad crees que Hugo te trata como si fueras idiota?

—No exactamente. Pero no escucha lo que tengo que decir.

Deborah suspiró. La situación era como se había temido, pero no había mucho que pudiera hacer. Salvo con las gemelas, apenas tenía influencia con nadie.

Se estaba preguntando si se atrevería a consultarlo con Hester, cuando Edwina volvió a hablar.

—Creo que sería más feliz si me casara con alguien de mi edad, más… más parecido a mí. Alguien como Richard Vernon, por ejemplo. Es muy simpático.

—¿Richard Vernon? ¿De Stoke Park?

—Sí. Ha dicho que yo… que yo también le gusto.

Deborah miró boquiabierta a Edwina. Conocía bien a Richard Vernon. Era un joven de veintitrés años realmente encantador, pero un don nadie si se le comparaba con Hugo. La idea de que alguien pudiera preferirlo a Hugo se le antojaba ridícula, pero cuando lo pensó detenidamente vio que el joven Vernon era el hombre perfecto para su prima Edwina. Era bueno y generosa, además de ser el hijo mayor de una familia muy respetable. Algún día heredaría una propiedad modesta pero decente, no lejos de Abbot Quincey. Edwina seguiría estando cerca de su familia y de sus amigos. Los dos tenían intereses comunes; ella era una experta amazona y a él le encantaban los caballos. Los modales de Richard eran impecables, y aunque a veces su humor resultaba un poco cáustico, no había en él el menor atisbo de maldad. Sí, Richard Vernon sería la pareja ideal para su prima. No se podía consentir que Hugo lo echara todo a perder.

Deborah tomó su decisión. Tenía que convencer a Edwina para conseguir el apoyo de su madre. Tía Elizabeth era muy estricta, pero si se enteraba de que Edwina estaba enamorada de un joven casadero amigo de la familia, haría lo posible para que Hugo no pidiera la mano de su hija. Y en cuanto a Hugo… tendría que pedírselo a Frederica o buscar una novia en otra parte. La idea se le ocurrió antes de que pudiera reprimirla. ¡Ojalá se lo pidiera a ella! Pero Edwina tenía razón. Independientemente de lo que aquel beso hubiera significado, Hugo nunca vería a Deborah Staunton como una posible esposa. Cuanto antes se olvidara de aquel sueño imposible, más tranquila podría vivir.

Si al menos pudiera olvidar lo que había sucedido en el establo…

Deborah no lo sabía, pero el incidente del establo estaba provocando unos efectos igualmente devastadores en Hugo. Su viaje a Derbyshire no estaba resultando precisamente cómodo.

Capítulo 5

Hugo Perceval era un hombre que se enorgullecía de su comportamiento. Normalmente hacía las cosas a su manera, pero siempre respetando los deseos y necesidades de los demás. Desde que alcanzara la edad adulta, rara vez actuaba por impulsos o sin pensar en las consecuencias. En Londres había sido muy popular y respetado por todos, y su buen gusto y su trato exquisito eran muy apreciados en la alta sociedad.

Por todo ello, Hugo estaba tan aturdido como Deborah mientras viajaba a Derbyshire. El recuerdo de lo sucedido en el establo lo atormentaba sin descanso. Se había dicho a sí mismo que su reacción se debió a una provocación intolerable, pero no conseguía convencerse. Deborah Staunton era como una gitana atolondrada que nunca prestaría la menor atención a las cosas que a él más le importaban. En muchos aspectos era incluso peor que su maldito perro… impredecible, indómita y sin el menor decoro ni sentido común. Lo había puesto en ridículo delante de todo el condado, lo había desafiado cuando se disponía a castigar al perro, y para colmo lo había azotado con la fusta.

Todo eso era cierto, pero no lo ayudaba a aliviar su conciencia. Estaba profundamente avergonzado de sí mismo. Había besado a muchas mujeres, pero nunca con esa pasión descontrolada. No se atrevía a pensar en lo que podría haber pasado si el perro no hubiera intervenido, pero seguro que no se hubiera quedado en un simple beso. ¿Qué demonios le había sucedido? ¿Acaso aquella chica tenía el poder de sacar lo peor de él? Con el resto del mundo conseguía hacerse obedecer sin ni siquiera levantar la voz. Pero no con aquella bruja…

Maldijo en voz baja cuando la repentina imagen de un rostro pálido, de ojos azul oscuro y pelo negro apareció ante él. El golpe en la mejilla lo había sacado de sus casillas, y había avanzado hacia ella con la intención de arrebatarle la fusta. La había zarandeado sin pensar, enfurecido por la provocación, pero lo que ocurrió a continuación…

¿Por qué? ¿Por qué demonios la había besado? El grito de dolor de Deborah cuando le quitó la fusta ya lo había enloquecido bastante. ¿Por qué había tenido que avivar su ira? No podía borrar el recuerdo de los delicados huesos bajo sus manos, la facilidad con que la había levantado y apretado contra él para besarla brutalmente… No podía olvidar la lucha desesperada de Deborah ni sus gritos ahogados… Aquellas horribles imágenes lo habían acosado día y noche mientras iba a recoger a su abuela y llevarla de vuelta a Abbot Quincey. De camino a Derbyshire pudo estar a solas con sus pensamientos, por desagradables que fueran. Pero el viaje de regreso fue mucho peor. Su abuela vio que algo le ocurría a su nieto favorito, y sin importarle la presencia de Gossage, su vieja doncella, se propuso descubrir el motivo.

—¿Qué ocurre, Hugo? ¿La vida en el campo empieza a aburrirte?

—En absoluto.

—¿Es por el asesinato de Sywell? Los Broughton dicen que fue Burneck quien mató a su propio padre. Es espeluznante, aunque no se puede decir que haya sido

una gran pérdida. Pero ¿tenéis problemas tu padre y tú con la abadía? Las tierras de los Perceval no se han visto afectadas, ¿verdad?

Hugo sonrió a pesar de sí mismo. Las tierras siempre habían sido la primera preocupación de su abuela. Cuando su abuelo, el primer sir Hugo, heredó el título los Perceval se encontraban al borde de la ruina. Pero sir Hugo y su mujer habían trabajado muy duro para recuperar la fortuna de la familia. Las tierras volvieron a ser productivas y las granjas prosperaron. Los Perceval nunca volvieron a ser tan ricos como habían sido en el pasado, pero poseían una buena hacienda gracias a los esfuerzos de aquella formidable dama y de su marido. Hugo puso una mano sobre la de su abuela.

—No temas. Mi herencia no corre ningún peligro. Hemos tenido algunos problemas con la gente de Steepwood, es cierto. Sywell dejó un completo desastre tras él. Mi padre ha estado haciendo lo posible por calmar los ánimos y ayudar en todo lo que pueda. Pero el problema no se ha extendido a otras propiedades.

—Entonces debe de ser un asunto de mujeres —dijo su abuela—. ¿Has dejado algún cabo suelto en Londres? ¿Las amantes se pusieron difíciles?

—¡Abuela! Vas a espantar a la pobre Gossage.

—Ya sabes cómo soy, pequeño. Pero me decepcionarías si fuera un problema de ese tipo. Los Perceval siempre han llevado esas cosas con discreción. A excepción de Sandford, tu bisabuelo, que deshonró a la familia y nos llevó a la ruina.

—No hay nadie en Londres que tenga motivos para pensar mal de mí. ¿Contenta?

La conversación se vio interrumpida al llegar a la posada en la que pasarían la noche. Lady Perceval se retiró inmediatamente a su habitación, por lo que el tema fue aplazado hasta la mañana siguiente.

—Bueno, Hugo —empezó lady Perceval en cuanto abandonaron la posada—. Le he pedido a Gossage que se siente en el pescante, así podrás hablar con más libertad. No le ha hecho ninguna gracia, naturalmente, pero no le hará ningún daño. Hace un día espléndido y le vendrá bien respirar aire puro.

Hugo miró a su abuela con regocijo. Gossage había servido a lady Perceval durante más de cuarenta años y le profesaba una profunda devoción, pero su relación solía ser bastante conflictiva. A pesar del respeto que Gossage le mostraba en público a su señora, a menudo la criticaba en privado. Se preocupaba especialmente por la salud de la viuda, y no dudaba en reprenderla cada vez que su ama abusaba de la comida o del esfuerzo físico. Lady Perceval no recibía de buen grado esas atenciones y con frecuencia era muy grosera con su doncella. Seguramente Gossage se había mostrado excesivamente celosa la noche anterior y ahora estaba pagando las consecuencias. Pero las dos estaban muy unidas. Gossage era doncella, asistente y dama de compañía al mismo tiempo, y lady Perceval no sabría qué hacer sin ella.

—Ya puedes contarme lo que te aflige, Hugo. Tengo intención de averiguarlo, así que más vale que me lo digas directamente y así ahorraremos tiempo.

Hugo había sabido que su abuela no se olvidaría del asunto y había pensado durante la noche lo que le contaría y, aún más importante, lo que ocultaría.

—Es por mi matrimonio —dijo tranquilamente.

—¡Ah, sí! Se lo prometiste a tu padre, ¿no? Y ahora que Hester está comprometida… y con un buen partido, según cuentan todos, tu padre quiere que te cases y formes una familia. Bueno, ¿y quién es la afortunada?

—¡De eso se trata! No puedo decidirme.

—¿Cómo? ¿No hay ninguna heredera en Londres deseando casarse contigo?

—Londres está lleno de herederas, abuela. Y de ávidos pretendientes también.

—Desde luego. Pero no creo que un hombre como tú tenga dificultades para encontrar novia. ¿Qué me dices de Sophia Cleeve, por ejemplo?

—Sophia es una chica preciosa y me gusta mucho. Somos buenos amigos, pero es demasiado fogosa para mi gusto. En cualquier caso, no estás al corriente de todo. Sophia se comprometió hace poco con Sharnbrook. Es una buena unión para ambos, y por lo que he oído, Sharnbrook sabrá cómo mantenerla a raya. Aunque no será fácil.

—¿Y eso es lo que estás buscando? ¿Una vida fácil? Me decepcionas, Hugo…

—¿A qué te refieres?

—Siempre había tenido la esperanza de que trajeras un poco de vida a la familia. Oh, no me malinterpretes… Tu padre y tu tío William son buenos hijos. Pero son… ¡son muy aburridos! A esta edad me gustaría tener un poco de vitalidad y diversión a mi alrededor, y confiaba en que tú pudieras brindármela.

—Mi padre se ha dedicado en cuerpo y alma a la hacienda —protestó Hugo—. Y el tío William es muy querido por los parroquianos…

—No te pongas presuntuoso conmigo. Conozco muy bien las virtudes de mis hijos. Y sus esposas son maravillosas —suspiró—. Pero la vida no es sólo trabajo y esfuerzo. Esperaba que pudieras traer un poco de esa frivolidad londinense a Northamptonshire.

—Lowell es el más indicado para ello.

—¡Lowell es un cabeza hueca! Le tengo mucho cariño… es el único de todos vosotros que me hace reír. Pero es la otra cara de la moneda. Todo frivolidad y nada de cerebro. No, tú eres el más indicado para animar Perceval Hall y al mismo tiempo hacerle justicia a su nombre. Lo que necesitas es la esposa adecuada. ¿Qué pasa con el resto de herederas?

—Ninguna de ellas sería apropiada. Además, siempre pensé que me casaría con alguien del condado. Alguien que conozca esta vida.

—No es mala idea, desde luego… ¿Y quién será? —pensó por un momento—. Carrie Vernon es demasiado mayor para ti… tiene treinta años, por lo menos. Sophia Cleeve y las chicas Roade ya están comprometidas… Una lástima. Siempre me gustó mucho Beatrice. Tiene un sentido del humor muy peculiar.

—Olivia Roade es más guapa.

—Supongo que lo dices porque es rubia y de ojos azules. Siempre has tenido debilidad por esos rasgos. Bueno, no conozco a Olivia, así que no puedo opinar. Pero el aspecto no lo es todo, Hugo. Ya deberías haberlo descubierto por ti mismo. Beatrice Roade tiene carácter. Pero ya está casada, así que es una pérdida de tiempo hablar de ella. ¿Quién más hay por ahí? Esa chica de Courtney Hall… ¿cómo se llama? ¡Felicity, eso es! ¿Qué me dices de ella?

—Tiene trece años, abuela. No busco a ninguna cría, aunque sea rubia. De hecho, había pensado…

—¿El qué? ¡Habla!

—¿Qué te parece una de las gemelas?

—¡Las gemelas! ¿Edwina y Frederica? ¡Oh, no! Imposible.

—No estarás en contra del matrimonio entre primos, ¿verdad?

—No me gusta. Sé que no hay ningún antecedente en la familia por el que haya que evitarlo. Pero no es ésa la razón.

—¿Su carencia de fortuna, tal vez? Ya sabes que tampoco busco a una rica heredera, abuela.

—No rechaces el dinero así como así, jovencito. No es lo todo, claro que no, pero siempre ayuda. Tu abuelo recibió con agrado mi dote cuando nos casamos. Todo se fue en la hacienda, como te podrás imaginar… No nos quedó ni un penique para nosotros.

—Y todos te estamos muy agradecidos a ti y a sir Hugo por nuestra situación actual, abuela. Nunca lo olvidaré.

—Eso no importa ahora. Estamos hablando de tu futura esposa.

—Bien, entonces ¿qué tiene de malo Edwina… o Frederica?

—Las anularías por completo. No, no puede ser. No sería bueno para ninguno de vosotros. Te convertirías en un hombre mucho más estirado de lo que ya eres.

—¡Abuela!

—No te ofendas, Hugo. Eres el mejor de tu generación, pero estás demasiado acostumbrado a hacer las cosas a tu manera. Necesitas una mujer que esté a tu altura y pueda provocarte. Alguien como Beatrice Roade o Sophia Cleeve —sacudió la cabeza—. Es una verdadera lástima que Sophia ya esté comprometida. Habría sido perfecta para ti. Dinámica, hermosa… ¡y rica!

—Nunca estuve enamorado de Sophia, abuela. Y ya te he dicho por qué.

—¿Y acaso vas a decirme que estás enamorado de una de las gemelas, si ni siquiera sabes a cuál elegir? —preguntó ella con sorna—. Bobadas.

—Hasta ahora había pensado que bastaba con que me gustaran. Especialmente si las conozco bien. Sería una relación muy cómoda.

—¿Cómoda? ¡Es emoción lo que deberías estar buscando, Hugo! Puede que hayas dejado atrás los placeres de Londres, pero todavía eres muy joven. Además, es posible que te sintieras cómodo en compañía de las gemelas, pero no creo que ellas se sintieran cómodas contigo. Te tienen demasiado miedo. Quiero decir… son unas buenas chicas y tienen personalidad, aunque sean tranquilas y discretas. Las quiero mucho, pero necesitan a alguien menos imponente que tú para cuidar de ellas. Ya puedes ir sacándotelas de la cabeza… a menos que ya hayas hablado con ellas.

—No, claro que no. Hasta ahora sólo lo he hablado con mi padre. Y con… —se calló bruscamente.

—¿Sí? ¿Con quién más has hablado?

—Con nadie más —mintió, intentando acallar su conciencia—. A mi padre le gusta la idea.

—Pues claro —el tono de lady Perceval insinuaba que no confiaba mucho en el buen gusto de su hijo—. Le gustaría ayudar a su hermano. Cuatro chicas son una carga muy pesada, y William es demasiado espiritual para molestarse por esos asuntos.

—Seguro que mi tía Elizabeth se encarga de eso.

—¿Elizabeth? —su abuela sacudió la cabeza con exasperación—. Tu tía Elizabeth puede ser más enérgica que William, pero es tan espiritual como él. ¿Nunca te has preguntado por qué la hija de un duque se casó con mi William? Somos una familia ancestral… mucho más antigua que los Inglesham, pero William estaba por debajo de ella.

—¿Por qué lo hizo, entonces? —preguntó Hugo, aliviado por la distracción de su abuela.

—Dice que respetaba mucho su carácter —explicó lady Perceval con una carcajada burlona—. Nunca conseguirás que tu tía admita que se enamoró perdidamente de él. Pero ésa es la verdad. Se casó por amor, Hugo. Si eso no es espiritual, yo soy el duque de Wellington. Además habló con su familia para que lo aceptaran, y eso es más de lo que hizo su hermana. Frances desafió a su padre, se fugó con Edmund Staunton a Gretna y se casó allí con él. Aquello fue su fin. El viejo duque no toleraba la desobediencia, y nunca perdonó a su hija.

—Pero a pesar de su mal comportamiento, un Perceval siempre sería más preferible que un Staunton para los lnglesham. A lady Frances no debió de resultarle tan fácil como a su hermana intentar convencer a su familia.

—No estoy diciendo que Elizabeth lo tuviera fácil. Pero tenía paciencia y autodisciplina. Frances no tenía ninguna de las dos cosas y lo echó todo a perder por actuar precipitadamente. No había ningún problema con los Staunton. Eran una familia muy antigua, también. Angloirlandeses. Había un título por alguna parte. Irlandés, por supuesto. Staunton no estaba emparentado por línea directa y su linaje no contaba con una gran fortuna, salvo algunas propiedades en el Condado de Cork.

—¿Y el propio Edmund Staunton?

—Ah, ahí está el *quid* de la cuestión. Los Inglesham tenían muy buena opinión de William, y por eso consintieron que Elizabeth se casara con él. Pero sospechaban de las verdaderas intenciones de Edmund Staunton, pues creían que sólo quería casarse con Frances para conseguir una buena dote. Era un hombre muy egoísta, pero Frances no podía ver más allá de su encantadora fachada. Al final pagó las consecuencias de su ingenuidad. Al igual que su hija Deborah. Las dos se quedaron sin blanca.

Hugo se removió inquieto y su abuela lo miró fijamente.

—Deborah era muy atractiva. Con ese pelo y esos ojos oscuros… Siempre se estaba metiendo en problemas, pero ¡cuánto nos hacía reír! Era imposible enfadarse con ella mucho tiempo. No tenía el menor atisbo de maldad. Era la única que se atrevía a plantarte cara, aunque le gustabas mucho. Incluso se podría decir que te adoraba.

Las palabras de su abuela le recordaron a Hugo su situación actual.

—Sí, pero ya ha crecido. Dudo que siga sintiendo lo mismo por mí.

—¡Oh! —exclamó su abuela, y esperó en silencio.

—Por si todavía no te has enterado, te lo contaré yo mismo, aunque los demás estarán encantados de contarte la historia en cuanto hayas puesto un pie en la casa.

Le relató lo sucedido en la feria, y lady Perceval rió hasta que se le saltaron las lágrimas con el caos que provocó *Autolycus* y la huida del cerdo.

—Sabía que lo encontrarías divertido —dijo Hugo, muy serio—. Igual que todo el mundo.

—Y supongo que le echarías una buena reprimenda y que ella te contestó. No hay nada malo en ello, Hugo. Ella es la chica con quien deberías casarte. Nunca te aburrirías a su lado. Y yo también podría disfrutar de su compañía.

—De momento va a quedarse con la tía Elizabeth, así que podrás disfrutar de su compañía sin necesidad de que yo me case con ella.

Su respuesta fue demasiado rápida e instintiva, y su abuela era demasiado lista. Hugo sospechaba que ya debía de haber oído algo sobre los incidentes de la feria. Seguramente una de las gemelas le había escrito, o quizá se lo había contado Hester cuando le escribió para informarla de su compromiso. Y lo más probable era que hubiese estado dirigiéndose hacia aquel punto desde que salieron de Derbyshire. Hugo no podía dejarle ver lo mucho que le afectaba el nombre de Deborah Staunton, si no quería que su abuela empezara a sospechar que había algo más de lo que le habían contado.

Pero no era fácil permanecer impasible ante la ávida curiosidad de su abuela. Y menos cuando la escena del establo se representaba con toda nitidez en su cabeza y las palabras de su abuela resonaban en su cerebro… «es la chica con la que deberías casarte». ¿Casarse con Deborah Staunton? ¿Pedirle que fuera su esposa? Nunca se le había ocurrido. Hasta el día de la feria siempre la había mirado como si fuera su hermana menor, alguien con quien podía hablar y compartir confidencias y a la que proteger cuando estaba en apuros; alguien que podía ser exasperante e

insufriblemente descarada. Pero después de su llegada había sentido aquel extraño impulso de besarla. Y luego estaba aquella incomprensible reacción en el establo…

Se dio cuenta de que había permanecido callado más tiempo del que sería prudente, pues su abuela lo miraba con ojos brillantes y expectantes.

—No… no… —maldición, ¿por qué tenía que balbucear? Respiró hondo y volvió a intentarlo con más firmeza—. No tengo intención de casarme con nadie hasta que no haya decidido con quién. Puede que tengas razón sobre las gemelas, pero no soy tan dominante como dices.

Lady Perceval lo miró en silencio unos segundos, y para alivio de Hugo empezó a hablar sobre los Broughton y su familia.

La voz de Deborah se apagó lentamente con los últimos arpegios flotando en el aire. Frederica detuvo las vibrantes cuerdas del arpa y el silencio descendió sobre el salón. Hugo paseó la mirada por los presentes. Todos se habían quedado inmóviles por el hechizo de la música. Robert sostenía la mano de Hester pegada a sus labios, en una silenciosa promesa de amor. Pero la canción no sólo había cautivado a la pareja para la que estaba dedicada. Sir James estaba sentado en el sofá, con el brazo sobre el respaldo y la mano rozando el hombro de su esposa en un simple gesto que expresaba toda la felicidad de sus vidas. Cerca de ellos, lady Elizabeth miraba a su marido con una sonrisa que rara vez exhibía en público. ¿Y qué estaba haciendo el joven Vernon, mirando embobado a Edwina?

Cuando todos empezaron a aplaudir, Hugo miró a Deborah, sentada al piano. La luz de las velas relucía en sus negros cabellos y proyectaba un cálido resplandor sobre su rostro. Sus ojos destellaban y por una vez parecía… hermosa. Y extraña. ¿Qué clase de magia estaba ejerciendo? Aquella noche celebraban el compromiso de Hester y el trigésimo aniversario de Hugo, y habían pasado una hora deliciosa con versos, risas y música. Su hermano y sus primas nunca habían interpretado mejor, y, según contaba su madre, todo había sido obra de Deborah. Y ahora con aquella canción de amor… ¿Qué clase de hechizo les había lanzado a todos? Hugo nunca había visto a sus padres demostrándose su amor, ni tampoco a su tía Elizabeth y a su marido. ¡Todo provocado por una balada irlandesa!

Pero no, no fue la balada. Era la interpretación lo que los había encantado. El arpa de Frederica acompañando la mágica voz de soprano de Deborah. Se acercó lentamente al piano…

Pero antes de que llegara junto a ella, Deborah, que lo había visto acercarse, volvió a sentarse y atacó una animada melodía. El momento mágico se perdió. Las sillas se apartaron rápidamente y dio comienzo una serie de bailes populares. Al cabo de media hora casi todos estaban de nuevo sentados, riendo y jadeando. La noche era calurosa y los caballeros se acercaron a la mesa de las bebidas para llevarles vasos de vino o limonada a sus parejas.

—Deborah, te he traído una bebida —dijo Edwina. Tenía el rostro encendido y los ojos brillantes. Richard Vernon estaba muy cerca de ella—. Frederica y yo hemos sido muy egoístas. Una de nosotras debería haberte sustituido al piano, al menos por un rato. ¡No has bailado nada!

—Tonterías. Me gusta tocar. Soy mucho mejor pianista que bailarina —dijo ella, riendo.

—Eso es porque te falta práctica. Vamos, me sentaré al piano y así podrás bailar cuando todo el mundo esté listo. Seguro que Richard te lo pide.

—Eso no será necesario —dijo una voz tras ellas—. Yo se lo pediré.

Deborah se atragantó con su bebida. Se recuperó e intentó poner alguna excusa.

—¡No, no! Tienes que bailar con Hugo si te lo pide —exclamó Edwina, horrorizada—. ¡Es su fiesta!

Para asombro de Deborah, Hugo se mostró inflexible. Se decidió que Edwina tocaría los siguientes compases y que Deborah bailaría con el.

—Pareces sorprendida —dijo Hugo con voz cortante, mientras empezaban a bailar. Era un baile lento, casi expresamente inventado para darles a las parejas la oportunidad de hablar—. Me pareció que éste era el único modo de hablar contigo. Has evitado mi compañía desde que volví de Derbyshire.

—He… he estado muy ocupada con los preparativos de la fiesta —respondió Deborah.

—Y ha merecido la pena. Te felicito. Nunca había disfrutado de una velada mejor.

—¿Ni siquiera en Londres? —preguntó ella con una sonrisa cortés de incredulidad.

—Ni siquiera allí. Pero no es de eso de lo que quería hablar.

—Lo sé —dijo ella, muy nerviosa—. Pero si vas a decirme que *Autolycus* tiene que marcharse, te advierto que éste no es el momento ni el lugar adecuado, a no ser que quieras que monte una escena.

—¡No se trata de eso! Reconozco que me enfadé un poco…

—Mucho, Hugo. Te volviste loco de furia.

—Pero nunca fui mi intención deshacerme del perro.

Deborah se quedó tan aturdida que se detuvo.

—¿Nunca fue tu intención…? ¡Claro que lo fue!

—Sigue bailando —la apremió él entre dientes—. No sé por qué, Deborah, pero tienes el don de hacerme decir más de lo que pretendo. Te aseguro que *Autolycus* está a salvo. Y ahora, ¿podemos olvidarnos de él y centrarnos en la cuestión de mi comportamiento?

—Este tema es aún menos apropiado para hablarlo aquí —dijo ella nerviosamente, mirando rápidamente alrededor. Las otras parejas parecían estar absortas en sí mismas, sin prestar atención a nadie más—. Pero puedes estar tranquilo, Hugo. No tengo intención de decírselo a nadie, ni siquiera a… —por un momento pareció vacilar—. Ni siquiera tengo intención de recordármelo a mí misma.

—Nunca supiste mentir —dijo Hugo con una pequeña sonrisa.

Los siguientes pasos de baile los separaron por unos momentos, durante los cuales Deborah tuvo que reprimir las sensaciones que le habían provocado el tacto y la voz de Hugo. Debía controlarse si no quería delatarse a sí misma.

—Quiero hablar contigo —dijo él cuando volvieron a unirse—. Pero después de mi comportamiento en el establo, no sé si… te sentirás segura si nos vemos a solas.

Deborah se preguntó irónicamente si Hugo se sentiría alguna vez a salvo con ella si supiera cómo se sentía.

—Los dos sabemos que aquello no volverá a ocurrir. Tú no… quiero decir, ninguno de los dos nos vemos de esa manera. Fue sólo una aberración momentánea. Te veré a solas, Hugo.

Hubo un breve silencio.

—Gracias —respondió él, y no dijo nada más hasta el final del baile.

Cuando se disponían a retirarse, Lowell se acercó a ellos para decirles que lady Perceval deseaba verlos.

—Quiere verte a ti, Hugo —dijo Deborah—. Me quedaré con los demás.

—No, también quiere verte a ti, Deborah —dijo Lowell, mirando a su hermano con curiosidad mientras hablaba. Hugo parecía extrañamente tenso—. Creo que es algo sobre el loro.

Lady Perceval ofrecía un aspecto imponente, con un vestido de seda negro y un estrafalario turbante.

—¡Enhorabuena, Deborah! ¡Has organizado una velada maravillosa! Y tienes una voz muy bonita. Espero que mi hijo haya sido agradecido.

—Lo ha sido, madame. Pero lo he hecho encantada. Me he divertido mucho. Y sus otros nietos también han tomado parte.

—¡Sí, sí! Ya he hablado con ellos. Lowell y Henrietta no tienen el menor talento para la declamación, pero me han hecho reír mucho. ¿Qué es eso de un loro?

Deborah miró a Hugo.

—Aún no he tenido ocasión de presentarte al loro, abuela —dijo él suavemente—. Es tuyo, si lo quieres. ¿Quién te ha hablado del loro? ¿Lowell?

—No. Banks se lo dijo a Gossage, aunque no le dijo que era para mí. Y no estoy segura de querer una mascota. He oído que es muy grosero.

Deborah habría salido en defensa del loro, pero Hugo le dio un ligero codazo para que guardara silencio.

—En ese caso, no debes quedarte con él, naturalmente —dijo Hugo con aparente indiferencia—. Aunque quizá deberías darle una oportunidad. Puede ser muy divertido.

—Tráelo mañana al mediodía.

—¿No será demasiado temprano para ti?

—¡No digas tonterías! Y trae también a la chica —dijo, echándole a Deborah una mirada que le recordó al loro—. Quiero hablar con ella.

Capítulo 6

Años antes, cuando la situación económica de los Perceval estaba bajo mínimos, tuvieron que vender Dower House y sus extensos jardines. Como consecuencia, la abuela de Hugo tenía sus propios aposentos en la mansión. Al día siguiente de la fiesta, Hugo y Deborah se presentaron al mediodía en la puerta que separaba las habitaciones de lady Perceval del resto de la casa. Hugo llevaba la jaula del loro cubierta con un paño, pero los murmullos que salían del interior indicaban que el pájaro estaba despierto y nada contento con su situación.

—No creo que la señora se encuentre bien para recibirlo, señor Hugo —dijo Gossage al abrir la puerta—. Lamento decir que se permitió demasiados excesos en la fiesta.

—¡Gossage! —la llamó lady Perceval—. ¡Deja de decir tonterías! Me encuentro perfectamente. He invitado a mi nieto y a la señorita Staunton a venir a verme, y no vas a cerrarles la puerta en las narices, vieja entrometida. ¡Pasad, pasad!

Gossage frunció los labios y se apartó para permitir que Deborah y Hugo entraran en el salón de la viuda. Los altos ventanales estaban semicubiertos por los postigos, pero la vista que ofrecían era soberbia. A lo lejos se podía ver el campanario de la iglesia de Abbot Quincey, adonde conducía un bonito camino bordeado de castaños. A la izquierda, enfrente de las ventanas, había una amplia extensión de césped interrumpida por varias hileras de arbustos y parterres, y a la derecha estaba una de las alas de ladrillo rosado de Perceval Hall.

—Sí, sí, la habitación tiene una de las mejores vistas de la casa —dijo lady Perceval cuando Deborah se acercó a la ventana junto a ella para admirar el paisaje—. Pero no te he pedido que vengas para mirar por la ventana. Siéntate, pequeña.

Impertérrita ante el saludo poco convencional de su anfitriona, Deborah hizo una reverencia y se sentó en una silla junto a ella. Hugo dejó la jaula en una mesita cercana y se acercó para besar a su abuela.

—¿Así que éste es mi nuevo invitado? —preguntó lady Perceval mirando la jaula—. Será mejor que lo descubras.

Hugo retiró el paño y el loro soltó una palabrota clara y concisa.

—¡Dios mío! —exclamó Gossage, y a punto estuvo de dejar caer la bandeja que portaba.

—¡Contrólate, Gossage! —le espetó lady Perceval—. No te quedes ahí parada. Deja la bandeja y sirve a mis invitados.

—¿Y dónde debo dejar la bandeja, señora? —preguntó Gossage, mirando significativamente la mesa que ahora ocupaba la jaula. Hugo se levantó, agarró otra mesita y la colocó junto a la silla de su abuela.

La doncella dejó la bandeja con una mueca de desaprobación. Había dos vasos antiguos, un escanciador de Madeira y un plato con galletas. Lady Perceval la miró con el ceño fruncido.

—¡Trae otro vaso enseguida, Gossage! Yo también tomaré un poco de vino.

Era evidente que Gossage habría protestado de no ser por la presencia de dos invitados. Salió bruscamente del salón y lady Perceval se volvió hacia su nieto.

—Entonces, ¿crees que ésta es una buena mascota para mí? —le preguntó con expresión adusta.

—Tú eres una de las pocas personas que conozco que no se horroriza por el loro. Pensé que te divertirías con su… vocabulario.

—¡Pues te equivocaste! No quiero tener a ese pajarraco cerca de mí. Será mejor que te lo lleves a otra parte —lo dijo tan enfadada que Hugo desistió de intentar convencerla.

—Me lo llevaré cuando nos vayamos —le aseguró tranquilamente.

—¡Gossage! ¿Dónde está ese vaso? —gritó—. ¿Dónde se ha metido esa maldita mujer?

La doncella no se equivocaba. Era obvio que la viuda no se había recuperado de la noche anterior.

—Deja que te sirva un poco de Madeira —dijo Hugo amablemente. Vertió un poco de vino en uno de los vasos y se lo tendió a su abuela. Luego llenó el otro vaso y se lo ofreció a Deborah.

Cuando Gossage llegó con el tercer vaso, Hugo se lo llenó para sí mismo. Gossage le asintió con aprobación al ver el esfuerzo que había hecho para limitar la bebida de su abuela y volvió a salir del salón.

—¡Gossage! —gritó el loro.

—¿Sí, señora? —preguntó la doncella, dándose la vuelta.

—¡Contrólate, Gossage! —dijo el loro.

Lady Perceval casi se atragantó con su Madeira. Le tendió el vaso a Hugo y soltó una risotada.

—¡Maravilloso! —dijo cuando acabó de reírse, y soltó otra carcajada al ver la expresión indignada de su doncella—. Dilo otra vez —le ordenó al loro.

El pájaro la miró siniestramente y cerró los ojos.

—¿Eso será todo, señora? —preguntó Gossage.

—Sí, sí. Vamos, vete. Hugo, dale una galleta a la señorita Staunton y toma otra para ti.

Gossage se dispuso a salir y el loro volvió a hablar.

—¡Vamos, vete! ¡Contrólate, Gossage!

A lady Perceval se le olvidó en seguida el dolor de cabeza. Estaba encantada con el loro.

—Este pájaro es un genio. Creo que podría enseñarle cualquier cosa. Nos podríamos divertir mucho con Gossage, ¿verdad, tesoro? —le preguntó dulcemente al loro.

—¿He de suponer que has cambiado de opinión? ¿O aún quieres que me lo lleve?

—¡No digas tonterías, Hugo! ¡Pues claro que quiero quedármelo!

—¡Tonterías, tonterías, tonterías! ¡Contrólate, Gossage! —repitió el loro, a quien la voz de la viuda le resultaba muy fácil de imitar.

—Todo arreglado, entonces. Tienes que decirme lo que come y esas cosas. Gossage cuidará de él… ¡No le hará ninguna gracia, seguro! Bueno, ¿de qué íbamos a hablar?

—¡Hugo! ¡No digas tonterías, Hugo! —gritó el loro.

—Sí, sí, pero ahora quiero hablar, tesoro —lady Perceval se volvió hacia Deborah—. ¿Cómo puedo hacer que se calle?

Deborah se levantó y cubrió la jaula con el paño. El loro se calló al instante.

—Gracias, querida. Eres una chica muy lista y generosa por haberme encontrado una mascota tan interesante.

—Fue idea de Hugo, lady Perceval. Jamás se me hubiera ocurrido exponerla a los comentarios del loro.

—¡Tonterías! No soy tan remilgada como crees. Háblame de ese perro tuyo.

Deborah vaciló, consciente de la mirada de Hugo fija en ella. Pero rápidamente abandonó sus reservas y habló con la misma franqueza y entusiasmo que siempre. La viuda escuchó atentamente y aprendió mucho más que las virtudes de *Autolycus*. Al cabo de media hora de charla, lady Perceval sabía más de la vida y personalidad de su joven invitada de lo que Deborah hubiera creído posible. Y nada de lo que había oído la había hecho cambiar de opinión. Lady Perceval estaba convencida de que Deborah Staunton era la esposa que su amado nieto necesitaba. Lo difícil sería convencer al resto del mundo.

La conversación derivó hacia la finca. Lady Perceval había estado fuera varios meses y quería saber cómo había ido todo en su ausencia. Hugo respondió a algunas preguntas, pero finalmente se vio obligado a admitir que sólo hacía seis semanas que había regresado.

—¡No me vengas con excusas! ¡Cinco minutos deberían ser suficientes! —lo reprendió lady Perceval.

—Pero yo no tengo tu resistencia, abuela. Ni tu… don.

—No intentes adularme, Hugo. Pero bueno, supongo que no lo has hecho tan mal. ¿Qué es eso del gallinero de Ellen Bember? He oído que tiene uno nuevo. Y unas nuevas enaguas, también —añadió, mirando a Deborah con una sonrisa ladina.

—¡Por todos los santos! —exclamó Hugo—. No llevas aquí ni tres días y ya te has enterado de todo. ¿Quién te lo ha contado?

—Eso no importa. Pero no te preocupes… No voy a contárselo a nadie. Ellen Bember fue una buena trabajadora en su juventud, y siempre me intereso por mis viejos criados.

—Hugo se portó muy bien, madame —intervino Deborah—. Me temo que todo fue culpa de mi perro.

—¿Qué pasó?

Una vez más, la viuda se deshizo en carcajadas al oír la historia del perro y las gallinas.

—Bueno, Deborah, está visto que es imposible aburrirse contigo. Y parece que a Hugo se le da bien arreglar los desaguisados. Espero que estés agradecida.

Sus dos invitados quedaron en un silencio sepulcral. Lady Perceval los miró a ambos, pero no hizo ningún comentario al respecto y siguió hablando.

—Sería muy amable por tu parte si volvieras a visitar a Ellen. Ha vivido toda su vida en esa casa, pero no tiene dinero. Se gastó todo lo que le dimos en aquel hijo suyo tan derrochador. Ahora su hijo está muerto y con lo que Ellen gana vendiendo huevos apenas puede mantenerse. Tu tía Elizabeth es muy buena al preocuparse por los más desfavorecidos, pero Ellen es más que una pobre necesitada para mí. ¿Te importaría llevarle algunas cosas de mi parte, Deborah? Supongo que te conoce bastante bien.

Deborah se puso colorada y balbuceó que siempre le había gustado hablar con la señora Bember.

—Y con algunos otros, según he oído. Eres una buena chica. Pero no puedes ir sola.

—Me llevaré a *Autolycus*, madame.

—Necesitas algo más que un perro a medio adiestrar. Hugo irá contigo.

—Oh, pero no… no es necesario…

—¡Harás lo que se te dice, señorita! Y él también. Ellen se llevará una gran alegría por ver al amo. Y a Hugo no le hará ningún daño ver cómo es la vida del mundo real.

—Creo que ya se cómo es, abuela —se defendió Hugo, indignado por la crítica injustificada—. En las últimas seis semanas he pasado casi todo el tiempo con nuestra gente… con los más ricos y con los pobres.

—Sí, sí, eres un buen hombre. Pero Deborah tiene una relación especial con Ellen. Aprenderás más de la gente corriente en una visita de diez minutos con ella que en una semana por tu cuenta. Prueba.

—Madame, estoy segura de que Hugo preferiría…

—No me importa lo que Hugo prefiera —atajó lady Perceval—. Ya veo que no queréis estar en compañía uno del otro. Parece que tenéis algunas cosas que aclarar…

Los dos la miraron asombrados.

—Puede que sea vieja, pero aún no he perdido el juicio. Anoche durante el baile no estuvisteis hablando del tiempo, precisamente. Una discusión de vez en cuando no hace daño, pero tenéis que superar vuestras diferencias, y la visita a casa de Ellen os dará la oportunidad para hacer las paces. ¡Y ahora fuera! Estoy agotada. Pedidle a Gossage las cosas para Ellen. Y, Hugo… —su nieto se volvió hacia ella—. Ven aquí un momento.

Deborah estaba hablando con Gossage mientras recogía una cesta para la señora Bember, pero oyó lo que lady Perceval le decía a su nieto.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre Deborah Staunton, Hugo? Pues tengo razón. Lo sé.

Al salir de los aposentos de lady Perceval, se encontraron con Lowell.

—¡Estupendo! Venid a compartir las sobras de anoche. Hester y Dungarran están con lady Martindale en Courtney Hall, Henrietta ha tenido que quedarse en la parroquia, y la casa está muy aburrida.

Desoyó las protestas de Hugo y Deborah y los llevó al pequeño salón, donde una mesa había sido dispuesta con embutidos, pasteles y gelatinas. Sir James y lady Perceval ya estaban sirviéndose, y saludaron efusivamente a Deborah.

—¿Cómo ha reaccionado mi madre al loro, Hugo? ¿Tendrás que buscarle otro sitio?

—Afortunadamente no. El loro consiguió divertirla increpando a Gossage, por lo que ha encontrado un hogar para toda su vida.

Se sentaron para que Hugo les contara la visita a la viuda, y luego se pusieron a hablar de la fiesta. El tiempo pasó agradablemente, hasta que Hugo anunció que tenían que marcharse.

—Deborah y yo tenemos que ir a visitar a la señora Bember por orden de mi abuela. Creo que deberíamos ponernos en marcha. Vamos, Deborah.

Deborah intentó ocultar su resentimiento por el tono apremiante de Hugo.

—Primero tengo que ir a la parroquia. Tía Elizabeth se estará preguntando la razón de mi retraso, y debería preguntarle si va a necesitarme esta tarde. Y tengo que cambiarme de vestido.

—A mí me parece que tu aspecto es muy decente —dijo Hugo.

Ni siquiera su madre pudo reprimir una sonrisa.

—Hugo, Deborah está preciosa. Seguramente lleva puesto su mejor vestido. Yo me lo habría puesto si hubiera ido a ver a tu abuela. Pero es evidente que necesita cambiarse y ponerse algo más discreto. ¡Y mira sus zapatos! Son demasiado ligeros para caminar por el bosque.

—Entiendo —dijo él—. Vamos, Deborah. Nos pasaremos por la parroquia de camino.

Deborah se levantó.

—No es propio de ti dejarte dominar por Hugo, Deborah —comentó Lowell—. ¿De verdad te vas? ¿Tan pronto?

—¿Por qué no? Todo es más sencillo si hago lo que Hugo dice. Sobre todo si mi intención es irme, de todos modos.

Todos se echaron a reír, e incluso Hugo sonreía mientras los dos abandonaban majestuosamente el salón.

Pero una vez fuera, a ninguno de los dos le resultó fácil hablar. Deborah miraba a su alrededor mientras atravesaban el patio y el césped, recordando la llegada del coche de Hugo unas semanas antes. ¡Qué amable había sido Hugo aquel día! Por aquel entonces, la vida ya era bastante difícil, alterada por la traición de tía Staunton y la visita de aquel desconocido. Su repentina marcha de Maids Moretón había sido una reacción instintiva ante el peligro. Abbot Quincey le había parecido un refugio seguro, un lugar donde no tendría que preocuparse por nada más. Incluso las noticias sobre el engaño de su tía Staunton no habían podido afectarla por mucho tiempo, y la revelación de su pequeña pensión había contribuido a aumentar su seguridad. Nunca había experimentado una felicidad total, pero se conformaba con una plácida satisfacción.

Ahora, poco tiempo después, la vida era incluso más dura que antes. El peligro venía de dentro, y su peor enemigo era su propio y traicionero corazón.

Hugo bajó la mirada hacia Deborah. Parecía pálida y distante… muy lejos de aquella mágica criatura a la que había visto la noche anterior. A juzgar por la expresión de su rostro, sus pensamientos no debían de ser muy alegres, pero ahora que estaban a solas no sabía cómo acercarse a ella.

Afortunadamente, fue ella la primera en hablar.

—¿Anoche hablabas en serio sobre *Autolycus*? ¿No vas a decirle nada a tía Elizabeth?

—Ya te lo dicho. Rara vez pierdo los nervios, pero cuando lo hago no siempre me comporto con equidad. Me enfurecí mucho en el establo, Deborah, y lo que dije de *Autolycus* no fue nada razonable. No quiero privarte del perro. Tuve unas palabras con tía Elizabeth antes de marcharme a Derbyshire. Estaba muy preocupada por lo que le pasó a Frederica —Deborah pareció asombrarse—. ¿No te dijo nada? No, ya veo que no.

—He estado muy ocupada con los preparativos de la fiesta. Apenas he hablado con ella.

—Es probable que esté esperando para hablar conmigo otra vez antes de tomar una decisión. Tía Elizabeth nunca actúa sin pensar en lo que hace. Ayer estuvimos hablando; pude convencerla de que Frederica no había corrido ningún peligro serio, y de que *Autolycus* puede ser adiestrado.

Deborah inclinó la cabeza.

—Gracias, Hugo —murmuró con voz temblorosa.

—Era lo menos que podía hacer —dijo él, volviéndose hacia ella—. Pero tengo algo más importante que decirte. Te humillé y te hice daño en aquel establo, Deborah, y lo lamento profundamente. Nada podría justificar un comportamiento semejante. No merezco tu perdón, pero espero que puedas perdonarme. No sé lo que me ocurrió, y te prometo que no volverá a pasar. Valoro mucho nuestra amistad y me enorgullecía de la confianza que depositabas en mí. Espero no haberla destruido.

Deborah negó con la cabeza.

—Ya te lo dije en su momento. Fui yo quien te provocó. No sé lo que me pasó, Hugo. A diferencia de ti, yo pierdo los nervios con mucha frecuencia. Pero nunca había golpeado a nadie de esa manera. No era mi intención herirte, te lo aseguro. ¿Podemos… podemos declarar una tregua? Además de todo, sería muy incómodo estar enfadados el uno con el otro durante mucho tiempo. La familia empezaría a hacerse preguntas.

—Eres muy generosa.

Caminaron en silencio unos minutos, hasta que Deborah volvió a hablar.

—Hugo, ¿qué te dijo tu abuela antes de que nos fuéramos? ¿Y qué quería decir con que tenía razón sobre mí?

Hugo titubeó. Lo que su abuela le había dicho era lo último que quería decirle a Deborah.

—Le gustas —respondió finalmente—. Cree que haces la vida más emocionante.

A Deborah se le escapó una risita.

—Supongo que no puedo negarlo —admitió—. Pero me parece que tú crees que la hago demasiado emocionante… ¡Al menos para ti!

—Tienes tus momentos. Pero sí, mi abuela tiene razón. Tal vez empezaba a valorar en exceso la tranquilidad… —se quedó callado, y entonces apareció una figura en la distancia—. ¿Quién está allí?

—¿Quién? Oh, creo que es Frederica. Sí, así es. Seguramente vuelva de la iglesia. ¿Qué habrá ido a hacer allí? No puede haber estado ayudando al tío William, ya que se ha ido a Northampton a pasar el día. Parece que tiene mucha prisa.

Cuando Frederica los vio dio un pequeño respingo.

—¡Oh! Me habéis asustado. No… no esperaba encontrarme con nadie.

—¿Has estado en la iglesia?

—¿Qué? ¿La iglesia? Oh… oh, sí.

—¿Qué estabas haciendo allí, Frederica? —le preguntó Hugo con curiosidad.

Su prima se ruborizó y lo miró avergonzada, mordiéndose el labio.

—¿Y bien? —la apremió él con impaciencia.

Deborah se compadeció de la chica.

—¿Te olvidaste de que el tío William está en Northamptonshire? ¿Habías ido a ayudarlo con los registros? —se volvió hacia Hugo—. Frederica ayuda a su padre a ordenar los registros de la iglesia. ¡Es una lástima que hayas hecho el viaje en vano, Frederica! Pero podemos volver juntas a la parroquia.

Frederica se mostró mucho más tímida que de costumbre en presencia de Hugo. Respondió cortésmente a sus comentarios, pero no hizo el menor intento por iniciar una conversación. Deborah percibió el creciente aburrimiento de Hugo. La situación le pareció muy injusta. Frederica podía ser una compañía encantadora, y normalmente resultaba muy fácil hablar con ella.

—Frederica —dijo, en un intento por hacerle justicia a la chica—, he oído comentarios muy halagadores sobre tu actuación de anoche. Todas las horas de práctica merecieron la pena.

Frederica se puso aún más colorada, pero respondió con dulzura.

—Todo fue gracias a ti, Deborah. Me gusta tocar el arpa, pero nunca habría intentado una pieza tan difícil si no me hubieras animado. Pero creo que el éxito se debió a la canción de amor que dedicamos a Hester y lord Dungarran, ¿no te parece?

Llegaron a un muro, franqueado por una pequeña escalera. Deborah apenas rozó la mano de Hugo al descender, pero Frederica se detuvo en lo alto para sacudirse las faldas. Entonces observó el suelo para asegurarse de que era firme y permitió que Hugo la ayudara a bajar. Hugo pensó una vez más en lo hermosa que era. Esbelta como un junco, con sus rizos dorados escapándose por debajo de su sombrero de paja, sus ojos azules como el cielo de verano, sus gráciles movimientos, su vestido de muselina blanco… Era todo lo que siempre había buscado en una mujer. Su ideal de belleza de femenina. La elección perfecta para suceder a su madre como señora de Perceval Hall. Pero, sorprendentemente, se dio cuenta de que no lo tentaba en absoluto. Ni tampoco la idea de casarse con Edwina, aunque no hubiera sabido que su afecto ya estaba comprometido. Las dos eran unas chicas preciosas y encantadoras. Pero Hugo estaba ahora convencido de que su voluntad para complacer y hacer todo lo que él dijera no tardaría en resultarle excesivamente empalagosa.

Fue una suerte que Frederica y Deborah se pusieran a hablar animadamente sobre Edwina y los otros jóvenes de la fiesta, porque la conmoción por aquel descubrimiento mantuvo a Hugo callado hasta que llegaron a la parroquia.

Fue Henrietta quién los recibió en la parroquia.

—¡Frederica! ¿Dónde has estado? Hemos estado esperándote durante horas. ¿Has visto el estuche de mamá? ¿O tú, Deborah? Ha desaparecido de su habitación, y nadie sabe dónde puede estar.

Los tres entraron en casa y se encontraron a lady Elizabeth hablando con una de las criadas. Al verlas, despidió a la chica y saludó a Deborah y a Hugo, preguntándole por la familia en Perceval Hall. Hugo respondió cortésmente y le preguntó por su estuche.

—¿Te lo ha dicho Henrietta? No era necesario. Mi estuche de escritura no estaba en su lugar habitual esta mañana, y no hemos podido encontrarlo por ninguna parte. Pero ahora creo que sé lo que ha pasado. La criada dice que tu tío William llevaba un paquete consigo cuando se marchó a Northampton. Seguramente se llevó el estuche para que le arreglaran una de las bisagras, que está suelta. ¡Qué considerado! Sabe lo mucho que significa ese estuche para mí. Se marchó más tarde de lo previsto, y supongo que por eso olvidó comentármelo. ¡Vaya revuelo que se ha montado por nada! Bueno, Hugo, ¿qué te trae por aquí? ¿Otra sesión de adiestramiento para el perro de Deborah?

Deborah le explicó su encargo, y lady Elizabeth le dio su consentimiento, aunque un poco reacia.

—Supongo que si es el deseo de la viuda, debo plegarme a lo que considere oportuno.

Habría sido mejor que te acompañara una de tus primas, pero hoy tienen otras ocupaciones. Ve a por tu sombrero, Deborah. Y deberías cambiarte de vestido y zapatos. ¿Cómo te has ensuciado tanto la falda, niña? Dale el vestido a la señora Humble para que lo sacuda. Frederica, nenes una mancha en tus guantes. Tenemos que limpiarla antes de ir a ver a los Hartnell…

Hugo se adelantó un trecho en el camino para esperar a Deborah. Se alegró de tener unos minutos a solas para pensar. ¿Qué había ocurrido? Hasta ese momento había estado convencido de que cualquiera de las dos gemelas sería una esposa ideal. Pero de repente, y sin saber por qué, había cambiado de idea. ¿Cómo era posible que entre Deborah y su abuela pudieran ejercer una influencia tan grande sobre él? Las dos le habían aconsejado que se olvidara de sus primas, pero Hugo nunca había permitido que nada le hiciera renunciar a un plan tan meticulosamente preparado. La sugerencia de su abuela de que considerara la posibilidad de casarse con Deborah Staunton era ridícula. De todas las posibles candidatas ella era la menos indicada.

Se volvió para mirarla mientras ella se acercaba corriendo, seguida por *Autolycus*. Aferraba la cesta de comida en una mano, llevaba su horrible sombrero ladeado y su vestido ya tenía una mancha en el bajo.

—Siento haberte hecho esperar, Hugo —se disculpó con voz jadeante—. Tía Elizabeth es muy quisquillosa. He tenido que cambiarme dos veces de vestido antes de que me dejara salir.

—No me importa esperar. Tenemos toda la tarde. Deberías haberte esmerado más con tu peinado… Llevas el pelo suelto por la espalda —lo dijo con calma, pero su voz delataba un atisbo de irritación. ¿Por qué Deborah no podía comportarse con un mínimo de decoro?

Ella adoptó una expresión avergonzada.

—Tía Elizabeth me dijo que me lo arreglara, pero con las prisas se me olvidó. Espera un momento.

Le tendió el sombrero, la cesta y la correa de *Autolycus* y se dio la vuelta para recogerse el cabello. Su cuello era esbelto y delicado, y Hugo sintió un deseo

irracional de rozarlo con los labios. Se apartó bruscamente de ella. ¿Qué demonios le estaba pasando?

—¡Ya está! —anunció Deborah alegremente—. Si tía Elizabeth me dejara, lo llevaría muy corto. Me han dicho que es la última moda en Londres. ¿Me das mi sombrero, por favor?

—¿Quieres que te compre un sombrero nuevo, Deborah? —sugirió Hugo, tendiéndole el sombrero de paja.

—No estaría mal, pero hay dos inconvenientes. El primero es que la tía Elizabeth no te lo permitiría. Y el segundo, que *Autolycus* lo reduciría al mismo estado que éste al cabo de un mes. Tengo un sombrero mejor, pero rara vez me lo pongo. No, si estás buscando decoro y pulcritud, harías mejor en acompañar a mis primas, Hugo —se puso firmemente el sombrero y recuperó la correa del perro—. ¿Podemos soltar a *Autolycus*?

—Probemos —aceptó él. El perro echó a correr, pero a la orden de Deborah volvió alegremente junto a ellos—. Mi más sincera enhorabuena. Estoy impresionado —siguieron caminando en silencio, hasta que él volvió a hablar—. Por lo que pude observar anoche, Edwina parece preferir la compañía de Richard Vernon a la mía.

—Eso parece —corroboró Deborah con cautela—. Creo que ya hablado con su madre del asunto. Lamento si eso frustra tus planes, Hugo, pero creo que se anunciará un compromiso dentro de poco.

—No me importa. He cambiado de idea respecto a las gemelas. Mi abuela y tú estáis de acuerdo en que no serían felices conmigo. ¿Y quién soy yo para discutir con vosotras?

—Pero ese cambio de opinión no es propio de ti, Hugo. ¿Tienes… tienes a otra persona en mente?

—Eso es lo malo. Tendré que empezar de nuevo, y eso implica visitas por todo el condado. Habré de emplear un tiempo que apenas puedo permitirme. Hay mucho que hacer en la finca.

—Encontrarás a alguien. Hay muchas chicas que estarían encantadas de recibir tu petición. Puede que seas un poco despótico, pero eres muy presentable —le ofreció una sonrisa burlona y Hugo se sintió repentinamente más animado.

—Me alegra que volvamos a ser amigos, Deborah.

Ella desvió la mirada.

—A mí también… ¡Mira! Ya casi hemos llegado. Ahí está la verja de la señora Bember.

Durante la siguiente media hora Hugo pudo ver lo que su abuela había querido decirle. La señora Bember respondió a sus preguntas con mucho gusto, obviamente halagada por la visita del amo. Pero con Deborah hablaba con mucha más libertad. La conversación estuvo muy lejos de ser deprimente, pero por primera vez Hugo se percató de la soledad de la anciana y de lo mucho que necesitaba la compañía. Deborah le subió los ánimos e incluso la hizo reír en varias ocasiones. Más tarde

fueron a visitar a otras personas… El viejo Gregory, que había sido jardinero en Great House, los Cárter, un antiguo mozo de cuadras y una vieja doncella, y también a algunos de los granjeros. En todas partes se repetía la misma escena. Los dos eran bien recibidos, pero era Deborah, la caótica y alocada Deborah, quien tenía la llave de sus corazones.

Hugo había comido demasiado para pensar, y en el camino de regreso estaba inusualmente callado. Era tarde; el sol aún estaba alto, pero la luz empezaba a atenuarse en el sendero. Un repentino crujido en la maleza hizo que *Autolycus* se pusiera a ladrar, y los dos se echaron a reír al ver una vieja cabra deambulando por el bosque.

—¡Es la cabra de Sammy Spratton! —exclamó Deborah—. ¡Agárrala, Hugo!

No fue difícil capturar al animal. El problema fue qué hacer con ella a continuación.

—Sammy no se acercará mientras estés aquí. Es muy tímido. Será mejor que sea yo quien le lleve la cabra. Su cabaña no está lejos.

—¡No! —rechazó él con firmeza—. No te permitiré adentrarte sola en el bosque.

—Pero…

—¡He dicho que no!

—Bueno, entonces ¿qué sugieres que hagamos? Sammy no se dejará ver.

—¿Quién es ese Sammy Spratton?

—¿No lo conoces? Vive solo en el bosque, y hace lo que puede por salir adelante. No… no puede hablar, Hugo, y a los aldeanos no les gusta. Pero es mi amigo, y es muy amable cuando te conoce mejor. ¡Déjame que le lleve la cabra!

—Ni pensarlo. Pero… —se volvió y dijo en voz baja—: Hay alguien escondido en los arbustos, detrás de nosotros. Creo que es el hombre que buscas. Si atamos la cabra a un árbol y nos alejamos, él la recuperará.

—Supongo que podríamos volver y asegurarnos de que lo ha hecho —dijo Deborah dubitativamente—. No me gustaría que la cabra se quedase atada toda la noche…

Apenas se habían alejado cincuenta metros cuando oyeron unos ruidos tras ellos. Convencidos de que la cabra volvía a estar en manos de su dueño, siguieron caminando en silencio.

—Dime cómo conociste a ese Sammy Spratton —le pidió Hugo.

—Hay tres o cuatro como él en el bosque. Marginados… gente que por una u otra razón no pueden llevar una vida normal. Conozco a un par de ellos desde hace años. De niña venía al bosque cuando me sentía triste, y así me encontré con ellos.

—¡No puedo creerlo! ¿Nunca fuiste consciente del peligro que corrías?

—No había ningún peligro. Nos entendíamos muy bien, y ahora los visito de vez en cuando. Confían en mí.

—¡Todo el mundo parece confiar en ti! —exclamó Hugo, sin apenas saber lo que estaba diciendo. Una nueva idea se estaba formando en su cabeza. Una idea peligrosamente atractiva.

Tal vez su abuela no estuviera tan equivocada. No había duda de que Deborah Staunton sabía mucho sobre la gente que habitaba en sus tierras. Se preocupaba de los pobres y los marginados más que nadie, y todos parecían respetarla. ¿Y si…?

¡No! Rechazó la idea antes de que hubiera cobrado forma. No podía pensar en Deborah Staunton como esposa. El caos que supondría en su vida metódica y ordenada sería inimaginable. Deborah era la antítesis de todo 1er que había planeado para su futuro. No podía permitirse caer en la trampa. ¡No, no y mil veces no! Se detuvo y sacudió enérgicamente la cabeza. Entonces Deborah lo miró extrañada y Hugo se dio cuenta de que había pronunciado las últimas palabras en voz alta.

Deborah se había detenido en un claro, y los rayos de sol que penetraban entre las hojas la rodeaban con un resplandor dorado. Se había quitado el sombrero y el pelo se le había vuelto a soltar. De repente parecía… mágica. Antes de que pudiera impedirlo, Hugo había formulado la fatídica pregunta.

—Deborah… ¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo 7

Nada más pronunciar las palabras, Hugo se sintió invadido por el pánico. ¿En qué demonios había estado pensando? Acababa de condenarse para toda la vida. ¡Debía de estar loco!

No había escapatoria. Estaba irremediablemente comprometido. Después de pedir su mano no podía retirarse y mantener su honor intacto. Y, dadas las circunstancias, era impensable que Deborah lo rechazara, sin importar lo que sintiera por él. Con el corazón desbocado, esperó a oír el veredicto de su condena.

Tan aturdida como él, Deborah cedió por un momento, por un momento muy breve, a un arrebato de alegría y esperanza. Pero cuando él permaneció inmóvil, con una expresión de horror cubriéndole el rostro y sin hacer el menor intento por tocarla o mirarla a los ojos, la cordura acabó prevaleciendo…

—Perdóname —dijo ruidosamente—. ¿Podrías… podrías repetirme lo que has dicho?

—Te… —carraspeó—. Te he pedido que te cases conmigo.

La euforia de Deborah se desvaneció como el humo en la brisa. Lo que fuera que había impulsado a Hugo a pedírselo no había surgido del corazón. En cualquier otra circunstancia, o con cualquier otra persona, la reserva de su voz sería risible. Pero Deborah no se sentía capaz de reír.

—¿Por… por qué?

Hugo pareció ofenderse.

—¿Por qué? Creía que era obvio. Necesito una esposa, y me he dado cuenta de que tú podrías ser… ser…

—¿Apropiada?

—Eso cree mi abuela.

—¿Así que me lo has pedido porque tu abuela te dijo que lo hicieras? ¡Creía que tenías más personalidad, Hugo!

Hugo se puso muy rígido. Aquello no estaba saliendo como debería. Nunca antes había pedido la mano de una mujer, pero Deborah tendría que haber reaccionado con gratitud y satisfacción, no con una crítica mordaz.

—Te estas confundiendo —le dijo con frialdad—. Valoro la opinión de mi abuela, pero no te pediría que casaras conmigo sólo porque ella me lo haya recomendado.

—¿Entonces por qué?

—Maldita sea, ¡hace mucho que nos conocemos, Deborah! Te adaptarías sin problemas a esta vida. No creo que esa tendencia a provocar desastres te acompañe toda la vida. Con un poco de ayuda…

—¿Y tú serías quien me ayudara?

—Por supuesto.

—¿Y el amor, Hugo? ¿Tú me quieres?

—¡Pues claro que te quiero! Es decir, te tengo un gran aprecio, y creo que una vez que nos asentáramos podríamos llevar una vida cómoda y apacible los dos juntos.

—Querrás decir una vez que yo me haya asentado. ¿Sin… sin pasión? ¿Sin amor desesperado?

—Ya sabes lo que pienso de esa locura.

Deborah lo miró con una curiosa sonrisa.

—Lo siento. No puedo.

—¿No puedes? ¿No puedes qué?

—¡Casarme contigo!

Hugo se quedó tan aturdido que por un momento no pudo hablar.

—Si te preocupa lo que ocurrió después de la feria, no tienes nada que temer. Te prometo que nunca más volverá a repetirse el comportamiento que tuve en el establo. No soy un animal. Cuando seas mi esposa, te trataré con todo el afecto y respeto que tu posición merece.

—No temo que vuelvas a perder la cabeza —dijo Deborah—. Pero no creo que quiera casarme contigo.

—Pero ¿por qué no? ¿Hay alguien más?

—No.

Hugo empezó a irritarse.

—No puedo creer lo que oigo. ¿Quieres decir que Deborah Staunton, una huérfana desamparada y sin blanca, rehúsa contraer matrimonio con un hombre que le puede brindar toda la seguridad que necesita? Aún más… ¿una posición social en la que serías respetada por todo el mundo, y un hogar que muchos envidiarían en el centro de una familia distinguida?

—Sí.

—¿Qué quieres decir? ¿Sí… te casarás conmigo?

—No, quiero decir que sí rehúso casarme contigo.

—Pero ¿qué más podrías esperar? —le preguntó él sin salir de su asombro.

—No creo que lo entendieras. Es una estupidez, ¿recuerdas? Pero así soy yo. Hugo, ¿podemos olvidarnos de todo esto? Es muy embarazoso seguir diciendo que no.

Hugo estaba tan encrespado que sólo hablando podía aliviarse.

—No tengo la menor intención de obligarte a nada —dijo, muy tenso—. Pero permíteme decirte que estás cometiendo un grave error. No volveré a pedírtelo.

—No seas tan arrogante, Hugo. Vamos… anímate. En el fondo no quieres casarte conmigo, y lo sabes. Me lo pides simplemente porque acabas de cumplir treinta años y se lo prometiste a tu padre. Y como las gemelas están mirando a otra parte…

—Edwina, tal vez. Pero aún está Frederica.

Deborah guardó un breve silencio antes de responder.

—¡Por supuesto! Lo había olvidado. Pues ahí lo tienes, Hugo. Frederica está cerca de casa, y además tienes a un montón de chicas bonitas y de buena familia por todo el condado.

Hugo no se dejó apaciguar.

—No sé cómo hemos acabado hablando de esto —dijo para intentar mantener su dignidad—. Me resulta de muy mal gusto. Lo mejor será que no digamos nada más.

Reanudó la marcha hacia la parroquia a paso ligero. Deborah habría preferido refugiarse en el bosque y abandonarse a la angustia que la invadía, pero no era posible. A pesar del resentimiento de Hugo, sabía que volvería a buscarla. De modo que hizo acopio de coraje, puso una mueca y lo siguió con decisión. Pero se negó a correr, y al cabo de un momento Hugo se vio obligado a pararse para esperarla.

Recorrieron el camino hasta la parroquia en completo silencio, y al llegar se encontraron con que la confusión reinaba en la casa. El tío William había regresado de Northampton, pero no se había llevado el estuche de lady Elizabeth consigo. Era obvio que alguien lo había sustraído, seguramente mientras toda la familia estaba en Perceval Hall la noche del cumpleaños de Hugo. Lady Elizabeth estaba muy afectada, a pesar de sus esfuerzos por no mostrarlo. Y también estaba tan perpleja como todos los demás. El estuche era lo único que había desaparecido, y no era especialmente valioso.

—¡Guardaba mis recetas en él! Me di cuenta de que había desaparecido cuando quise consultar cómo se limpiaban las manchas de una tetera —dijo lady Elizabeth—. No me explico por qué alguien iba a robarlo. Sólo tiene un valor simbólico. Mi querido padre… —hizo una pausa para controlar su voz—. Mi padre nos dio uno a cada una de nosotras cuando aprendimos a escribir. ¡Deborah! ¿Has comprobado si el tuyo también ha desaparecido?

Deborah subió corriendo las escaleras. El estuche de escritura estaba sobre la cómoda, como siempre. Examinó el nombre de la tapa, Frances, y volvió a bajar.

No se podía hacer nada. Ya era tarde y estaba oscureciendo rápidamente. Hugo se ofreció para organizar una partida de búsqueda al día siguiente, por si acaso el ladrón había abandonado el estuche por los alrededores de la parroquia.

—Mientras tanto, habría que cerrar las puertas de la parroquia, tío William.

—Lamentaría tener que hacer eso. Las puertas se cierran por la noche, pero durante el día están siempre abiertas para recibir a cualquiera que venga en busca de ayuda. Pero la desaparición del estuche… ¿Qué debemos hacer, querida?

—Dejaremos las puertas abiertas, William. No voy a permitir que un lunático, porque eso es lo que es, eche a perder la reputación que hemos mantenido durante tantos años.

Era inútil intentar convencerlos, por lo que Hugo los dejó y regresó a Perceval Hall, evitando mirar a los ojos a Deborah mientras les deseaba buenas noches a todos.

Aquella noche, cuando la casa quedó en silencio y todos estuvieron dormidos, Deborah daba vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Las dudas la acosaban, hostigándola con imágenes utópicas de lo que había rechazado… Una vida con Hugo, queriéndolo, ayudándolo, dándole hijos, envejeciendo a su lado… Las ventajas que él le había mencionado, como la posición social y la seguridad, no significaban nada comparadas a la felicidad de pasar el resto de su vida con él. Habría estado encantada de convertirse en su esposa, si tan sólo…

¿Había sido una locura rechazarlo? Hugo le había hablado en serio. No habría otra oportunidad. La desolación era tan abrumadora que acabó cediendo al llanto. Pero las lágrimas se secaron poco a poco cuando se imaginó lo que habría sido en realidad una vida con Hugo. Amándolo con pasión y deseo, necesitando desesperadamente que él también la amara y la besara como había hecho en el establo, no incitado por la lujuria ni por la ira, sino por amor. ¿Cómo podría resignarse a la clase de matrimonio que él le había ofrecido? Hugo no la amaba, y nunca la amaría como ella a él. ¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que ella le exigiera mucho más que el tibio afecto y respeto que él le ofrecía? Su petición podía haber sido impulsiva, pero estaba influida por la promesa que le había hecho a su padre de casarse cuando tuviera treinta años, y por la inesperada aprobación de su abuela. Pero nada más formularla se había dado cuenta de que era un error.

En la oscuridad de su dormitorio, tumbada en la cama mientras recordaba la vida con sus padres, se convenció aún más de que había hecho lo correcto al rechazar a Hugo. Si hubiera sido lo bastante estúpida para aceptarlo, no habría pasado mucho tiempo hasta que él la hubiera despreciado, avergonzado por lo que veía como un sentimiento excesivo. Y eso era algo que Deborah no podría soportar. Su madre había amado a su padre de la misma manera, y él se había limitado a tolerarla, hasta que al final acabó irritado y aburrido de ella. Frances Staunton se había quedado destrozada por la temprana muerte de su marido, pero al menos se había ahorrado la vergüenza de ser una esposa abandonada. ¡No, no, no! La hija de Frances Staunton tenía que aprender a vivir sola… con un amor no correspondido.

Tras llegar a una conclusión razonable, Deborah se levantó a la mañana siguiente con ojeras y el rostro pálido, pero en paz consigo misma. La única dificultad era cómo iban a mantener las apariencias Hugo y ella delante de toda la familia, y la solución fue verse lo menos posible. *Autolycus* no necesitaba más adiestramiento, y Hugo parecía haber perdido el interés por las gemelas.

Aunque estaba muy ocupado con la hacienda, encontró tiempo para buscar el estuche de su tía, pero todo fue en vano. El estuche había desaparecido y lady Elizabeth se vio obligada a aceptar su pérdida. El asunto era un misterio, pero otro misterio fue fácilmente resuelto… al menos para Deborah. Desde hacía algún tiempo

llevaba sospechando que el interés de Frederica por los registros de la iglesia guardaba más relación con el coadjutor del reverendo William que con el deseo de ayudar a su padre. El señor Langham era un joven tranquilo y modesto, con el pelo y los ojos marrones y una sonrisa encantadora. Estaba emparentado con los dueños de una buena propiedad al otro lado de Northampton, y algún día instalaría en la misma a una próspera familia. Mientras tanto, trabajaba con el reverendo William, aprendiendo las habilidades para la confesión y la absolución, y cómo tratar con los problemas cotidianos de una parroquia rural. Estaba absolutamente entregado a su trabajo y a sus estudios, y apenas parecía advertir la presencia de las hermosas hijas del párroco cuando se encontraba con ellas en la iglesia o cuando era invitado a cenar en casa.

Unos días después de la conversación con Hugo, Deborah se encontró con Frederica volviendo una vez más de la iglesia, cuando era obvio que su padre no se encontraba allí, ya que Deborah lo había visto salir para Steep Ride media hora antes. Frederica estaba sonriendo, ensimismada, y se llevó un buen susto cuando Deborah salió de la sombra de los árboles y le habló.

—¡Oh! Eres tú, Deborah. ¡Gracias a Dios! Por un momento pensé que era mi madre.

—Ese comentario es más propio de mí, Frederica. Normalmente soy yo la que teme ser sorprendida, y tú mi ángel de la guarda. ¿Qué estás tramando?

Frederica vaciló un momento y entonces lo soltó.

—¡Si no se lo cuento a alguien acabaré estallando! Sé que tú me guardarás el secreto… ¡El señor Langham me ha sonreído hoy!

—El señor Langham siempre está sonriendo, Frederica. ¿Por qué no iba a sonreírte a ti?

—¡Pero esta vez ha sido diferente! Su sonrisa iba dirigida a mí… ¡A mí y a nadie más! Llevaba semanas intentando… discretamente, por supuesto…

—¡Por supuesto! —repitió Deborah con sarcasmo.

—No pongas esa cara, Deborah… ¡Mi comportamiento ha sido impecable en todo momento! Como decía, llevaba semanas intentando atraer su atención. Y hoy estábamos en el pórtico de la iglesia y me ha sonreído… ¡Directamente a mí!

—Seguramente pensó que eras Edwina —se burló Deborah.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó Frederica bajando la mirada, pero enseguida se le iluminó el rostro—. ¡No puede ser! Me llamó «señorita Frederica». Nunca pensé que el señor Langham pudiera distinguirnos a mí hermana y a mí. Oh, Deborah, ¿no es maravilloso?

Deborah dudó. Frederica estaba enamorándose. No había nada malo en ello, naturalmente, pero no debía ver al señor Langham sin que su madre lo supiera.

—¿Por qué te asustaste cuando pensaste que yo era la tía Elizabeth?

—Aún no se lo ha dicho a mamá —confesó Frederica—. ¡Pero es que no había nada que contar! —añadió rápidamente—. Aún no. Quería que me conociera un poco

mejor antes de decir nada. Mamá puede ser temible, y creo que el señor Langham es muy tímido. Echaría a correr despavorido. ¡No se lo digas, Deborah! ¡No se lo digas a nadie todavía! ¡Por favor!

El bonito rostro de Frederica estaba contraído en una mueca de inquietud. Deborah recordó las muchas veces que Frederica la había ayudado a ocultar sus propias fechorías.

—Pues claro que no se lo diré a nadie —le aseguró con vehemencia—. De todos modos, tú nunca has sido tan imprudente como yo, y sé que se lo dirás a tu madre cuando estés preparada… ¿o debería decir cuando el señor Langham esté preparado?

—Oh, ¿crees que estará preparado? ¿En serio?

—Mi querida Frederica, si no se ha enamorado de ti es que es ciego y estúpido. Eres lo bastante bonita para cautivar a cualquier hombre, y si él no puede ver la maravillosa esposa que serías, es un completo idiota. Y que yo sepa, el señor Langham no es ciego ni idiota… Por supuesto que estará preparado.

—¡Oh, eso espero! Y se lo diré a mamá, en serio. Dentro de poco…

Desde aquel momento en adelante, Deborah se percató de las frecuentes escapadas de Frederica. Pero una amenaza se cernió sobre la joven algunos días más tarde, cuando lady Elizabeth, quien aún estaba muy disgustada por la pérdida de su estuche, anunció que Frederica llevaba demasiado rato en la iglesia y que iría a buscarla.

—¿Quieres que vaya yo? —se apresuró a preguntar Deborah—. Hace mucho calor, tía.

—Gracias, pero el aire me sentará bien. Me llevaré la sombrilla y caminaré por el paseo de los castaños. A la sombra de los árboles se está muy bien.

Deborah vio cómo su tía salía de la casa y entonces corrió hacia la parte trasera, saltó la valla y se dirigió hacia la iglesia lo más rápido que pudo. Su tía tardaría varios minutos en llegar; siempre caminaba lentamente y el camino de los castaños no era el atajo más corto.

Frederica estaba saliendo de la iglesia con el señor Langham. Deborah llegó jadeante y sin aliento, pero consiguió hablar en tono ligero y despreocupado.

—Buenas tardes, señor Langham. Hace un día precioso, ¿verdad? —sin esperar respuesta siguió hablando—. Me alegro de haberte encontrado, Frederica. Tía Elizabeth estaba preguntando por ti. Viene para acá a buscarte.

—¡Oh! Sí, claro… —dijo Frederica, ligeramente distraída—. Tengo que irme. Buenas tardes, señor Langham.

Hizo una reverencia y se giró para marcharse. Con las prisas dejó caer el fajo de folletos que llevaba en la mano, y el señor Langham se agachó para recogerlos. Frederica miró a Deborah con expresión suplicante. Si lady Elizabeth los encontraba allí, exigiría saber qué estaba pasando.

—Frederica, tía Elizabeth tiene un poco de prisa. Yo recogeré los papeles y así puedes encontrarte con ella a mitad de camino, ¿te parece bien? Viene por el camino de los castaños.

—¡Oh, gracias! Gracias, señor Langham. Nuestra discusión me ha parecido muy interesante. Adiós.

Se alejó a toda prisa y Deborah se quedó con el joven reverendo, quien se había olvidado de los folletos y seguía con la mirada el blanco vestido de Frederica. Cuando la perdió de vista volvió bruscamente a la realidad y se agachó para recoger más folletos. Tenía el rostro colorado, posiblemente por el esfuerzo, pero era más probable que se debiera a sus sentimientos.

—¿Qui… quiere que los lleve a la parroquia, señorita Staunton?

—Gracias, pero no será necesario. No son pesados, y me temo que Frederica estará fuera el resto de la tarde.

El señor Langham se puso más rojo aún y Deborah sonrió para sí misma. Primero Edwina y ahora Frederica. Parecía que ya no tendría que seguir preocupándose por las gemelas.

El ruido de unos cascos los hizo volverse. Hugo los estaba observando desde la verja de la iglesia. Deborah sintió cómo se ruborizaba ante su cínica expresión. Desmontó con agilidad y se acercó a ellos.

—Buenos días. ¿Está el párroco en la iglesia?

El señor Langham balbuceó que el reverendo William estaba de visita en Steep Ride.

—Entiendo —murmuró Hugo, sin abandonar aquella odiosa expresión de cinismo—. ¿En serio?

El señor Langham se quedó desconcertado y se giró dignamente hacia Deborah.

—Si no necesita mi ayuda con los folletos, señorita Staunton, me marcharé. Llego tarde a una reunión.

Deborah murmuró una despedida ininteligible y Hugo y ella se quedaron a solas.

—¿Crees que es tu tipo, Deborah? —preguntó él con voz áspera y desagradable—. Agua bendita, sermones y caridad cristiana… ¿Es eso lo que quieres?

Deborah se puso como un tomate.

—No tengo el menor interés en el señor Langham. Sólo estábamos hablando.

—No parecía que fuese una conversación inocente.

—Lo era, puedes estar seguro. Y aunque no lo fuera, ¿qué tiene que ver contigo, Hugo?

—Nada en absoluto. Salvo que me dijiste que no había nadie más, creo. Y no sé si apruebo estos encuentros clandestinos entre la pupila de mi tía y el ayudante de mi tío. Seguro que no hay necesidad de tanto secretismo. Aunque quizá… —se calló.

—¿Sí?

—Quizá te parezcas más a tu madre de lo que pensábamos. A ella también la seducían las citas secretas…

El primer impulso de Deborah fue abofetear aquel rostro que le sonreía burlonamente. Pero quizá era la provocación que él buscaba. Podía intuir que Hugo estaba muy furioso tras aquella fachada sonriente. Recordó lo que ocurrido la última vez que atacó a un Hugo furibundo y consiguió reprimirse.

—Puedes pensar de mí lo que quieras —le dijo fríamente—. Pero es repugnante que critiques a los que no están aquí para defenderse. Quería mucho a mi madre y la hubiera defendido contra el mundo entero. Pero tú, Hugo, eres incapaz de entender los sentimientos que la llevaron a fugarse con mi padre, así que no me molestaré en justificarla ante ti. Pero el señor Langham es un hombre honesto y decente. ¿Qué ha hecho él para merecer tus reproches? —lo miró fijamente, desafiante—. ¿Y bien? Ya te he visto enfadado otras veces, Hugo, pero nunca pensé que fueras tan injusto y mezquino.

Hugo se puso pálido y dio un paso atrás, como si hubiera recibido una bofetada. Dudó un momento y entonces se giró bruscamente y se dirigió hacia la verja. Montó en su caballo y se alejó al galope, perdiéndose de vista a los pocos segundos.

Deborah volvió lentamente a la parroquia, sintiéndose como si hubiera sobrevivido a un terremoto.

Frederica estaba desesperada por hablar con ella, y no perdió tiempo en preguntarle en cuanto estuvieron a solas.

—¿Te dijo algo?

—¿Quién? —preguntó Deborah, quien seguía pensando en las acusaciones de Hugo.

—¡El señor Langham, por supuesto! ¿Te dijo algo de mí?

—No tuvimos tiempo. Hugo apareció en cuanto tú te marchaste.

—¡Oh, gracias a Dios que no llegó antes!

—Bueno, no sé qué decirte. Hugo sospecha ahora de mí. Cree que estoy teniendo una aventura con el señor Langham.

Frederica soltó una carcajada.

—¡Qué gracioso! No se lo dijiste, ¿verdad?

—No me dio oportunidad. Pero tampoco se lo hubiera dicho. Aparte de que no quiero traicionar tu confianza, no creo que Hugo se merezca la verdad. Es un monstruo. ¡Un monstruo cruel y desalmado!

—¿Hugo? ¿Te has vuelto a pelear con él, Deborah? Creía que ya lo habíais arreglado.

—Y así fue. Pero luego discutimos por… No puedo decirte por qué, Frederica, pero… pero… —rompió a llorar, pero se negó a confesarle la razón a una horrorizada Frederica. Su prima desistió de indagar e hizo lo posible por consolarla.

—No estás enamorada del señor Langham, ¿verdad, Deborah? —le preguntó cuando Deborah se calmó lo suficiente—. Si lo estás, dejaré… dejaré de verlo.

Deborah sonrió a pesar de las lágrimas.

—Te prometo que no estoy enamorada del señor Langham. Y si lo estuviera, no conseguiría nada, aunque tú te negaras a seguir viéndolo. Está enamorado de ti, Frederica, y así va a seguir. Creo que deberías hablarle a tu madre de él.

—Lo intentaré. Deborah… —dudó y le lanzó una mirada fugaz—. No estás enamorada de… de Hugo, ¿verdad?

—¿Enamorada de un monstruo? ¿Cómo podría estarlo? ¡Es ridículo!

Frederica dejó el tema, aunque no parecía muy convencida por la respuesta. Deborah pensó irónicamente que había sido muy lista al persuadir a sus primas para que hicieran lo correcto.

Por desgracia, era incapaz de hacer lo mismo con su propia vida.

La vida transcurría apaciblemente en Abbot Quincey. El verano empezaba a dar paso a las primeras señales del otoño. El día de la boda de Hester se acercaba rápidamente y Perceval Hall bullía de actividad. Los comerciantes y las visitas iban y venían, se contrató ayuda adicional y volvieron a abrirse habitaciones que habían estado cerradas durante años. Toda la casa fue limpiada, aireada y reordenada. Fuera, un pequeño ejército de jardineros limpió de malas hierbas el césped y los parterres, y las flores fueron regadas y podadas.

Por complacida que estuviese porque su nieta fuera a casarse con un hombre tan encantador como Robert Dungarran, el ruido y el ajetreo no siempre eran del agrado de lady Perceval.

—¡Esto es insufrible! Es peor que vivir en medio de Northampton. El ruido, la gente entrando y saliendo… De verdad te digo, Hugo, que estoy pensando seriamente en fugarme con un amante… No, no me tomes en serio. No es algo que esté bien visto, y no hay precedentes de tal cosa en la familia Perceval. Pero éste es el único lugar de toda la casa donde se puede respirar un poco de calma. ¿Te apetece un poco de vino? ¡Gossage!

—¡Gossage! —repitió el loro—. ¿Dónde está esa maldita mujer?

Estaba posado en el respaldo de la silla de lady Perceval, y cuando la doncella entró con una bandeja la miró maliciosamente y movió la cabeza. Gossage no dijo nada, pero le lanzó una mirada asesina al loro. Sirvió el vino y las galletas que tanto le gustaban a lady Perceval y volvió a salir.

—¡Gossage! —gritó el loro. La doncella se detuvo en la puerta e hizo ademán de girarse, pero enseguida se puso rígida y salió—. ¡Contrólate, Gossage!

Lady Perceval no podía parar de reírse.

—Este pájaro es el mejor regalo que me has hecho nunca, Hugo. Gossage lo detesta, pero cuida muy bien de él. A veces consigue crisparla, pero ya se está acostumbrando a él… qué lástima. Me divierto más con el loro que con muchas de mis visitas.

—Gracias, abuela. Eres muy amable al compararme con el loro.

—No digas tonterías. Tú no eres una visita. No, me refiero a esos idiotas que venían día tras día a ver a Hester.

—Me imagino lo que dirías si no vinieran a visitarte.

—Puede que tengas razón. Pero yo tengo la excusa de la edad. ¿Cuál es la tuya?

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. ¿Por qué estás tan malhumorado? Lowell me ha dicho que estás con un humor de perros casi todo el tiempo.

—Lowell podría guardarse sus comentarios —dijo Hugo, irritado.

—¿Lo ves? Estás demasiado susceptible. ¿Qué ocurre, Hugo? Creía que todo estaba solucionado. Todo este jaleo de la boda habrá pasado pronto. ¿O es que ya te estás aburriendo de la vida en el campo?

—Ya me has preguntado eso antes, abuela, y mi respuesta sigue siendo la misma. Me gustaba vivir en Londres, pero soy muy feliz aquí, en Abbot Quincey.

—¿Seguro? No lo pareces…

Hugo se levantó y se acercó a la ventana.

—No puedo estar sonriendo todo el tiempo. Además…

—¡Dímelo!

Hugo se volvió hacia ella con la expresión ensombrecida.

—Es por la búsqueda de esposa. Si te digo la verdad, creo que he perdido el entusiasmo. Ninguna de las dos gemelas me parece ya una buena opción…

—¿Y qué me dices de la otra opción que te sugerí? ¿Qué me dices de Deborah Staunton?

Hugo se volvió hacia otra vez hacia la ventana.

—Ya puedes ir olvidándote de Deborah, abuela.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Se lo pedí. No sé por qué. Lo hice sin darme cuenta. ¿No te parece absurdo?

—Entonces, ¿por qué debo olvidarme de ella?

—Me rechazó.

Hubo un silencio.

—¿Que te rechazó? —preguntó su abuela con incredulidad—. ¡No puede rechazarte! Es imposible.

—Me alegro de que me valores tanto, no como la señorita Staunton… —se calló bruscamente, como si sintiera que estaba revelando más de la cuenta. Se apartó de la ventana y volvió a sentarse junto a su abuela—. Debe de estar loca —dijo, intentando aparentar indiferencia—. ¿Qué otra chica en su situación rechazaría la seguridad y la posición social que le estaba ofreciendo?

—¡Al diablo con la seguridad y la posición social! ¡Esa chica está enamorada de ti, Hugo! ¡Lleva años enamorada de ti!

—¿Eso crees? —preguntó él con escepticismo—. Pues tiene un extraño modo de demostrarlo.

—¡Seguro que lo has hecho rematadamente mal!

—Gracias —respondió él, indignado—. Puede que me falte un poco de práctica, ya que no es algo que se haga todos los días, pero creo que lo hice bastante bien.

—¿Una chica que te ha amado durante años te rechaza y dices que lo has hecho bastante bien? ¡Eres tan idiota como Deborah, Hugo!

Hugo se levantó con brusquedad.

—Esta conversación no nos está sirviendo de nada, abuela. Si me disculpas, tengo cosas que hacer…

—¡No emplees ese tono conmigo, jovencito! ¡Siéntate!

Hugo volvió a sentarse y se encogió de hombros.

—No sé de qué quieres hablar, pero no creo que sirva de nada. Aunque estuviera dispuesto a pedir otra vez la mano de la señorita Staunton, ella está interesada en otra persona.

—¿Quién?

—El señor Langham.

—¿El ayudante de tu tío William? —una lenta sonrisa curvó los labios de lady Perceval—. ¿En serio? ¿Y qué te hace pensar eso?

—¿Es necesario que te lo diga?

—No estaría perdiendo mi tiempo por ese crío desgarbado si no lo creyera necesario. ¿Qué te hace pensar que Deborah Staunton se siente atraída por el señor Langham?

—Los sorprendí juntos… en el pórtico de la iglesia.

—¿De verdad? ¿Y qué estaban haciendo en aquel pozo de perdición?

Hugo siempre había podido acallar con una mirada lo que él consideraba como una impertinencia, pero con su abuela era imposible.

—Sólo estaban hablando. Pero ¿por qué tienen que encontrarse en secreto si no hay nada que esconder? El tío William no estaba en la iglesia, pues se había ido a Steep Ride.

—Entiendo. ¿Y perdiste los nervios otra vez?

—¡Claro que no! —declaró él. Su abuela lo miró sin decir nada—. Bueno, puede que después de eso haya sido un poco frío con Deborah. No aprobaba su engaño.

—¡Estás celoso!

Hugo se levantó de un salto.

—¿De Deborah Staunton? ¡Eso es ridículo! Absolutamente ridículo. ¿Por qué iba a estar celoso de una chica tan alocada, simple e irresponsable?

—A mí no me lo preguntes. Tú eres el único que lo sabe. Pero tus celos son infundados. O mucho me equivoco, o el señor Langham está enamorado de Frederica.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu tío William no es tan ciego como la gente piensa. Al menos no lo es con sus hijas. El otro día estaba diciendo que si Langham no se declara pronto, tendría que hablar con él. Pero William siempre espera que los demás hagan lo correcto sin que él tenga que intervenir, y Elizabeth me dijo ayer mismo que Frederica se lo había confesado finalmente. Así que tu pequeño problema de celos está resuelto. Esa unión no es nada del otro mundo, pero Frederica será feliz. Conoce bien ese estilo de vida, y su carácter es ideal para ser la esposa de un cura rural.

Hugo estaba desconcertado.

—Cuando vi a Deborah con Langham…

—Fue, como ella misma te dijo, una conversación inocente.

—¡Dios mío! —exclamó Hugo, horrorizado—. Le dije cosas durísimas…

—¡Eres imposible! Los dos acabáis con mi paciencia. Lárgate, Hugo, y cuando seas capaz de controlarte, intenta convencer a Deborah para que te escuche.

—Siento haber sido tan injusto con ella —dijo él—. Pero no soportaría otro rechazo —miró fijamente a su abuela—. Y una aceptación sería aún peor. Lo que busco es una esposa para estar tranquilo, no una fuente de problemas.

Capítulo 8

Hugo abandonó los aposentos de su abuela sintiendo la acuciante necesidad de dar un paseo al aire libre. Pensó en cruzar el bosque hasta la casita de Ellen Bember, a quien no veía desde hacía días, y se puso en marcha, intentando poner orden en sus caóticos sentimientos. Por encima de todo lo dominaba la irritación. La acusación de su abuela carecía de todo fundamento. ¡Celoso! ¿Cómo podía estar celoso por una chica tan insignificante como Deborah Staunton? Se detuvo un momento. No, no era insignificante. Por pequeña que fuera, su carácter podía ser temible.

Pero él no estaba celoso. En absoluto. De hecho, no podía entender que Deborah se sintiera atraída por Langham, quien no era particularmente atractivo ni exactamente dinámico y a quien ella doblaba en vitalidad y entusiasmo.

De repente recordó la revelación de su abuela. ¡No era Deborah, sino Frederica la que iba a casarse con Langham!

Lo invadió una ola de satisfacción. Estaba contento por su prima Frederica; era una buena chica y se merecía lo mejor. Y a pesar de sus carencias, Langham era un buen tipo. Pensó en el futuro de Frederica con una sonrisa. ¡Pobre Deborah! Ojalá no le afectara mucho la preferencia del cura por su prima… Aunque no le vendría mal sufrir un poco. Así aprendería lo que se sentía al ser rechazado.

Al pensar eso se sacudió mentalmente a sí mismo. ¿En qué estaba pensando? ¡Él no estaba sufriendo por el rechazo de Deborah! Estaba… aliviado. Irritado, naturalmente. A ningún hombre le gustaría ser rechazado. Pero el sentimiento que prevalecía era un inmenso alivio al saber que no tendría que pasarse el resto de su vida sacando a Deborah Staunton de apuros.

Pateó los hierbajos mientras caminaba. Su abuela se equivocaba sobre los sentimientos de Deborah hacia él. Tal vez se había sentido atraída cuando era niña. Era lógico que lo buscase en busca de protección. Era una chica adorable y en su casa nunca se había respirado un ambiente cálido y familiar. Hugo frunció el ceño al recordar los mordaces comentarios que le había hecho sobre su madre. ¿Por qué había tenido que ser tan cruel con ella?

Lo pensó por un momento, pero la conclusión a la que llegó no lo alivió lo más mínimo. Había querido que Deborah se enfureciera tanto como él. Y lo había conseguido. Deborah se había quedado tan enojada y dolida que casi le había golpeado.

Hugo había visto el odio que ardía en su mirada, y habría recibido con agrado la justa venganza. Pero ella había dominado su ira y él se había llevado una amarga decepción. ¿Decepción? No era extraño que se hubiera avergonzado de sí mismo mientras se alejaba. ¿Cómo podía un hombre como él comportarse de esa manera? ¡Había intentado provocar a una chica inocente para que le golpeara! ¿Qué motivo había tenido?

La respuesta a esa pregunta le hizo sentirse aún más miserable.

Le dio un fuerte puntapié a una zarza. ¿Por qué había creado Dios a Deborah Staunton? ¿Qué pecados había cometido Hugo Perceval en una vida anterior para recibir aquel castigo? Parecía que el destino de Deborah era provocarlo hasta la locura. «*Sir Hugely Perfect*».

Así lo parodiaba aquel maldito libro. Nada más lejos de la realidad. Cada vez que se acercaba a Deborah Staunton, se comportaba como un villano cruel y descontrolado. Y ella era una bruja que dominaba su voluntad. Si quería recuperar la cordura debería evitarla en lo sucesivo como si fuera una plaga.

Por tanto, fue una desgraciada casualidad que se tropezara con la bruja en el siguiente recodo del camino. Y aún lo fue más que necesitara su ayuda.

Lo primero que Hugo vio fue la espalda de un hombre fornido que agarraba a Deborah por los brazos. Hugo no deseaba repetir un encuentro como el de la iglesia y empezó a retirarse. ¡No quería volver a desafiarla!

Entonces *Autolycus* gruñó y se oyó la voz de Deborah, alta y clara.

—No tengo la menor idea de lo que está hablando —dijo con firmeza—. Por favor, suélteme o azuzaré a mi perro.

Autolycus volvió a gruñir, preparado para atacar. Hugo se dio la vuelta y se lanzó hacia ellos. Asustado por el perro, el desconocido levantó la mirada y vio a Hugo acercándose a grandes zancadas. Rápidamente desapareció en el bosque. Hugo lo habría perseguido, pero *Autolycus*, cuya disciplina se había visto socavada por defender a Deborah, se lanzó sobre él con tanto entusiasmo que casi le hizo caer. Cuando Hugo consiguió recuperar el equilibrio, el agresor se había perdido de vista.

—¿Estás bien? —le preguntó a Deborah.

—Sí. Per… perfectamente.

Hugo vio que estaba temblando y le pasó un brazo los hombros. Ella apoyó la cabeza en su pecho por un momento, pero enseguida se apartó.

—Gracias. No necesito ayuda.

—¿Se puede saber qué demonios haces paseando sola por estos bosques? ¡No es seguro!

—El bosque ha sido seguro durante todos estos años —gritó ella—. Y si… si me vuelves a reprender, te juro que me pondré a llorar.

—Oh, no, por favor —dijo él, enterneciéndose—. Soy un estúpido. Ven aquí —la estrechó entre sus brazos y la mantuvo presionada a él mientras le acariciaba el pelo—. Estaba enfadado porque me he llevado un susto al verte en peligro.

Ella asintió, aceptando su disculpa.

—¿Qué quería ese hombre, Deborah? —le preguntó, sintiéndose muy cómodo con ella en sus brazos.

—No lo sé. Estaba bebido y no podía entender lo que decía. Algo sobre su deuda, creo. Dijo que quería lo que se le debía. Cuando le pregunté a qué se refería se puso furioso. Insistió en que yo lo sabía y que debía de «tenerlos» en alguna parte, o

que sabía quién se los había «llevado». No entendía nada, Hugo. No sé de qué estaba hablando, pero sí conozco a ese hombre. Una vez vino a Maids Moretón y amenazó a tía Staunton.

Hugo pensó un momento, sin soltar a Deborah.

—Sabemos que no es de por aquí. Se ha tomado muchas molestias para descubrir tu paradero actual. Busque lo que busque, está decidido a conseguirlo —la apartó ligeramente y la miró a los ojos—. Creo que es un tipo peligroso, Deborah. Tienes que prometerme que no volverás a pasear sola por el bosque. Al menos hasta que sepamos qué está ocurriendo.

—¡Pero tengo que sacar a pasear a *Autolycus*! ¿Y qué pasa con la señora Bember y los demás? No puedo abandonarlos.

—Ya encontraremos alguna solución. Si yo no puedo acompañarte lo hará algún otro. Haz lo que te digo, Deborah… por favor.

—Me sorprende que puedas tolerar mi compañía —dijo ella mientras se soltaba, resistiéndose a ceder tan fácilmente.

—¿No podríamos olvidar nuestras diferencias, Deborah? —le preguntó él, quien hasta unos momentos antes había estado decidido a evitarla.

—¿Diferencias? ¿Así es como las llamas? Me complace que puedas verlo todo con esa frivolidad.

—Hemos tenido nuestros desacuerdos, lo admito. Pero nunca antes nos habíamos tratado con esta frialdad. Esta situación es nueva para ambos, y todo empezó con… con mi absurdo comportamiento después de la feria.

—¿Absurdo?

—Oh, también fue deshonesto, censurable y todo lo que quieras. No voy a negarlo. Nunca debí atacarte de aquella manera tan salvaje. Un caballero no puede tratar así a una dama, y todavía no sé lo que me ocurrió. ¡Pero fue absurdo también! Nuestra amistad no es una relación apasionada. Y luego aquella estúpida proposición mía empeoró aún más las cosas…

Deborah se giró bruscamente y él no pudo ver su rostro mientras seguía hablando.

—Hiciste lo correcto al rechazarme. Nunca debí habértelo pedido, y sé que desde entonces te he hecho daño. Mi orgullo sufrió un duro revés con tu rechazo, y quería castigarte por ello. No fue muy noble por mi parte, lo sé, pero me gustaría que me perdonaras —esperó un momento, hasta que Deborah se volvió lentamente hacia él—. Es más de lo que me merezco, pero me encantaría que volviéramos a ser amigos. Sobre todo en un momento como éste, en el que siento que estás en peligro.

Deborah suspiró y bajó la mirada.

—Ojalá fuéramos niños otra vez, Hugo… La vida era mucho más sencilla hace años. Siempre tenía en ti a un amigo y protector.

—Aún puedo ser ambas cosas.

—Podría ser —murmuró ella—. Ser tu amiga sería mejor que…

—¿Ser mi esposa?

Deborah asintió en silencio. Su expresión era inescrutable, y Hugo volvió a sentir una extraña mezcla de emociones. Por un lado sentía alivio, ya que parecía posible que Deborah y él recuperasen su vieja amistad. Pero también sentía pesar y tristeza, como si hubiera dejado escapar una joya de valor incomparable…

—Vamos —dijo—. Vayamos a visitar juntos a la señora Bember.

La boda de Hester era inminente, y los planes para la fecha señalada dependían del buen tiempo. Una ininterrumpida sucesión de tormentas veraniegas mantuvo en vilo a la familia Perceval, pero para alivio de todos, el cielo se despejó dos días antes de la boda y el sol secó los caminos y senderos. La lluvia había limpiado los campos y los árboles del polvo estival, y los reflejos dorados en la vegetación añadían un precioso toque de color al paisaje verde y frondoso.

El gran día llegó. Perceval Hall se llenó de flores y la media milla que discurría entre las hileras de castaños hasta la iglesia fue adornada con arrayanes y rosas blancas. Las damas de honor caminaron hacia la iglesia. Las gemelas estaban preciosas como siempre, con sus idénticos vestidos verdes, pero aquel día Henrietta y Deborah casi rivalizaban en belleza con sus vestidos de oro pálido. Por una vez, el pelo de Deborah estaba recogido pulcramente en un rodete muy favorecedor.

Hester nunca había estado tan hermosa. Su vestido blanco de seda estaba adornado con hilos de oro, y su ramo de rosas amarillas hacía juego con los mechones dorados que asomaban bajo el tocado y el velo. Pero nada podía hacer sombra a la felicidad que irradiaba su rostro. Tan poco convencional como siempre, no ofrecía la imagen de una novia nerviosa y sonrojada, sino tranquila y serena. Era como si, al haberse decidido finalmente a casarse con Robert Dungarran, todas las dudas sobre la boda o sobre la vida que la aguardaba se hubieran desvanecido. Había aprendido a amar y a confiar en su futuro marido, y sabía que era correspondida de igual manera. Y, siendo Hester, no iba a fingir una inquietud que no sentía.

Tras la ceremonia, una banda de músicos locales compuesta por una flauta, un violín y un tambor, abrió el camino a los recién casados mientras a ambos lados se agolpaban los granjeros y aldeanos que los aclamaban y batían palmas. De todas partes les llegaban ramos de flores, y las damas de honor pronto tuvieron los brazos llenos. Entre risas y gestos de agradecimiento a los mensajes de dicha que les gritaban, la pareja feliz consiguió llegar finalmente a Perceval Hall, satisfechos por escapar del bullicio y del sol abrasador.

—Parece que ha merecido la pena —dijo Hugo mientras veía cómo su hermana, convertida en lady Dungarran, le sonría a su marido. El rostro de Robert Dungarran rara vez reflejaba sus emociones, pero aquel día ni siquiera él podía ocultar su felicidad. En todo momento la tuvo abrazada por la cintura, mientras iban saludando uno por uno a los invitados. Algunos de los comentarios más atrevidos hicieron que Hester se ruborizara, pero su marido se echó a reír y la apartó de los admiradores más descarados.

—¿El qué ha merecido la pena? —preguntó Deborah. Había soltado los ramos de flores y volvía a tener los brazos libres, y en aquel momento estaba con Hugo tomando una bebida fría junto a la ventana.

—El desenlace. Después de todos los sustos y dramas, todo ha acabado bien. Míralos ahora. Nunca había visto a Hester tan feliz, ni a Dungarran tan relajado.

—Pero, Hugo, ¿te estás oyendo a ti mismo? —preguntó Deborah burlonamente—. Si sigues así, acabarás queriendo enamorarte antes de casarte. Y eso nunca podrá suceder.

Hugo y ella habían alcanzado un grado de confianza mutua, y a un nivel superficial parecía que su relación volvía a ser la misma de siempre. Él había mantenido su palabra, y la acompañaba en sus paseos o se encargaba de que lo hiciera Lowell o alguno de los criados. Pero en el fondo, Deborah sabía que nunca podría recuperar la amistad de antaño. Los actos de Hugo habían despertado sensaciones que durante mucho tiempo habían permanecido dormidas. Gracias a una fuerza de voluntad que habría sorprendido a quienes la consideraban una cabeza loca, conseguía mantener una actitud abierta y cordial con Hugo. Hablaba con él, sonreía, bromeaba y lo escuchaba con una buena imitación de su antigua naturalidad, y se alegraba de que él no pareciera notar la diferencia. Pero por la noche, cuando finalmente se quedaba dormida, la asaltaban unas pesadillas horribles, y con frecuencia se despertaba con las mejillas húmedas.

Apenas se habían calmado los ánimos por la boda de Hester cuando otra boda apareció en el horizonte. El reverendo William y lady Elizabeth estuvieron encantados de recibir la visita de lord Exmouth, quien acudía a pedir la mano de su hija mayor. Hugo lo había conocido en Londres y guardaba una buena impresión de él, y el resto de la familia se quedó igualmente impresionada. El párroco declaró que era un hombre muy sensato, lady Elizabeth aprobó con vehemencia sus modales y las demás quedaron prendidas por su atractivo y su encantadora sonrisa.

Era evidente que lord Exmouth estaba profundamente enamorado de Robina, y ansioso por casarse con ella lo antes posible. El único problema era su deseo de que la ceremonia tuviera lugar en Kent. Pero con buena voluntad por ambas partes se llegó rápidamente a un acuerdo y se decidieron todos los detalles. La hija mayor del párroco se casaría con lord Exmouth en Kent. Sería una ceremonia íntima y sencilla. La boda de lord Exmouth con su primera mujer había sido un evento cargado de pompa y fausto, pero ella había muerto en un accidente poco después. Robina no quería que su segundo matrimonio fuera un derroche semejante de lujo y ostentación, de modo que la boda se celebraría en la intimidad del hogar ancestral de lord Exmouth. Su padre se encargaría de oficiar la ceremonia, naturalmente, y sus hermanas serían sus damas de honor. Sir James sería quien entregara a su sobrina al novio, y aunque la lista de invitados era relativamente corta, se invitó al resto de la familia.

Sin embargo, la abuela de la novia no estaba de humor para realizar el largo viaje al sur y declaró que se quedaría en casa. Aquello provocó algunas dificultades, y pareció que lady Perceval también tendría que perderse la ceremonia, puesto que

sir James no quería dejar a su madre sola con los criados. Pero la situación se resolvió felizmente cuando Deborah se ofreció a quedarse con la viuda.

—Lo haré con mucho gusto, madame —le aseguró a lady Perceval—. Robina y yo nos queremos mucho, pero alguien tiene que quedarse, y sé que a Robina le gustará más contar con su presencia y con la de sir James en un día tan especial. Pero tiene que prometerme que le transmitirá mis mejores deseos.

—Pues claro, Deborah. Tengo que confesar que me habría llevado una amarga decepción si hubiera tenido que quedarme atrás. Sir James no tiene más remedio que asistir… ya que es el encargado de entregar a Robina. Y Hugo se ocupará de mí mientras su padre esté ocupado. Supongo que lo echarás de menos…

—¿A Hugo? No… no lo creo.

—¡Vamos, Deborah! No finjas que Hugo no ha pasado mucho tiempo contigo últimamente.

Deborah se sonrojó.

—¿No pensará que…? Hugo no… ¡Sólo ha estado ayudándome a sacar a pasear a *Autolycus*!

—¿Y por qué se ha molestado en hacer eso, si puedo preguntar?

Hugo y Deborah habían decidido que no tenía sentido preocupar a la familia contándoles el incidente con aquel hombre en el bosque. Deborah no supo qué responder, y su confusión hizo reír a lady Perceval.

—¡Pobre chica! No quería burlarme de ti —la tomó de la mano—. Creo que le gustas a Hugo mucho más de lo que él mismo piensa. Está cegado por sus viejos prejuicios a favor de las bellezas rubias. Pero Edwina y Frederica parecen estar buscando marido en otra parte.

Deborah recuperó un poco de ánimo.

—Es muy amable al decirme eso. Pero, ¿qué le hace pensar que Hugo y yo sentimos algo más que una simple amistad el uno por el otro?

—El instinto. Nada más. Hasta ahora no os habéis delatado, pero espero que no tardéis en hacerlo. Hugo debería casarse pronto, y tú y él hacéis una buena pareja.

—¿Una buena pareja, Hugo y yo? —repitió Deborah, horrorizada—. ¿Cómo puede decir eso? ¡No hacemos otra cosa que discutir!

—Por eso lo digo precisamente. Hugo nunca discute con nadie. Simplemente impone su voluntad, o con aquellos a los que más respeta, como sir James, dedica el tiempo y el esfuerzo necesarios para convencerlos. Pero nunca pierde los nervios.

—Creía que perder los nervios con una dama no es el mejor criterio para elegirla como futura esposa. Pero en cualquier caso, le puedo asegurar que Hugo no me considera una posible novia. Y nunca lo hará.

—Espero que te equivoques, Deborah. Sir James y yo te apreciamos mucho. Y la abuela no para de dedicarte elogios —sonrió y se marchó.

Deborah no supo si echarse a reír o llorar. Parecía que todo el mundo quería que se casara con Hugo, salvo el propio Hugo. ¡Qué decepción se llevarían todos si supieran que ya lo había rechazado! Pero en su corazón ardía una llama de afecto. Los Perceval le habían demostrado cuánto la querían y confiaban en ella… en una chica que había ido a vivir con ellos sin nada que ofrecer. Deborah sabía que nunca sería una Perceval, pero era reconfortante saber que se la consideraba digna de tal honor.

Deborah disfrutó mucho de su estancia con la viuda. La anciana tenía una lengua viperina y escandalizó a su joven acompañante con las historias de la burguesía. Deborah se quedaba fascinada, escuchándola durante horas, y pensando que nunca más podría volver a mirar del mismo modo a algunos de sus vecinos más ilustres. Además echaban numerosas partidas de *whilst* y se divertían aumentando el repertorio del loro. Con el tiempo, las frases más groseras se hicieron menos frecuentes, aunque aún seguía provocando a Gossage sin piedad. «¡Contrólate, Gossage!» era su orden favorita, y siempre conseguía irritar a su víctima. Pero tras unos días de instrucción pudo decir «¡no seas idiota, Hugo!» y «¡cállate, Lowell!». Las dos mujeres estaban deseando ver la reacción que provocaría en los hombres.

El resto del tiempo Deborah lo dedicaba a pasear por los jardines o a sacar a *Autolycus* con la compañía de algún criado. El hombre misterioso no había vuelto a dar señales de vida, y Deborah se sentía cada vez más impaciente. Con Hugo y Lowell ausentes, la conversación durante sus paseos se veía muy limitada, y la presencia de un criado le impedía correr y jugar con *Autolycus* como hubiera deseado. Además, empezaba a preocuparse por Sammy Spratton. Aunque no se internara en el bosque para ir a verlo, siempre advertía la presencia de Sammy por los crujidos en los arbustos. Pero desde hacía varios días no se oía ningún ruido familiar. Tal vez estuviera enfermo, o herido, de modo que decidió averiguarlo.

No podía llevarse al criado a ver a Sammy, así que en su siguiente visita a la señora Bember se olvidó deliberadamente de la cesta con comida.

A mitad de camino se detuvo y adoptó una expresión consternada.

—¡Qué tonta soy! Tenía una cesta preparada para la señora Bember y me la he dejado en casa. ¿Te importa volver y pedírsela a la señora Banks, Tom? Yo seguiré caminando hasta su casa.

Tom pareció dudar. Después de todo, había recibido órdenes expresas de Hugo.

—¡Date prisa, Tom! —lo apremió ella con impaciencia—. ¡No puedo esperar toda la tarde!

Tom volvió a Perceval Hall, y tan pronto se perdió de vista Deborah tomó un estrecho sendero que se internaba en lo más profundo del bosque.

Al poco rato llegó a la destartalada cabaña donde vivía Sammy. Lo llamó, pero no obtuvo respuesta. La cabra estaba rumiando tranquilamente a unos metros de la cabaña y no parecía haber sido abandonada, por lo que Sammy no podía estar muy lejos. Entonces lo vio, un rostro pequeño y arrugado asomándose entre los arbustos. Pareció inquietarse cuando Deborah se aproximó, y de repente se esfumó. Deborah

se detuvo, sorprendida y decepcionada. ¿Por qué le tenía miedo Sammy? Creía que se había ganado su confianza. ¿O quizá se había asustado por otra razón?

—Buenas tardes.

Deborah se giró. El desconocido que la había acosado en el bosque estaba en la puerta de la cabaña de Sammy, sonriéndole. Parecía más siniestro que la otra vez, con el rostro sin afeitar y sus ropas mugrientas y arrugadas. Deborah llamó a *Autolycus*.

—No se moleste en llamar a su perro. No voy a atacarla —dijo el hombre—. No la culpo por tenerme miedo, pero no tengo intención de hacerle daño, señorita Staunton. Le pido disculpas por el comportamiento que tuve la última vez que nos encontramos. Me temo que abusé de la bebida y me dejé dominar por mi sentido de la injusticia.

Deborah asintió ligeramente, pero agarró el collar de *Autolycus* con fuerza.

—¿Qué quiere, señor? ¿Y qué hace en la cabaña de Sammy?

—¿Ése es su nombre? No he podido acercarme lo suficiente para preguntárselo.

—Se asusta de los desconocidos. Y no ha respondido a mi pregunta.

—No tiene que preocuparse por su amigo Sammy… Sólo llevo aquí un par de días, y con un poco de suerte me habré ido esta noche. Esta es la primera oportunidad que tengo para hablar con usted a solas.

—Si se hubiera presentado en Perceval Hall de una forma más convencional, cualquier criado habría ido a buscarme.

—Sí, bueno… Ése es el problema. No me gusta dejarme ver en público —al oír aquello Deborah se puso rígida y *Autolycus* soltó un gruñido—. No tema —se apresuró a tranquilizarla el hombre, mirando al perro nerviosamente—. Ya le he dicho que no pretendo hacerle daño. A algunas personas les gustaría hablar con Harry Dodds, pero él no quiere hablar con ellas, si sabe a lo que me refiero.

—¿Dodds? ¿Ése es su nombre?

—Para servirla, señorita Staunton.

—Bien, señor Dodds. Aunque me gustaría saber por qué quiere hablar conmigo, y qué pretendía la última vez que nos vimos, no puedo quedarme aquí por más tiempo. Mi criado me estará buscando. Así que si me disculpa…

—¡No! —exclamó él. Avanzó hacia ella y se detuvo cuando *Autolycus* volvió a gruñir, pero sacó una pistola del bolsillo y apuntó al perro—. Dígale a su perro que se esté quieto —le advirtió en tono amenazador.

Deborah miró la pistola e intentó hablar con toda la tranquilidad posible.

—Siéntate, *Autolycus* —el perro obedeció de mala gana—. Lo que le he dicho de mi criado es cierto —dijo cuidadosamente—. En cualquier momento vendrá a buscarme.

—Entonces cuando antes me diga qué ha hecho con los papeles, mejor.

—¿Papeles?

—¡Sí, papeles! —repitió él con impaciencia—. Los papeles que había en su estuche.

Deborah tuvo un sobresalto, pero consiguió que no se reflejara en su expresión.

—¿Mi estuche? —preguntó, intentando ganar tiempo.

—¡Sí, maldita sea! No juegue conmigo… ya sabe a qué estuche me refiero. El estuche con el compartimiento secreto. Tuve que hacer pedazos la caja para descubrirlo. Me costó bastante, pero al final lo conseguí. Ella tenía razón… ¡contenía papeles! Pero no los papeles que yo buscaba.

La mente de Deborah trabajaba a toda velocidad. El misterioso robo del estuche de tía Elizabeth había sido aclarado. Aquel hombre lo había robado, confundiéndolo con el que ella había llevado desde Maids Moretón. Salvo por los nombres grabados en la tapa eran idénticos. Pero ¿qué había querido decir con lo del compartimiento secreto?

Ella nunca había sabido que tal cosa existiera.

—De modo que fue usted quien robó el estuche —dijo lentamente—. ¡Y ahora se ha perdido para siempre! ¡Un objeto tan bonito y usted lo ha destruido! ¿Por qué son tan importantes esos papeles para usted?

—¡Eso no importa! —espetó él—. ¡Vamos! Ha dicho que no tenía mucho tiempo… ¡ni yo tampoco! Cuanto antes me lo diga, antes me marcharé ¿Dónde están mis papeles?

—No lo sé.

El hombre dio un paso adelante.

—¡Tiene que creerme! —dijo ella, desesperadamente—. No sé nada de esos papeles. Ni siquiera sabia que mi estuche tenía un compartimiento secreto.

El la miró con dureza.

—Creo que está diciendo la verdad —dijo finalmente—. Usted no sabía nada de ese compartimiento. ¡Qué extraño! Nunca pensé que no lo supiera —pensó un momento—. Así que no puede habérselos llevado. Pero entonces… ¿dónde están ahora?

Una imagen de su estuche, reposando inocentemente sobre la cómoda, apareció ante Deborah. La apartó de su mente y respiró hondo.

—Me… me temo que no puedo ayudarlo.

Si Hugo hubiera estado presente habría sabido que estaba mintiendo, pero Harry Dodds estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos.

—Él habló de un estuche —murmuró—. Dijo claramente que los había escondido en el compartimiento secreto de un estuche. A menos que estuviera mintiendo… —pensó un momento más y pareció tomar una decisión—. Volveré a registrar la casa de Maids Moretón. Ella sabe algo…

—¿De qué está hablando? —preguntó Deborah dubitativamente, casi temiendo la respuesta—. ¿Quiénes son ese «él» y esa «ella»?

—¿Qué? —Dodds parecía haberse olvidado de su presencia. La miró con desconcierto y entonces alzó las cejas en una mueca—. ¿No se lo imagina? Vaya… es usted más inocente de lo que parece. «Ella» es su tía, ahora en Irlanda, y «él» es Edmund Staunton, su difunto padre.

Deborah se quedó de piedra.

—¿Mi… mi padre?

—¡Sí! Mi viejo amigo, Eddy Staunton, irlandés de Dublín. Se casó con la hija de un duque inglés y pensó que se haría rico. Pero no fue así, de modo que tuvimos que pensar en otra cosa. Él tuvo una idea y yo lo ayudé a llevarla a cabo. Pero ahora está muerto y yo quiero mi parte.

—¿Su parte?

—Sí, señorita Staunton. Esos papeles son bonos que necesito para sacar el dinero de este asqueroso país. Pero eso no importa. Su criado debe de estar al llegar. Será mejor que se vaya —la miró con una sonrisa escalofriante—. Espero no tener que volver a molestarla. Pero… esos bonos suponen mi vida y mi libertad, señorita Staunton, y estoy decidido a encontrarlos de un modo u otro. Y hasta que no los encuentre, nadie estará a salvo.

Deborah hubiese querido preguntar más e intentar averiguar el papel que había desempeñado su padre en las tretas de Dodds, pero no se atrevió y se alegró de poder escapar. Nunca se le había dado bien mentir… Unas preguntas más y aquel hombre habría descubierto la existencia de un segundo estuche.

Se dio la vuelta y volvió al camino principal, haciendo un gran esfuerzo por no correr. *Autolycus* le lanzó un último gruñido a Dodds y la siguió.

La visita a la señora Bember fue mucho más corta que de costumbre. Deborah intentó disimular, pero estaba impaciente por llegar a la parroquia para ver el estuche. No tenía duda de que los bonos de los que hablaba Dodds estaban escondidos en su interior.

Capítulo 9

Una vez de regreso en la parroquia, Deborah ordenó al criado que esperase fuera hasta que ella estuviera lista y subió corriendo a su habitación.

El estuche de su madre seguía sobre la cómoda, hermosamente tallado y con el nombre plateado reluciendo al sol. Se acercó y pasó el dedo lentamente por las letras… Frances. Se imaginó a su madre de niña, el alivio que debió de sentir al superar la prueba de su padre y el gozo al recibir su hermosa recompensa. El estuche siempre había significado mucho para Frances Staunton. Había vendido sus joyas, sus cuadros y todo lo demás de valor, pero nunca se había desprendido de aquel último retazo de su pasado. ¿Lo había conservado porque era un lazo con su infancia, con aquellos años felices antes de que se hubiera enamorado de Edmund Staunton y sus padres la hubieran rechazado?

Deborah se removió inquieta y miró por la ventana. ¿Tendría Hugo razón, después de todo? El amor apasionado e irracional le había costado muy caro a su madre. ¿Había valido la pena? ¿Habría sido más feliz con un marido elegido por su familia? Deborah sonrió amargamente. Pocas personas tenían oportunidad de decidir cuando se enamoraban. Cuando su madre conoció a Edmund Staunton, fue suya para el resto de su vida, a pesar de las terribles consecuencias. Y cuando él murió, a ella no le quedó ninguna otra razón por la que vivir.

Pero ella, Deborah, no era su madre. Había amado a Hugo desde que podía recordar… primero como niña, agradecida por la protección y el interés que le brindaba, y luego como adolescente a las puertas de la edad adulta, enamorada de aquel hombre decidido y autoritario que dominaba a los Perceval. Pero a ella no la había dominado. Nunca. Ella podía adorarlo, pero nunca había sido ajena a sus defectos ni le había permitido controlarla como hacía con los demás. Por eso no se revolcaría en la miseria sólo porque él no la amara. La vida siempre podría reportarle otras emociones, y ella las viviría al máximo.

Aquel último pensamiento le recordó su situación actual. Volvió a mirar el estuche. ¿Qué secreto contenía? ¿Y cómo afectaría al honor de su familia? Dodds había mencionado a la tía Staunton y a su padre. ¿Qué tenían que ver los Staunton con los bonos que tanto significaban para Dodds? Y, aún más inquietante, ¿de dónde procedían esos bonos?

La voz de su criado bromeando con la doncella de tía Elizabeth le recordó que ya había perdido bastante tiempo.

La viuda se despertaría después de su siesta y se preguntaría qué le había pasado a Deborah. No podía llevarse el estuche a Perceval Hall para examinarlo, como había pensado en un principio. Era demasiado grande para ocultarlo y no podía llevarlo expuesto. Harry Dodds podía estar acechando en el bosque. Rápidamente abrió el armario, agarró el estuche y lo escondió bajo algunos chales en el suelo. Al día siguiente regresaría para examinar su contenido y su estructura con más detenimiento.

Al día siguiente, Deborah le preguntó a lady Perceval si necesitaría su compañía.

—Si no me necesita, me gustaría ordenar algunas de mis cosas en la parroquia. Estuve allí ayer por la tarde y me avergoncé del estado en que se encontraba mi armario.

—¡No eres mi criada, niña! Puedes pasar el tiempo que quieras en la parroquia. Me has dedicado mucho tiempo esta última semana. Me he divertido mucho contigo, pero no puedes alimentar mi egoísmo.

Deborah sonrió y se arrodilló junto al sillón de la viuda.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que me divertí tanto, madame. Se ha portado muy bien conmigo. Y tengo intención de retarla a una partida de whilst cuando vuelva. Creo que esta vez me tocará ganar a mí…

—¡Ja! No es una cuestión de suerte, sino de cerebro. ¿Es que aún no te has dado cuenta? La vida es muy injusta, Deborah. Son los fuertes quienes ganan siempre.

—Yo no nos describiría exactamente como «fuertes» a ninguna de las dos, madame —dijo Deborah.

—¡No seas tonta! Me refiero a los fuertes de espíritu, no a la fuerza física. Yo soy fuerte, y tú también.

—¿Yo?

—Oh, puede que parezcas frágil y delicada, pero eres más fuerte que los demás… a excepción de Hugo, tal vez. E incluso él necesita aprender unas cuantas lecciones para estar a tu altura. ¡No pongas esa cara! Tengo razón, lo sé. Ahora ve a ordenar tus cosas. Esperaré impaciente nuestra partida.

Deborah se dirigía hacia la puerta cuando oyó que la viuda la llamaba. Se giró y vio al loro saltando en su percha, graznando triunfalmente, y a lady Perceval deshaciéndose en carcajadas.

—No sabías que le había enseñado tu nombre, ¿verdad? Muy bien, tesoro —le dijo al loro mientras le daba un trozo de manzana—. ¡Eres un chico muy, muy listo!

Deborah salió sonriendo de la habitación de la viuda, pero su sonrisa no tardó en esfumarse. Le inquietaba pensar en lo que escondía el estuche de su madre, y por impaciente que estuviera por descubrir el compartimiento secreto, temía que aquel descubrimiento trajera más deshonra a su familia. Harry Dodds no le había parecido un hombre honesto, y era obvio que había sido amigo de su padre. Su tía también estaba implicada de alguna manera. Antes de que la señorita Staunton se hubiera marchado a Irlanda, había presionado a Deborah para que le vendiera el estuche, y había insistido en ello cuando Deborah le dejó claro que no pensaba separarse del preciado objeto. Su tía incluso había intentado convencerla de que su cuñada le había prometido dejarle el estuche, algo que Deborah se negó a creer. Y el día después de la visita de Dodds a su tía, había hecho un extraño comentario. Al encontrarse de nuevo con la férrea negativa de Deborah, se había encogido de hombros y había pronunciado sus enigmáticas palabras antes de marcharse:

—Como quieras, Deborah. Pero algún día te arrepentirás de no haberme hecho caso.

La parroquia estaba muy tranquila. Al estar la familia ausente, los criados se ocupaban de sus asuntos en la parte trasera de la casa. Deborah subió lentamente las escaleras y entró en su habitación. Sacó el estuche del armario y lo colocó sobre la cama para vaciarlo. Sacó cartas de su padre, escritas antes de que Frances se fugara con él. Cartas extravagantes y románticas en las que le prometía el cielo y la tierra. Luego estaban las extensas cartas que su madre le había escrito después de casarse, cuando Edmund Staunton estaba en Irlanda, o en cualquier otra parte, buscando su fortuna. Una emotiva descripción de su hija pequeña iba acompañada por la súplica para que volviera a casa, y el relato de la visita de su hermana Elizabeth acababa con la amarga revelación de que los Inglesham la habían despreciado definitivamente. Todas las cartas de Frances Staunton revelaban una desgarradora soledad, al igual que una devoción inquebrantable hacia su marido. Los ojos de Deborah se llenaron de lágrimas y se le formó un nudo en la garganta. Su impulsiva y soñadora madre no había encontrado mucha felicidad en el amor.

Finalmente el estuche quedó vacío. Deborah lo acercó a la luz para examinarlo cuidadosamente por cada lado y encontró una alteración en el diseño. Una simple ranura del grosor de un cabello que indicaba dónde estaba el compartimiento. Pero ¿cómo abrirlo? Volvió a mirar el interior. El estuche estaba dividido en varios compartimientos, los más pequeños indicados para las plumas y la tinta. Bajo los tinteros plateados había pequeños tachones decorativos para sujetar los frascos bien sujetos. Deborah los presionó uno por uno, pero no fue hasta que apretó uno de ellos en el costado, suave como la seda, cuando un cajón se deslizó de la parte trasera y reveló su contenido.

Papeles. Un grueso sobre con el nombre de su padre. Estaba sellado. Deborah lo sacó y lo puso en la cama. Debajo había una carta, también dirigida a su padre en Maids Moretón, pero aquélla había sido abierta. Deborah dudó un momento y la desdobló. Era muy corta y había sido garabateada rápidamente.

> *Eddy, espero que aún tengas los bonos a buen recaudo. No intentes hacer nada, porque no tendrías éxito. He estado indagando y no hay manera de canjearlos hasta el otoño de 1812. Mi situación actual es bastante delicada, por lo que será mejor que desaparezca una temporada. Estaré ahí cuando llegue el momento de cobrar mi parte. Mientras tanto, guarda bien los bonos y mantén la boca cerrada. HD.*

Deborah se quedó atónita. Los bonos no podían haber sido conseguido por ningún método lícito. ¿Por qué si no tanto secretismo? ¿Y por qué los había escondido en una caja de madera cuando se podían depositar en cualquier banco? Con el corazón desbocado abrió el sobre. Contenía bonos, cinco de los cuales por valor de dos mil libras para ser pagadas al portador a partir del último día de octubre de 1812.

Se dejó caer en la cama e intentó recuperar el aliento. La conmoción había sido demasiado fuerte. En cuestión de semanas el contenido de aquel sobre le reportaría diez mil libras a cualquiera que quisiera cobrarlos.

No supo cuánto tiempo permaneció allí sentada, hasta que oyó la voz de la señora Humble al otro lado de la puerta. Rápidamente metió el sobre y la carta de Dodds en una bolsa que había llevado para tal efecto. Volvió a ocultar el compartimiento secreto e invitó a su vieja niñera a entrar.

—Me dijeron que estabas aquí y pensé en venir a verte —dijo la señora Humble—. ¿Cuántas veces te tengo que decir que no te sientes en la cama? —la reprendió—. Siempre hacías lo mismo cuando tu pobre madre estaba enferma. ¡No tienes ninguna necesidad de hacerlo ahora! —se acercó a ella y su expresión cambió—. Pero, señorita Deborah, ¿qué te han estado haciendo en Perceval Hall? Pareces enferma. ¡Lo sabía! Sabía que tendría que haberte acompañado. Pero es que me sentía muy cómoda aquí, y como la señora me dijo que no era necesario…

—Lo sé, Nanny, lo sé. No tienes de qué preocuparte. Todo el mundo me ha cuidado muy bien en Perceval Hall. Y no estoy enferma, de verdad que no. Estaba… hojeando estas cartas, y me he puesto un poco triste.

—No es la actividad más indicada para una mañana tan espléndida. Deberías salir a pasear con tu perro.

—Muy buena idea. Lo haré enseguida —se levantó y colocó el estuche con cuidado en la cómoda. A continuación, agarró la bolsa para marcharse.

—¿Es pesada esa bolsa, señorita Deborah? Le diré a uno de los criados que la lleve…

—¡No! —exclamó Deborah. Los criados tienen mucho trabajo —añadió más tranquilamente—. Y no pesa mucho. Tengo que irme —en la puerta se detuvo y le dedicó una sonrisa de disculpa a la señora Humble—. Lamento no poder quedarme más tiempo, pero volveré muy pronto para quedarme. La familia regresará de Kent dentro de poco. ¡Cuídate, querida Nanny!

—Eres tú quien debería cuidarse. Tendría que haber ido contigo a Perceval Hall. Sé que tendría que haberlo hecho…

Deborah la besó en la mejilla y bajó las escaleras. La bolsa no era pesada, pero su contenido suponía una gran carga mental. La solución a largo plazo seguía siendo un problema, pero el primer paso estaba claro. No había duda de que Dodds volvería cuando su búsqueda en Maids Moretón resultara infructuosa. Era muy probable que volviese a hablar con su tía en Irlanda. Ella le describiría el estuche de Frances Staunton con más detalle, y Dodds volvería a registrar la parroquia. Deborah no quería arriesgarse a que encontrara los bonos. Hasta que supiera más sobre su procedencia y hasta qué punto su padre había estado implicado, debía encontrar un lugar más seguro para esconderlos.

Lady Perceval no se jactó de ganar una vez más a Deborah a las cartas.

—En esta ocasión no me enorgullezco de haberte dado una paliza, niña. Ni siquiera tenías la cabeza en la partida. ¿Qué ocurre?

Deborah suspiró. La tentación de confiar en la viuda y pedirle consejo era demasiado fuerte, pero lady Perceval no era la persona indicada. A pesar de su espíritu indomable era muy mayor y muy frágil para cargar con un problema

semejante. Además, era demasiado impaciente, y Deborah se imaginaba cuál sería su respuesta: ¡decir la verdad y al diablo con todo! Y aunque Deborah estaba de acuerdo con esa filosofía, no sabía cuál era la verdad. Quería averiguar más antes de hacer nada.

—Supongo que estoy un poco deprimida, madame —dijo—. He estado clasificando las viejas cartas de mis padres.

—Esa ocupación es siempre muy deprimente y agotadora. Hester fue muy amable… Después de la muerte de su abuelo, se dedicó a ordenar todos sus papeles por mí. Se pasó años en el desván, estudiando matemáticas e inventándose códigos sin sentido. Una ocupación nada femenina, desde luego, pero con un final feliz. El desván siempre ha sido una leonera llena de polvo… ¿Has estado alguna vez allí?

—Sí. Subí en un par de ocasiones, antes de que Hester se comprometiera con lord Dungarran. No me pareció una leonera llena de polvo, pero estaba atestado de papeles.

—Se lo pasará muy bien ordenándolo todo cuando regrese. Me pregunto si Dungarran le permitirá llevarse todos sus papeles a Stancombe.

—Creo que lord Dungarran hará lo que sea con tal de hacer feliz a Hester. ¿Cuánto tiempo piensan pasar fuera?

—Otro mes más, por lo menos. Iban a pasar tres semanas en Stancombe Court y después él pensaba llevarla a ver el resto de sus tierras. Son tantas las propiedades que posee que dudo mucho que los veamos antes de octubre. Bueno, ¿qué te parece si echamos otra partida? ¡Y esta vez intenta concentrarte en las cartas!

La charla con lady Perceval le sugirió a Deborah el lugar perfecto para esconder los bonos, al menos por el momento. El desván de Hester permanecería intacto hasta que la propia Hester volviera para ordenarlo… e incluso podría quedarse como estaba durante años. Deborah recordaba vagamente un viejo escritorio en un rincón, donde el sobre estaría a buen recaudo. Al día siguiente subió al desván, encontró el escritorio y metió el sobre bajo una carpeta llena de apuntes y signos matemáticos. Eran los intentos de Hester por descifrar las cartas de amor de Dungarran, incluida la que la había hecho salir de su escondrijo y caer en sus brazos. Pero como habían sido escritas por un experto en códigos, y traducidas por otra experta, eran ininteligibles para el resto del mundo.

Los Perceval regresaron cargados de noticias sobre Robina y su nueva familia, dispuestos a contar todos los detalles de la boda. Todos estaban de acuerdo en una cosa: Robina había tenido tanta suerte como Hester al elegir marido. Su esposo le profesaba la misma adoración que Dungarran a Hester.

—Han pasado muchas cosas en los últimos doce meses —dijo lady Perceval el día después de su llegada. La familia estaba sentada a la sombra del cedro, disfrutando de la brisa y de la tranquilidad después de tantas celebraciones—. ¡Los compromisos y las bodas han sido continuos! El año pasado fueron Beatrice Roade e India, y ahora Sophia Cleeve, Hester y Robina —sus ojos se posaron esperanzados en Hugo—. ¿Quién será el siguiente?

—No todo han sido buenas noticias —dijo sir James—. El asesinato de Sywell es un mal asunto.

—¡Oh, vamos, James! —exclamó su mujer—. Todo ha salido bien —se volvió hacia Deborah—. ¿Han llegado las noticias a las aldeas? La abadía Steepwood ha vuelto a manos de los Cleeve. Los condes de Yardley volverán a vivir en el hogar de sus antepasados. ¡Eso sí que son buenas noticias!

—No creo que el conde actual vaya a vivir allí —comentó sir James—. Hay mucho trabajo que hacer antes de que la abadía sea habitable. Y Yardley ha envejecido mucho en el último año. No me lo imagino haciéndose cargo de todo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Lowell—. Seguro que Marcus puede ocuparse de todo el trabajo. Es el tipo de reto que le gusta.

—Antes de que digáis una palabra más, ¿podría alguien decirme de qué estáis hablando? —preguntó la viuda con voz de hielo—. ¿Qué es eso de que lord Yardley ha recuperado la abadía? ¿La ha comprado? ¿A quién? ¿Significa eso que han encontrado a esa condenada chica que se fugó al año de su boda con las joyas de los Cleeve? ¡Que alguien me lo explique, por favor!

—Perdóname, mamá —se disculpó sir James—. Todos sabíamos que Sywell era un demonio, pero no sabíamos lo peor. Se ha demostrado que Sywell consiguió la abadía mediante el engaño y el asesinato. Por lo visto, la historia que contó sobre aquella partida de cartas en la que Emmett Cleeve lo perdió todo para después suicidarse fue una completa patraña —hizo una pausa y sacudió la cabeza—. No le deseo la muerte a nadie, pero si alguien se la merecía ése era Sywell. Afortunadamente, al final se ha hecho justicia y la abadía y las tierras han vuelto a sus legítimos propietarios.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿Tan pronto?

—Sí, todo se ha hecho muy rápidamente. No había ningún motivo para demorarse. Las tierras de la abadía necesitan atención urgente, y la culpa de Sywell era irrefutable.

—¿Y la chica? Su esposa, aunque supongo que ahora deberíamos llamarla «su viuda». ¿Se ha quedado sin nada? En el supuesto de que siga viva, claro está.

—Nadie sabe dónde está la marquesa dijo lady Perceval—. Pero alguien dijo que lord Yardley estaría dispuesto a ayudarla si alguna vez se la encuentra. Tal vez quiera entregarle algún dinero. Una dote, quizá, si desea volver a casarse.

—Hum… Espero que se lo merezca —dijo la viuda—. Así que el joven Marcus va a hacerse cargo de la abadía, ¿no?

—Es pronto para saberlo —dijo sir James—. Pero la ingente tarea necesitará juventud y energías, y su padre carece de ambas cosas. Además, ya sabemos el cariño que le tiene Yardley a su casa. No me extrañaría que instalara a su hijo en la abadía. Marcus sería el hombre ideal para supervisar la reconstrucción.

La viuda asintió.

—Así habrá trabajo para todas aquellas pobres criaturas que han vivido en la miseria durante tanto tiempo. Los Cleeve siempre pagan escrupulosamente, y tienen el dinero necesario para contratar a tantos trabajadores como quieran. Es una buena noticia para todos, James. ¿Marcus está casado?

—No —respondió lady Perceval—. Pero ya debe de tener treinta años o más. Es hora de que se case —sus ojos volvieron a posarse en su hijo mayor. Hugo apenas había intervenido en la conversación, pero observaba a Deborah con una expresión preocupada. Lady Perceval esbozó una pequeña sonrisa—. Me pregunto quién será el próximo en encontrar esposa. ¿Será Marcus? ¿O será… alguien más?

Hugo no pareció enterarse. Estaba escuchando la conversación que Deborah mantenía con Frederica. Se había mostrado muy contenta al volver a verlos a todos, y estaba preguntándole a su prima por los detalles de la boda. Pero a pesar de su aparente interés, Hugo conocía demasiado bien a Deborah Staunton y podía intuir la tensión bajo su entusiasta fachada. Estaba más pálida que de costumbre y tenía ojeras. Siempre había sido delgada, pero su rostro parecía demacrado y se le marcaban los huesos de las muñecas. Algo grave le ocurría, y él se dispuso a averiguar qué era antes de que acabase el día.

La oportunidad no tardó en presentarse. La conversación derivó hacia los acontecimientos que habían tenido lugar en Abbot Quincey durante la ausencia de la familia, y lady Perceval agradeció a Deborah la compañía que le había hecho a su suegra.

—¿No te ha agotado? —le preguntó Lowell con una sonrisa burlona.

—¡Claro que no! Me lo he pasado muy bien. No me he aburrido en ningún momento, pero no me he cansado —puso una mueca—. Quizá no haya podido sacar a *Autolycus* tanto como me hubiera gustado, pero la culpa la tiene Hugo. Dio órdenes estrictas para que no se me permitiera salir sola. Y yo no quería que ninguno de los criados desatendiera sus tareas durante mucho rato para acompañarme.

—En ese caso, estoy dispuesto a hacer penitencia ahora mismo —dijo Hugo, levantándose del banco—. ¡Vamos! Sacaremos al perro a dar un paseo.

Antes de que lady Elizabeth pudiera objetar nada, Deborah se había alejado rápidamente. Sir James y lady Perceval intercambiaron una mirada.

—¿Quién será el siguiente? —volvió a preguntarse lady Perceval con una sonrisa.

Hugo y Deborah recogieron a *Autolycus*, esperaron hasta que el animal se calmara tras el entusiasmo inicial por volver a ver a Hugo y emprendieron la marcha por su camino favorito. Hugo estaba decidido a averiguar lo que tanto inquietaba a Deborah, pero no estaba seguro de cómo empezar. Se dio cuenta, sorprendido, de que se sentía mucho más satisfecho ahora, paseando por el bosque con Deborah Staunton, de lo que se había sentido celebrando la boda de su prima. ¿Por qué? En el tiempo que había pasado fuera había sentido que le faltaba algo, y ahora se sentía… completo. Miró a Deborah. De alguna manera ella formaba parte de esa plenitud. De camino a Kent habían visitado a un par de amigos de sus padres, ambos con unas hijas muy guapas, y había conocido a más jóvenes hermosas entre los vecinos de

Exmouth. Seguramente había sido muy injusto con esas pobres chicas, ya que apenas había pasado tiempo con ellas, pero la realidad era que todas le parecían tremendamente aburridas y que no tenía el menor deseo de conocer mejor a ninguna de ellas. Volvió a mirar fugazmente a Deborah. Estaba muy callada. De repente sintió un fuerte deseo de aliviar su carga, de ver cómo su rostro volvía a resplandecer, de oír su risa… Ninguna de las chicas que había conocido en su ausencia tenía el menor atractivo para él. Ni una sola.

Deborah miraba de vez a cuando a Hugo. Parecía pensativo. ¿Habría encontrado a alguien en la boda de Robina que cumpliera sus requisitos para casarse? Los Exmouth debían de conocer a mucha gente en los círculos más selectos de la sociedad. ¿Habría conocido entre los invitados a una rica heredera de ojos azules, cabellos rubios y modales impecables? La idea le resultaba muy dolorosa, y se sintió más abatida que nunca. Una vez que Hugo se casara, la reconfortante relación que ahora mantenían, por extraña y difícil que fuera, llegaría a su fin. No podría volver a confiar en él, a discutir con él, a buscar su ayuda en los momentos difíciles. Y en aquel momento, necesitaba desesperadamente a alguien como él…

¡Pero aquél no era modo de comportarse! Si no tenía cuidado, Hugo le preguntaría qué le pasaba. Reunió sus escasas fuerzas y se puso a charlar sobre las travesuras de *Autolycus*, sobre la dificultad de pasear con un criado, sobre la señora Bember…

—¿Qué ocurre, Deborah?

Ella lo miró, sobresaltada.

—¿Qué te hace pensar que ocurre algo, Hugo?

—Es obvio. ¿De qué se trata?

Deborah no sabía qué hacer. Hugo era sin duda la mejor persona con la que podía hablar de Harry Dodds y los bonos. Se enfadaría con ella por haber ido al bosque en busca de Sammy Spratton, por supuesto, pero aquello no significaba nada comparado con el resto. Aunque… ¿y si Hugo decidía que no podía, o que no quería ayudarla en lo que podía tratarse de un delito legal? Los Perceval eran una familia orgullosa, muy respetada en el condado. Tal vez Hugo no quisiera arriesgar el buen nombre de su familia. Y Deborah se sentía avergonzaba. Su tía Staunton le había robado su pensión, y su padre parecía haber estado implicado en algo peor. ¿Qué opinión podía merecerle a Hugo una chica con una familia semejante?

—Tengo intención de averiguarlo, Deborah —la voz de Hugo interrumpió sus divagaciones—. Por cierto, ¿enviaste a Tom de vuelta para que recogiera la cesta de la señora Bember a propósito?

Deborah lo miró con asombro.

—¿Cómo has podido descubrirlo tan rápidamente?

—Interrogué a Tom y a los otros para cerciorarme de que no te habías metido en problemas —respondió él con impaciencia.

—¡Has interrogado a los criados! —exclamó ella, furiosa—. ¿Cómo…?

—Pensé que el perro podría haber causado algún destrozo. Y quería comprobar si habían cumplido mis órdenes. Me alegra ver cómo recuperas tu carácter, Deborah, pero no hace falta que me mires así. Quería asegurarme de que estabas bien protegida mientras yo estaba fuera. Pero parece que has frustrado mis planes.

—No fue culpa de Tom…

—No debería haberse separado de ti. Pero apuesto a que te libraste de él deliberadamente, para poder visitar a Sammy Spratton.

—No veía a Sammy desde hacía días… Estaba preocupada…

—¿Y qué pasaba? ¿Estaba enfermo? ¿Ha muerto? ¿Por eso estás tan abatida?

—No. Sammy estaba bien. Fue… fue… —respiró hondo para intentar serenarse. Estaba a punto de arriesgarlo todo, confiando en que Hugo era un amigo verdadero—. Fue aquel hombre… ¡Dodds!

Al final de su paseo, Hugo había oído toda la historia.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¡No lo sé! Creo que lo único que puedo hacer es esperar hasta que Dodds regrese, y entonces intentar hablar con él. Quizá haya conseguido el dinero honradamente. Y en cualquier caso, no creo que sea tan violento como intenta aparentar. Si era amigo de mi padre, tal vez…

—¡No digas una palabra más! ¡No puedes volver a ver a Dodds!

—¡Pero debo hacerlo! ¡Es la única manera para descubrir de dónde han salido esos bonos, a quién pertenecen realmente y qué puedo hacer con ellos!

Hugo guardó silencio hasta que los nervios de Deborah sucumbieron a la desesperación.

—Tendré que marcharme —dijo—. No puedo quedarme aquí. Todos habéis sido muy buenos conmigo, pero no puedo involucraros en esto. Me iré a Irlanda con la tía Staunton.

—¡No! ¡No puedes marcharte! —exclamó él, pero enseguida adoptó un tono más tranquilo—. Eres necesaria aquí, Deborah.

—Pero ¿qué voy a hacer?

El grito de desesperación encogió el corazón de Hugo. Se sentía desbordado por el deseo de consolarla, de encontrar un lugar seguro donde poder protegerla para siempre. Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. ¿Sería aquello otro fatídico impulso? Quería ayudar a Deborah en todo lo que pudiera, pero si se casaba con ella podría hacer mucho más. La idea le pareció muy natural, en absoluto ridícula o impulsiva, pero aun así reflexionó con calma. No podía cometer el mismo error por segunda vez y decir algo de lo que pudiera arrepentirse al momento siguiente. Aquella vez debía estar seguro de lo que significaba una declaración… y aceptarlo. Miró pensativamente a Deborah. Se había apartado de él y no podía verle el rostro. Aquello no supuso la menor diferencia, pues no quería cambiar de idea. Deborah necesitaba protección y él podía ofrecérsela. Pero el recuerdo de una ocasión similar

ocurrida no hacía mucho seguía demasiado vivo en su mente, y descubrió que le costaba pronunciar las palabras.

—Deborah —empezó. La miró y se sintió invadido por una oleada de ternura que le hizo olvidarse de su orgullo y sus reservas—. Deborah, perdóname si te hago enfadar, pero tengo una sugerencia que hacerte. Espero que sepas lo mucho que te valoro como amiga y cuánto disfruto de tu compañía. Yo podría cuidar de ti si… si quisieras casarte conmigo. ¡No, déjame terminar! No quiero ser un pesado. Si de vedad no puedes soportar la idea de ser mi esposa, te prometo que no volveré a insistir. Seguiré siendo tu amigo y te ayudaré en todo lo que pueda. Pero creo que como marido podría hacer mucho más. ¿Quieres… quieres ser mi esposa?

Deborah levantó la mirada hacia él y los ojos se le llenaron de lágrimas al ver su expresión sincera. Era demasiado para ella.

¿Cómo podía haber dudado de Hugo? Había temido que se alejara de ella, temeroso del daño que pudiera hacerle a su nombre, pero Hugo había hecho lo contrario. Se había ofrecido a ser su héroe. El orgulloso Hugo se olvidaba de sus rencores y volvía a proponerle el matrimonio. Una segunda oportunidad aparecía inesperadamente en su camino…

La tentación de aceptar era muy fuerte. Aquella vez podía sentir el afecto y la sinceridad que irradiaban sus palabras. Sería muy fácil permitir que Hugo se hiciera con el control de su vida, fueran cuales fueran sus sentimientos hacia ella. En cualquier otra circunstancia tal vez se hubiera arriesgado, pero en su situación actual no podía hacerlo. En aquella ocasión, los escrúpulos no fueron por ella misma, sino por Hugo. ¿Cómo podía explicárselo sin ofenderlo?

—Oh, Hugo, gracias por pedírmelo —dijo con voz temblorosa—. Me siento profundamente conmovida. No sabes lo que esto significa para mi. Pero por tu propio bien, y por el bien de tu familia, no puedo aceptar. Te quiero demasiado para permitir que te ates a mí. No sabemos lo que podrá deparar este asunto de los bonos. El… el nombre de mi padre está en entredicho, y hasta que no se haya limpiado no puedo pensar en casarme con nadie… y menos contigo. Creo que el comportamiento de mi padre no fue deshonesto, sino únicamente irresponsable. Pero ¿y si estoy equivocada? ¿Y si Edmund Staunton fue un delincuente? Por favor, no te ofendas, pero tengo que rechazarte. ¿Lo entiendes? Di que sí, por favor.

Hugo se sintió invadido por una profunda decepción, pero asintió y consiguió sonreír.

—Si ése es tu único motivo para rechazarme, creo que te equivocas. Pero lo entiendo —respiró hondo—. Bueno, ¿qué vamos a hacer? Creo que la señorita Staunton sabe algo de todo este asunto. ¿Quieres que vaya a Dublín a hablar con ella?

—¿Lo harías? —preguntó Deborah con el rostro súbitamente iluminado.

—Pues claro. Podría ir y volver en dos semanas.

La expresión de Deborah volvió a oscurecerse.

—Pero no sé dónde vive mi tía. Sé que se marchó a Dublín, pero nunca me dijo su dirección.

—Supongo que no quería que nadie la encontrara. No te preocupes… La encontraré. Y ahora, ¿dónde están esos bonos? Me gustaría echarles un vistazo.

—En el desván de Hester.

—Un buen lugar. ¿En el escritorio?

Deborah asintió. Tan sólo un minuto antes había estado sumida en la desesperación, pero ahora se sentía llena de vida y optimismo. La situación seguía siendo la misma. Sin embargo, con Hugo a su lado todo era posible.

Capítulo 10

Hugo cumplió su palabra. Al cabo de cuarenta y ocho horas estaba camino de Holyhead, y desde allí rumbo a Irlanda, supuestamente en busca de buenos caballos. Su familia se quedó ligeramente sorprendida de que se marchara a los pocos días de haber regresado de Kent, pero, como dijo su padre, Hugo era su propio dueño.

Los caballos irlandeses estaban considerados como los mejores de su clase, y si Hugo podía permitírselos, sir James no le pondría ningún obstáculo a su hijo y heredero para comprar lo que quisiera.

Deborah se sentía muy incómoda con la mentira, pero ¿qué otra explicación podría haber dado Hugo para hacer aquel viaje?

Antes de marcharse, Hugo había mirado los bonos y le había preguntado a Deborah si podía darle carta blanca para operar con ellos.

—Supongo que querrás aclarar todo el asunto de la forma más honesta y discreta posible… —le dijo.

—Ojalá fuera posible, Hugo. Este dinero no me pertenece, y su puedes encontrar la manera de devolvérselo a la persona adecuada sin provocar un escándalo, me llevaría una gran alegría. Haz lo que consideres necesario. Llévate los bonos contigo si quieres.

Hugo lo pensó por un momento.

—Creo que no, pero buscaré un lugar mejor para esconderlos. No me atrevo a pensar lo que mi madre podría hacer para limpiar el desván de Hester. El otro día estaba hablando del asunto. Los bonos estarán más seguros en cualquier otra parte. Deja que yo me ocupe de eso. ¿Qué pasa con Dodds?

—Una vez que los bonos hayan sido devueltos, no podrá hacer nada. Tengo la impresión de que le gusta llamar la atención tan poco como a mí.

—Hay una cosa que quiero que me prometas, Deborah —dijo él, mirándola muy seriamente.

—¿De qué se trata?

—No debes salir sola. ¡Nunca! Ni siquiera para ver a Sammy. Es casi seguro que Dodds volverá y que estará desesperado por volver a hablar contigo. Incluso es posible que no se detenga ahí. Les he dicho a mis padres y al tío William que hay algunas personas indeseables merodeando por los alrededores. Ellos se encargarán de que ninguna de vosotras salga sin escolta. Pero te conozco y sé de lo que eres capaz. ¿Me prometes que no intentarás darles esquinazo a tus guardaespaldas?

Parecía tan preocupado, y había hecho tanto por ella, que lo menos que Deborah podía hacer era darle su palabra. Así lo hizo, y Hugo soltó un suspiro de alivio.

—¡Gracias! —sonrió—. ¿Vas a desearme un buen viaje?

—Pues claro —respondió ella. Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Vuelve pronto —le dijo suavemente.

Hugo la rodeó con los brazos, le hizo levantar el rostro y le devolvió el beso, esa vez en los labios. Cuando la soltó, Deborah fue incapaz de moverse y se quedó mirándolo con ojos muy abiertos. Hugo ahogó una exclamación y volvió a besarla, con tanto ardor y pasión que los pies de Deborah se despegaron del suelo. La abrazó con fuerza, sintiendo las esbeltas curvas de su cuerpo a través del vestido de verano, y la excitación se propagó entre ellos como un reguero de fuego. Finalmente, la agarró por los brazos y la apartó con delicadeza.

—Eres… eres tan pequeña y frágil —murmuró—. Podría romperte todos los huesos con una mano. ¡Ten cuidado, Deborah! No sé de lo que sería capaz si algo te ocurriera en mi ausencia.

—No me ocurrirá nada. Te prometo que tendré cuidado. Oh, Hugo, espero que todo se arregle.

—Yo también —dijo él. Y cuando todo se haya aclarado, nos ocuparemos de nosotros, Deborah Staunton.

En cuanto llegó a Dublín, Hugo visitó a un viejo amigo que había conocido en Cambridge y que ahora trabajaba como profesor de derecho en el Trinity College. Lo recibió con agrado y lo invitó a quedarse en su casa mientras estuviera en Dublín. Hablaron de caballos y de otras cosas mientras el criado averiguaba la dirección de la señorita Staunton. Para sorpresa de Hugo, vivía en un barrio bastante respetable no lejos del centro. Pero a diferencia de su amigo de Cambridge, la señorita Staunton no se mostró muy contenta de verlo.

—Será mejor que se siente —le dijo con voz áspera al recibirlo.

Hugo miró a su alrededor.

—Bonita habitación —dijo—. Y muy bien amueblada. ¿Compró los muebles con el dinero de su sobrina?

La señora Staunton se puso colorada.

—¿Cómo se atreve, señor? ¿Qué está insinuando?

—El orden de sus preguntas no es el correcto, señorita Staunton. Primero debería preguntarme qué estoy insinuando. Y luego, después de haber oído mi explicación, sería el turno de fingir su indignación. Pero no tema; no he venido para hablar de su pasado. Su sobrina es feliz con lo que tiene, sin preocuparse por el dinero que usted le robó. Su reputación está a salvo conmigo… siempre que me diga lo que quiero saber. Lo que quiero es evitar futuros escándalos, no remover los pasados.

La señorita Staunton pareció inquietarse.

—¿Qué escándalos podrían ser ésos? —preguntó con cautela.

—Bueno, la clase de escándalo que nadie podría ignorar, ni siquiera la víctima más compasiva. Diez mil libras es demasiado dinero para pasar por alto.

—¿Diez… diez mil libras? ¡Maldito granuja!

—¿Se refiere a su hermano, o al señor Harry Dodds?

—¡A Harry Dodds, naturalmente! Eddy podía ser temerario, pero era un hombre honesto. Pero Dodds no me dijo que fuera tanto dinero —habló sin pensar, y de repente volvió a percatarse de la presencia de Hugo—. ¿Cuánto sabe de esto?

—Seré sincero con usted… no como algunos de sus conocidos. Tenemos los bonos. No me mire con esa cara… No los he traído conmigo. Están en un lugar seguro hasta que sepamos lo que hacer con ellos.

—¡Mi hermano no hizo nada malo! Ese dinero nos pertenece —dijo ella en tono desafiante.

—En ese caso, ¿por qué tanto secretismo? ¿Por qué tuvo que intervenir el señor Dodds? Tal vez le gustaría leer la carta de Dodds —le tendió la nota que Deborah había encontrado en el estuche—. Quizá su contenido explique por qué no creo que este asunto sea tan inocente como usted dice.

La señorita Staunton guardó silencio por un momento.

—Si mi bisabuelo hubiera recibido lo que se le debía, Eddy no habría tenido que hacer nada.

Las esperanzas de Hugo se desvanecieron. Parecía que el padre de Deborah había estado involucrado personalmente en el robo, y si así fuera, sería muy difícil encubrirlo.

—No quiero decir que Eddy tomara parte —continuó la señorita Staunton, para gran alivio de Hugo—. Fue Harry Dodds quien se hizo con ellos.

—¿Cómo fue?

—Dodds era un viejo amigo de mi hermano. Un bebedor con muy mala fama. Fue después de que los Inglesham hubieran echado de casa a la pobre Frances. Una noche Eddy estaba ahogando sus penas con Dodds y despotricando contra los Staunton… ¿Conoce a la otra rama de nuestra familia, señor Perceval?

—No, ¿debería?

—Quizá no. Últimamente no han pasado mucho tiempo en Inglaterra. Lord Staunton es muy viejo.

—¿Lord Staunton?

—Es un primo lejano de mi padre. Pero… —hizo una pausa y continuó con voz amarga—. Están los Staunton ricos y los Staunton pobres. Lord Staunton era de los ricos, y él mismo aumentó su fortuna. Pero una de sus propiedades pertenecía por derecho a nuestra rama… a los Staunton pobres.

—¿Cómo se explica eso?

—La misma historia de siempre. Hace varias generaciones el hijo menor discutió con su padre y fue expulsado de la familia. Mi bisabuelo debería haber heredado la propiedad de su madre, pero todo fue a parar al hijo mayor, mi tío abuelo. Eddy se obsesionó con esa propiedad. Según él, el título y las tierras

pertenecían a su bisabuelo, y por tanto él era el legítimo heredero. Y cuando el actual lord Staunton vendió la heredad… por una buena suma, Eddy se puso furioso. Por lo visto vertió toda su ira ante Dodds, y éste lo convenció para buscar su venganza. Valiéndose de los conocimientos que tenía Eddy sobre la gestión de su familia, llevaron a cabo una estafa mediante la cual Dodds podría hacerse con el dinero que se había pagado por la hacienda.

—¿Qué pensaba sacar Dodds de todo ello? No creo que estuviese dispuesto a hacerlo por nada… La jugada era demasiado arriesgada.

—Hicieron un pacto. Dodds se llevaría la mitad de las ganancias. Se podrá imaginar el golpe que les supuso descubrir que el dinero había sido canjeado por bonos que no se podrían cobrar hasta pasados cinco años.

—¿De modo que los bonos pertenecen legítimamente a lord Staunton?

—Puede que le pertenezcan legalmente, pero no legítimamente.

—Señorita Staunton… sea cual sea la historia de su familia o lo que Edmund Staunton haya creído, esos bonos fueron robados. Me sorprende que el ladrón no haya sido perseguido sin descanso. Supongo que su primo, lord Staunton, estaba esperando a abalanzarse sobre aquella persona que hubiera intentando cobrar los bonos dentro de unas semanas. ¿Dónde vive lord Staunton?

—¡No! No irá a contárselo…

—Lo que le diga dependerá de su primo. ¿Dónde vive? Si no me lo dice, podré averiguarlo fácilmente por mí mismo. Tengo amigos en Dublín.

Finalmente, la señorita Staunton le reveló que su primo vivía en el barrio más elegante de Dublín… Tenía una casa en Merrion Square.

Hugo no perdió tiempo y rápidamente le envió una nota a lord Staunton pidiéndole una entrevista. Su amigo de Cambridge le había dicho que el viejo Staunton era una especie de ermitaño y que nunca recibía a nadie, por lo que fue una sorpresa que lo invitara a cenar en Merrion Square al día siguiente. La casa tenía una bonita terraza que dominaba el mejor lado de la plaza, y su interior estaba lujosamente amueblado. No había duda de que aquel hombre pertenecía a la rama rica de los Staunton.

Hugo fue conducido a un estudio, donde lord Staunton se levantó para saludarlo.

—¿Perceval? Encantado de conocerlo. Siéntese, por favor. Espero que no le importe si hablamos un poco antes de cenar. No me gusta hablar de negocios durante la comida. ¿Le apetece una copa? ¿Un jerez, o quizá un whisky irlandés?

Se sentaron en unos cómodos sillones con sus vasos y Hugo le dio las gracias a lord Staunton por haberlo recibido.

—Sentía curiosidad. El único punto en común que se me ocurre es la hija pequeña de Edmund Staunton. Deborah, ¿verdad? Creo que es pupila de su tía, lady Elizabeth Perceval.

Hugo se quedó sorprendido y así se lo hizo saber.

—Me mantengo al día, señor Perceval. Quizá no lo sepa, pero hace unos años decidí cometer una locura y dedicarme a la banca. Por el revuelo que armaron mis parientes de la aristocracia cualquiera pensaría que me había vendido a los franceses. ¡La banca! Todos palidecían sólo de pensarlo. Pero nunca me he arrepentido. Gracias al comercio bancario me convertí en un hombre más rico que cualquiera de ellos. ¡Y me hizo la vida mucho más interesante! La prosperidad de los bancos depende en gran medida de las noticias y los cotilleos, y su red de información abarca el mundo entero. Se sorprendería de las cosas que llegan a mis oídos, aquí en Dublín. De hecho, podría adivinar por qué ha venido a verme.

—¿En serio? —preguntó Hugo con el rostro inexpresivo.

Lord Staunton lo observó con una ligera sonrisa.

—¿Tiene algo que ver con unos… bonos?

La expresión de Hugo permaneció inalterable, pero su mente trabajaba a toda prisa. La pregunta de lord Staunton revelaba algunos datos muy interesantes. Primero, que hubiese relacionado su visita con Deborah Staunton, y a Deborah con los bonos. ¡La red de inteligencia bancaria era realmente formidable! Segundo, y quizá más importante, antes de relacionar a Deborah con los bonos lord Staunton debía de sospechar quién andaba detrás de la desaparición de los mismos. Tercero, lord Staunton se mostraba tan reacio como el propio Hugo a hacer público el asunto.

—¿Puedo preguntarle, lord Staunton, cuál es su postura en relación a esos bonos?

—Confío en su integridad, señor Perceval, pero me gustaría saber algo más de su interés en los bonos antes de decírselo.

—No tengo ninguna implicación directa en el asunto. Estoy actuando en nombre de su prima, Deborah Staunton.

La expresión de lord Staunton se endureció.

—¿Una recompensa por ellos, tal vez? ¿Es eso lo que quiere la señorita Staunton?

Hugo se levantó y habló con una voz fría como el hielo.

—Su edad me impide retarlo a un duelo, lord Staunton. Pero permítame decirle que acaba de insultar a una chica cuyo único deseo es devolver algo que pudo haber sido sustraído… inadvertidamente de sus arcas. Y permítame decirle también que se ha precipitado en sus conclusiones, al suponer que yo me prestaría a un chantaje semejante si fuera el caso.

—Siéntese, siéntese. Le pido disculpas. Debería haberlo sabido, pero en mi negocio nos volvemos muy cínicos. Siéntese, por favor —espetó hasta que Hugo se hubo sentado de nuevo—. Así que «inadvertidamente», ¿eh? Es una buena manera de definirlo, pero no es la correcta. Harry Dodds sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—¿Harry Dodds? —preguntó Hugo, sin delatar el menor asombro, pero una vez más había vuelto a quedarse perplejo por la red de información bancaria.

—Sí —respondió el anciano, inclinándose hacia delante—. Dejémonos de disimulos, señor Perceval. Harry Dodds y mi primo Edmund conspiraron para robarme diez mil libras, y fue gracias a que los bonos no podían canjearse hasta pasados cinco años que Edmund no pudo hacerse con el dinero. ¿Le parezco bastante sincero?

—Pero si sabía todo eso, ¿por qué no ha hecho nada hasta ahora?

—Creía que era obvio. Aún no he perdido las diez mil libras. Sólo perderé el dinero cuando otra persona cobre los bonos. Y aunque nunca ha habido buenas relaciones entre las dos ramas de la familia, no quiero que el nombre de los Staunton llegue a los tribunales. Pero le aseguro que, después de la muerte de Edmund, nunca perdí de vista a Harry Dodds por mucho tiempo, y le habría echado el guante en cuanto hubiese intentado hacer algo con los bonos. Sé, por ejemplo, que los dejó al cuidado de Edmund Staunton mientras él «desaparecía» una temporada. Y sé que hace poco visitó un par de veces Abbot Quincey. Lo que no sé es qué fue de los bonos después de la muerte de Edmund Staunton, y sospecho que Harry tampoco lo sabe. Pero creo que usted sí lo sabe, y que ha venido para solucionar las cosas.

—Tiene toda la razón, lord Staunton. Los bonos se encuentran en un lugar seguro en Abbot Quincey. Y ahora que sé a quién pertenecen, los tendrá en su poder en cuanto haya dispuesto que un mensajero se los traiga. ¿Puedo enviárselos aquí, o tiene un agente en Londres?

—Creo que será más seguro si se los entrega a uno de mis mensajeros del banco. Están acostumbrados a transportar grandes sumas de dinero. Me llevará un poco de tiempo organizado todo, pero recogerán los bonos antes de que acabe el mes de octubre. Y le agradecería mucho, señor Perceval, que concertara una cita con mi agente de Londres.

Hugo sonrió para sí mismo ante aquella muestra de precaución, propia de un banquero. Lord Staunton podía confiar en Hugo Perceval, pero tomaría todas las medidas posibles para asegurarse de que el dinero llegara a su banco antes de que expirara el plazo.

Accedió a la petición de lord Staunton y éste respondió con una sonrisa cortés.

—¿Le apetece pasar al comedor?

La cena fue excelente, y la conversación fluyó con naturalidad entre los dos hombres. Pero cuando volvieron al estudio con sendos vasos de oporto, lord Staunton retomó el tema de los bonos.

—¿Sabe algo sobre la historia de nuestra familia, señor Perceval?

—La señorita Staunton fue lo bastante amable de ponerme en antecedentes antes de venir a verlo.

—Entonces estará de acuerdo con Edmund Staunton en que tuvo sus razones para robar el dinero…

—No, por supuesto que no. No conozco los detalles, pero no creo que sus reclamaciones tuvieran ningún fundamento.

—¡Oh, claro que lo tenían! Lo he investigado a fondo. Es cierto que la propiedad de Aileen Linlow debería haber pasado a su hijo menor. Mi abuelo se benefició del cisma familiar que privó al viejo y al joven Edmund Staunton de su legítima herencia. El padre de Deborah Staunton se comportó como un estúpido. Si hubiera venido a verme, estoy seguro de que podríamos haber llegado a un acuerdo mejor que su conspiración con Harry Dodds. Pero su rama de los Staunton siempre prefirió los riesgos a la rutina que suponía ganarse la vida decentemente. Sin embargo, me han llegado muy buenos informes de su hija y me gustaría que se hiciera justicia. Supongo que estará usted capacitado para representar a la señorita Deborah Staunton. ¿Aceptaría los bonos como un regalo? Tómese su tiempo para pensarlo.

Era una oferta muy generosa y Hugo se sintió un poco abrumado por la misma.

—¿Por qué querría hacer algo así?

Lord Staunton le sonrió.

—Estoy impresionado por los esfuerzos de Deborah Staunton para devolver los bonos, especialmente cuando depende casi por completo de la generosidad de su tía. Mi mujer murió y no tengo hijos. Tengo más dinero del que pueda gastar en toda una vida. Restando lo que quiero dejarle a la señorita Deborah, quedará más que suficiente para satisfacer al próximo lord Staunton y al resto de la familia. ¿Lo que he dicho bastará para convencerlo?

Hugo asintió.

—Pero lamento decepcionarlo, porque estoy casi seguro de que su prima no querrá aceptar el dinero. No tiene ningún derecho legal sobre el mismo, y, en vista de lo sucedido, se sentiría muy incómoda al aceptarlo. Lo consultaré personalmente con ella, pero sé que tengo razón.

Lord Staunton volvió a sonreír.

—No esperaba menos de ella. Pero tengo otra sugerencia. ¿Y si le dejara las diez mil libras en mi testamento? De esa manera no tendría que consultarlo con ninguno de ustedes, ¿verdad?

—Si de verdad cree que se cometió una injusticia con el primer Edmund Staunton, ésa sería una solución ideal. Es usted muy amable.

—Me reuniré con mis abogados mañana. Y también le dejaré un poco a la hermana de Edmund. No se lo merece, pero tampoco hay razón para no ser generoso con ella —habiéndolo resuelto todo, lord Staunton se recostó en el sillón con expresión de cansancio—. Espero verlo de nuevo, señor Perceval. Y tal vez podría convencer a Deborah para que ella también venga a visitarme. Podrían venir cuando se casen —sonrió al ver cómo Hugo se ponía rígido—. Parece que estoy adelantando acontecimientos… Pero por lo que he oído, sería una esposa maravillosa para cualquier hombre —echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Me perdonará si no me levanto, pero no soy tan fuerte como me gustaría. Adiós, señor Perceval.

Hugo hizo una reverencia y se dispuso a salir, pero cuando estaba en la puerta lord Staunton volvió a hablar.

—No espere mucho tiempo para traer a su esposa… Podría ser que para entonces ya no estuviera aquí.

El amigo de Hugo le dio la dirección de un picadero magnífico, y allí encontró un par de caballos zainos que combinaban a la perfección con sus caballos de tiro. Las gestiones para embarcarlos y acomodarlos en el barco se llevaron a cabo con rapidez y eficacia, y al día siguiente Hugo partió para Inglaterra sintiéndose muy satisfecho con todo lo que había conseguido en Dublín. Habría estado de vuelta en Abbot Quincey mucho antes de las dos semanas previstas, pero las tormentas en el mar de Irlanda retrasaron considerablemente su regreso.

Mientras tanto, en Abbot Quincey, Deborah pasaba el tiempo en un estado de angustia permanente. Estaba preocupada por la seguridad de Hugo, por el resultado de la conversación con su tía, por los bonos y, sobre todo, por la futura relación entre ambos. Su última proposición había sido muy distinta a la primera, e infinitamente más tentadora. Si Hugo conseguía aclarar satisfactoriamente el asunto de los bonos, seguramente volvería a pedírselo. Y ella no estaba segura de que tuviera la fuerza necesaria para rechazarlo. Hugo la quería. Quizá no con la misma pasión con la que ella lo quería a él, pero tal vez bastaba con eso. Además, Hugo no era como su padre. Nunca la trataría con la aburrida indiferencia con que su padre había castigado a su madre. Para convencerse aún mas, mientras Hugo estaba en la boda de Robina había aprendido una lección. El dolor que había experimentado al pensar que él podría haber encontrado a otra persona, al pensar que cuando Hugo se casara no volvería a tener relación con ella, había sido insoportable. Los mendigos no podían permitirse elegir. Hugo le estaba ofreciendo su afecto, su protección, un hogar en Abbot Quincey entre sus seres queridos… Quizá lo más sensato fuera conformarse con ello, en vez de pedir la luna en vano… y en soledad.

Mientras tanto, Harry Dodds estaba sufriendo una frustración tras otra. Se había llevado un gran alivio al encontrar la casa de Maids Moretón vacía, pero al cabo de una infructuosa búsqueda por todos los rincones tuvo que admitir que había estado malgastando el tiempo y sus esfuerzos. Un intento para examinar los muebles que habían sido enviados a un almacén de segunda mano en Buckingham había acabado en una pelea con el encargado y una noche en la cárcel. A continuación, unos asuntos urgentes en Londres interrumpieron su búsqueda, y una vez en la capital consiguió escapar por los pelos de sus acreedores. Tuvo que permanecer escondido más de una semana… si no quería pasarse unos cuantos meses en Marshalsea.

Llegó a la conclusión de que tendría que visitar otra vez a la hermana de Edmund Staunton en Irlanda, quien sin duda sabía más de lo que aparentaba. Pero cuando finalmente pudo abandonar Londres, la falta de recursos hizo que el viaje hasta Holyhead fuera desesperadamente lento e incómodo. Y en Holyhead se llevó una frustración más, cuando las tormentas del mar de Irlanda le impidieron zarpar enseguida.

Cuando por fin llegó a casa de la señorita Staunton en Dublín, no estaba de humor para persuadir ni engatusar a nadie.

—Será mejor que me digas dónde están los bonos —espetó—. Nunca le he hecho daño a una mujer, pero no me importa empezar contigo. Esos bonos habrían estado en mi poder desde hace semanas si no hubieras jugado conmigo. ¿Dónde están?

La señorita Staunton no pudo ocultar sus nervios.

—¡Yo no he jugado contigo! Los bonos estaban donde te dije. Yo nunca los vi, pero Eddy fue muy claro. Se estaba muriendo pero sabía lo que decía. «Están en el estuche», me dijo. «En el compartimiento».

—He hecho pedazos el maldito estuche y no contenía más que recetas —dijo Dodds. La agarró de los brazos y la sacudió—. ¡Recetas! Pues yo tengo una receta para las brujas como tú. Y no creo que te guste…

—¡Te juro que…! ¡Espera un momento! ¿Qué has dicho? ¿Recetas? —repitió la señorita Staunton, frotándose el brazo—. ¿Cómo era el estuche?

—Cómo tú lo describiste. De la misma forma y tamaño, de madera tallada… ¡No me vengas con tonterías! Era el escuche que tenía que buscar. Estaba en la parroquia, como me dijiste. Con el nombre grabado en plata y todo. Elizabeth.

—¡Elizabeth! —exclamó ella, mirándolo con desprecio—. ¡El nombre de mi cuñada era Frances, estúpido! Y guardaba cartas en el estuche, no recetas. Has robado el estuche de Elizabeth. El que pertenecía a Frances aún debe de estar en la parroquia. ¡Has robado el estuche equivocado!

Dodds se quedó completamente aturdido.

—¿Cómo? ¿Todo este trabajo para nada? ¿El registro exhaustivo de Maids Moretón, la noche que pasé entre rejas…? ¿Por qué demonios no me dijiste lo del nombre?

—¿Y cómo iba a suponer que serías tan idiota? Todo el mundo sabe que el párroco está casado con lady Elizabeth. Será mejor que lo intentes de nuevo. Por cierto… ¿cuánto dijiste que valían los bonos?

—No voy a darte la mitad de Eddy. He tenido demasiados problemas. Tendrás que conformarte con un cuarto.

—¿Y eso cuánto será?

—Doscientas cincuenta libras.

La señorita Staunton lo miró en silencio. Harry Dodds era un ladrón y un estafador. ¡Doscientas cincuenta libras! ¿Cómo pretendía engañarla con una cantidad tan irrisoria? Por otro lado, si ella le decía que sabía que los bonos valían diez mil libras, él querría saber cómo lo había descubierto. ¿Debería hablarle de su última visita o sería mejor mantener la boca cerrada? Con la intervención de Hugo Perceval había muchas posibilidades de que Harry fuera detenido. Cuanto menos tuviera que ver con él en lo sucesivo, mejor.

—La situación es muy arriesgada —dijo—. Tuviste tu oportunidad y la desaprovechaste. Deberías olvidarte de los bonos.

—¿Te has vuelto loca? —gritó él—. ¡Necesito ese dinero! ¡Lo necesito para desaparecer y empezar de nuevo!

—¿Con menos de ochocientas libras? —se burló ella—. No me parece que sea mucho.

Dodds titubeó.

—Es suficiente.

La señorita Staunton tomó una rápida decisión. Le daría a probar a Harry su propia medicina. No le diría nada más, ni siquiera que Hugo Perceval había ido a verla.

—Bueno, puedes quedarte con todo —dijo—. Yo estoy muy bien aquí. Lo único que te pido es que no menciones mi nombre si te detienen, eso es todo.

Dodds la miró con desconfianza.

—¿Qué estás tramando?

—Nada. Estoy cansada de todo este asunto y tú no me gustas. Me he construido una vida muy agradable aquí, y no quiero que nada la eche a perder. Lo único que hice fue decirte dónde me dijo Eddy que había escondido los bonos. No estuvo bien, pero no he cometido ningún delito.

—¿Ah, no? ¿Qué pasa con la pensión de tu sobrina… que robaste mes a mes? ¿No temes que lo cuente por ahí?

La señorita Staunton se encogió de hombros.

—Cuéntaselo a quien quieras. Deborah ya debe de saber lo que hice, y no ha tomado ninguna medida al respecto. No creo que lo vaya a hacer ahora. Es hora de que te vayas, Harry. Ya he hecho más de lo que debería. No pienso hacer nada más.

Llamó a su pequeña sirvienta para que lo acompañara a la puerta. Harry se marchó sin protestar. Si la hermana de Eddy quería olvidarse del asunto, él no intentaría impedírselo. Doscientas cincuenta libras no era mucho, pero siempre le serían útiles. En aquel momento incluso cincuenta libras le supondrían una fortuna. Cansado, empezó a buscar un lugar para dormir. Al día siguiente volvería a Abbot Quincey. Y ojala el mar estuviera en calma. Pero cuando Harry Dodds volvió finalmente a Abbot Quincey, agotado por el viaje y en un estado lamentable, no estaba preparado para el desagradable descubrimiento que allí lo aguardaba.

Capítulo 11

—¿Qué es eso de ir a comprar caballos a Irlanda, Hugo? —preguntó lady Perceval cuando Hugo entró en su habitación. Había regresado de Irlanda la noche anterior, y apenas había terminado de desayunar cuando su abuela reclamó su presencia.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Hugo con cautela. La besó en la mejilla y se sentó a su lado—. Me sorprende que te hayas levantado tan temprano… ¿Te encuentras bien?

—¡Pues claro que me encuentro bien! Pero no le preguntes a Gossage, pues te dará un lista de todas mis enfermedades… exagerando, como de costumbre. No necesito preguntarte cómo estás tú. Pareces cansado, pero estás tan guapo como siempre. ¡Y no intentes cambiar de tema! Quiero saber qué estás tramando. Te fuiste a Irlanda nada más volver de la boda de Robina, y no me digas que tu propósito era comprar caballos.

—Pero he comprado unos caballos —argüyó él—. Dos ejemplares magníficos a muy buen precio. Te llevaré a verlos cuando lleguen.

—No pienso pisar las cuadras… Ya he oído bastantes groserías del loro que me endosaste.

—Creía que sus modales habían mejorado…

—¡Y yo! Pero ayer volvió a las andadas. Delante de lady Vernon y de esa hija suya tan remilgada.

—¿Carrie?

—Sí, Carrie. Se pusieron rojas como un tomate y no sabían adonde mirar. Fue una situación muy embarazosa. Emily Vernon se puso a tartamudear como una tonta y se marchó. ¡Y yo me quedé sin saber si Richard Vernon va a pedir la mano de Edwina! Ya va siendo hora de que lo haga, pero siempre fue un tipo muy lento. No creo que esas mujeres vuelvan a acercarse a mí en una buena temporada… No es que me importe mucho, ya que eran demasiado aburridas —le dio distraídamente un trozo de manzana al loro mientras farfullaba—. Y Deborah Staunton no ha sido mucho más divertida.

—Creía que te gustaba.

—¡Y me gusta! Pero algo le pasa. Está tan abatida que hace más de una semana que no tenemos una partida decente de *whilst*. ¿Tienes algo que ver?

—No lo creo, abuela. Aún no la he visto. Volví anoche, bastante tarde, y esta mañana me has llamado antes de que pudiera visitarla en la parroquia. ¿Cómo está?

—¡Ya te lo dicho! Con el ánimo por los suelos. No parece ella misma.

—Intentaré verla después. Creo que sé cuál es el problema.

Su abuela lo miró fijamente.

—Por eso te fuiste a Irlanda, ¿verdad? ¿Tiene algo que ver con la chica?

—Sí —admitió él—. Aunque también fui a comprar caballos.

—¡Al diablo con los caballos! ¿A quién viste allí? ¿A su miserable tía, o a sus otros parientes?

Hugo miró a su abuela con admiración.

—Veo que no eres ninguna zoquete, abuela…

—Ésa no es manera de hablarle a tu abuela, jovencito. Y me gustaría saber por qué estás ayudando a Deborah Staunton… hasta el punto de dedicarle dos semanas a sus asuntos cuando deberías haberte quedado aquí preocupándote por los tuyos. ¿Qué te traes entre manos, Hugo? Creía que habías abandonado la idea de casarte con ella. ¿No me dijiste que te rechazó?

—¡Dos veces! —admitió Hugo con una sonrisa.

—No tiene gracia —lo reprendió su abuela con severidad.

—No estoy bromeando. La señorita Staunton me ha rechazado dos veces.

—¿Y se puede saber en qué demonios estabas pensando al pedírselo por segunda vez? —espetó lady Perceval, cuyo lenguaje no era el más propio de una dama cuando se encontraba crispada.

—Estaba preocupado por ella. Me pareció que necesitaba más protección de la que yo podía ofrecerle en nuestra situación actual… Me rechazó de una forma mucho más amable que la primera vez —añadió al ver la expresión indignada de su abuela—. Y menos convincente, también.

—¿Qué quieres decir? Deborah no es una jovencita tímida e insegura. Si dice que no, lo dice en serio.

—En este caso no. Al menos, eso espero. Empiezo a creer que tenías razón, abuela. Me gustaría que Deborah fuera mi esposa… Creo que haríamos buena pareja. Y para serte sincero, no creo que nadie más pueda entenderla mejor que yo. Necesita a alguien que cuide de ella.

Su abuela lo observó en silencio.

—Todo eso es muy noble por tu parte. ¿A qué se debe tu cambio de opinión? La última vez que hablamos de ella te parecía un incordio.

—Y me lo sigue pareciendo. Pero, de un modo u otro, he perdido el deseo de buscar a otra persona. Deborah me necesita, y ella me gusta mucho. En realidad, la encuentro bastante atractiva. Sí, creo que haríamos muy buena pareja.

—¡Oh, no puedo entender a los jóvenes! —exclamó lady Perceval—. Cuando te recomendé a Deborah como posible esposa no quisiste ni oír hablar de ello. Y ahora, sólo porque la chica te ha rechazado, no una sino dos veces, pareces desesperado por casarte con ella.

—¡No! No estoy desesperado —dijo Hugo con firmeza—. La desesperación es algo que no tengo intención de sufrir. Le tengo mucho cariño a Deborah Staunton, y

cuando sea el momento llegaremos a un acuerdo. No quiero arriesgarme a pedírselo por tercera vez… al menos hasta que pueda estar seguro de que me aceptará.

Su abuela lo miró con sarcasmo.

—Creo que aún tienes mucho que aprender, Hugo. Sobre ti mismo y sobre Deborah. Pero deseo que tengas éxito.

—Gracias.

—Y ahora, dime, ¿por qué fuiste a ver a los parientes de Deborah?

—No puedo contártelo hasta que haya visto a Deborah. Pero te diré algo. Aunque la razón no cambie lo que yo pueda sentir por ella, creo que mejorará aún más la buena opinión que ya tienes de Deborah.

—¿Buena opinión, dices? ¿Qué te hace pensar que tengo una buena opinión de una chica lo bastante loca para rechazarte dos veces? ¿De qué se trata, Hugo?

Hugo se negó a contárselo. Primero tenía que hablarle a Deborah de su futura herencia.

Cuando Hugo llegó a la parroquia, Deborah salió a recibirlo muy pálida y nerviosa. Era evidente que llevaba tiempo esperándolo.

—Todo ha salido bien —la tranquilizó él—. No tienes nada de qué preocuparte.

El resto de la familia lo metió en casa e insistieron en oír todo el relato del viaje. La descripción de la peligrosa travesía por el embravecido mar de Irlanda hizo que las gemelas palidecieran, y sólo se recuperaron cuando Hugo les habló de sus nuevos caballos.

—¡Hugo! ¿Cómo son? —exclamó Edwina, la experta amazona—. ¿Zainos, dices? ¿Cuántos palmos? —Hugo le refirió todas las características de sus nuevas adquisiciones—. Parecen buenos animales, y seguro que combinan bien con el par que ya tienes. ¿Piensas conducir un coche de cuatro caballos?

—Cuando cambie de coche, necesitaré más caballos —respondió él. No quería explicar su deseo de buscar algo más apropiado para el transporte de una familia, por lo que se apresuró a cambiar de tema—. Pero aún no me habéis contado lo que habéis estado haciendo…

Aquello bastó para distraer a la familia, que estaba impaciente por contarle las últimas novedades. El señor Langham había hablado con el reverendo William y Frederica y el joven reverendo ya estaban comprometidos, aunque aún no lo habían anunciado públicamente. Pasaría algún tiempo hasta que el señor Langham estuviera en posición de mantener a una esposa. Frederica se puso colorada cuando Hugo se burló de ella. Nunca le había parecido más guapa, pero no se arrepentía en absoluto de haberla dejado escapar. Le deseó a su prima toda la felicidad del mundo y desvió la atención hacia Edwina. También en su caso las cosas parecían desarrollarse prometedoramente. Richard Vernon sólo estaba esperando que se decidiera su futuro en Stoke Park antes de declararse. Los Vernon siempre habían sido muy amigos de los Perceval, y ambas familias estarían encantadas con esa unión. Una vez más, Hugo expresó sus mejores deseos sin el menor escrúpulo.

—Y ahora vamos a ocuparnos de los asuntos realmente importantes. ¿Cómo está mi amigo *Autolycus*?

Le aseguraron que el perro estaba muy bien, rebosante de energía. A causa de las restricciones impuestas, *Autolycus* no había podido hacer ejercicio durante las dos últimas semanas, y aunque su entusiasmo no se había visto mermado, empezaba a mostrar signos de aburrimiento. Las zapatillas del párroco no volverían a ser las mismas, y Deborah había dejado su mejor sombrero en una silla del vestíbulo…

—Creo que necesita un poco de ejercicio. Me lo llevaré cuando salga a montar durante la semana. Mientras tanto, ¿a alguien le gustaría pasear con nosotros por el bosque?

—Es mi perro —dijo Deborah—. Iré contigo.

—Estoy segura de que a las gemelas o a Henrietta les gustaría acompañaros —dijo lady Elizabeth.

—Yo iré, mamá —dijo Frederica, mirando a sus hermanas. Edwina y Henrietta se apresuraron a ofrecer excusas.

Hugo esperó a que las dos primas se pusieran los sombreros y fueron a buscar a un frenético *Autolycus* para llevarlo al bosque. El otoño se acercaba rápidamente. Las clemátides plateadas trepaban sobre los arbustos. A ambos lados del camino crecían tallos dorados y las rosas escarlatas decoraban los setos. Las hojas empezaban a cambiar de color, pero el cielo era de azul radiante y en la brisa aún se respiraba el calor del verano. Caminaron un trecho y llegaron a una de las casas de campo. Allí Frederica se detuvo.

—Creo… creo que voy a visitar a la señora Crabtree —dijo—. ¿Podríais recogerme a la vuelta?

Hugo le echó una mirada inquisidora que la hizo ruborizarse.

—Por supuesto —dijo amablemente. Se despidió de ella y siguió andando con Deborah—. ¿Has preparado esto con Frederica?

—¡Pues claro! —respondió Deborah—. Me moría por saber lo que había pasado en Irlanda, y con las normas de tía Elizabeth iba a ser muy difícil mantener una charla en privado.

—¿Le has dado a Frederica algún motivo para querer hablar conmigo en privado? ¿O ahora piensa que quieres algo conmigo?

Deborah se puso tan colorada como su prima.

—De ningún modo —dijo con vehemencia—. Frederica me conoce demasiado bien como para sospechar algo. ¡Y tú tampoco deberías hacerlo!

—Bueno, me has rechazado dos veces… Eso debería significar algo —intentó mirarla a los ojos, pero Deborah había girado la cabeza—. Pero no es de eso de lo que quiero hablar. En Irlanda conocí a una persona a la que le encantaría verte.

—¿Mi tía?

—No, tu primo. Un primo lejano. Es mucho mayor que tú, pero es encantador.

Deborah frunció el ceño.

—Mi padre hablaba a veces de sus primos, pero no le gustaban demasiado.

—No, por lo que he oído parece que no hubo mucho afecto entre las dos ramas de la familia. Por eso tu padre pensó que tenía derecho a quedarse con diez mil libras de lord Staunton.

—¿Los bonos? —preguntó Deborah, poniéndose pálida—. ¿Quieres decir que los robó?

—No exactamente. Dodds hizo el trabajo sucio, siguiendo las instrucciones de su socio… tu padre.

—¡Pero es lo mismo! ¡Sigue siendo culpable!

—No saques conclusiones antes de oír toda la historia, Deborah.

—¿Cómo quieres que no lo haga? Dices que ese primo mío… lord Staunton, quiere verme. Y luego me enteró de que mi padre le robó diez mil libras. Supongo que le dirías a lord Staunton que los bonos le serán devueltos. Entonces, ¿para qué quiere verme si no es para exigirme alguna otra compensación?

—Eres casi tan mala como tu padre…

—¿Qué? Has de saber, Hugo Perceval, que nunca he hecho nada deshonesto en mi vida. ¡Nunca!

—No te pongas así, Deborah. Claro que lo sé. Nunca he conocido a una persona tan honesta y transparente como tú. Incluso demasiado honesta, a veces. No, lo que quiero decir es que a tu padre nunca se le ocurrió que su primo pudiera ser generoso. Él, y también su hermana, pensaron que la única manera de conseguir lo que le pertenecía por derecho era tomarlo sin preguntar. ¿Y si te dijera que lord Staunton podría haberle entregado los bonos a tu padre si éste le hubiera pedido ayuda?

—Me cuesta creerlo. Además, ¿qué sentido tiene hacerse esa pregunta? Mi padre no le pidió ayuda, sino que robó el dinero. No importa lo que pensara. Se quedó con los bonos sin el consentimiento de su dueño, y eso lo convierte en un ladrón —estaba a punto de llorar—. ¿Qué puedo hacer para apaciguar a lord Staunton?

—Le he prometido que te llevaría a verlo dentro de poco. Es un hombre muy viejo, Deborah. Y muy rico.

—¿Insinúas que debería intentar convencerlo para que me dejara conservar el dinero? No podría hacerlo. ¡Ni en un millón de años!

—Vaya, ¡no sabes cuánto me alivia oír eso!

—¿Cómo dices?

—Me tomé la libertad de rechazar el dinero por ti. Me alegra ver que hice lo correcto.

—¿Quieres decir que lord Staunton te ofreció el dinero?

—No. Te lo ofreció a ti.

—¡Oh, ya sabes a lo que me refiero! ¿Por qué haría una cosa así?

—Cree que se cometió una injusticia con la familia de tu padre… hace muchos años, antes de que él o tu padre hubieran nacido. Y ahora quiere enmendarlo.

—Es demasiado tarde —murmuró ella—. El daño ya está hecho. No puedes aceptar algo que tu propio padre robó.

—Como ya te he dicho, Staunton es un hombre muy rico. Puede permitírselo.

—Ésa no es la cuestión. Soy yo quien no puede permitirse aceptar ese dinero. Mi conciencia jamás me lo permitiría.

—Pensaba que dirías eso. Así se lo hice saber a lord Staunton, por lo que va a proceder de otra manera.

—¿Cómo? ¡Dímelo! Podría ir a visitarlo… me encantaría hacerlo, pero te advierto que no pienso aceptar ningún dinero de él.

—¿Serías capaz de rechazar una herencia?

Deborah se quedó pensativa.

—Eso sería distinto —dijo lentamente.

—Le darías una gran alegría si lo aceptaras. Él también tiene un poco de conciencia, ¿sabes?

—Sí… Sí, podría aceptarlo. Una pequeña herencia estaría bien.

—¿Qué tal diez mil libras? ¡No, espera! Escúchame antes de explotar. Déjame decirte por qué lord Staunton quiere que tú, la única hija de Edmund Staunton, reciba ese dinero.

Le contó a Deborah la triste historia de su antepasado y cómo había perdido su herencia. Terminó contándole que también su tía recibiría una parte.

—Supongo que es lo correcto, entonces —dijo ella. Pero ¡qué lástima que mi padre no hubiera hablado con lord Staunton! Así todo habría sido mucho más fácil.

—Estoy de acuerdo. El pasado no puede cambiarse, pero ¿no te alegra saber que todo vaya a resolverse por fin?

—¡Claro que sí! Y también me alegra saber que voy a recibir una fortuna. Tengo que darte las gracias por todo —se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Hugo sonrió y le apretó la mano, pero tuvo cuidado de no responder como había hecho la víspera de su marcha. Si se permitía besarla otra vez, si volvía a ser presa de sus emociones, de nuevo se encontraría pidiéndole que se casara con él. Un rechazo era malo, un segundo rechazo era peor, un tercero… ¡Oh, no! Tenía que haber otra manera.

Volvieron sobre sus pasos y recogieron a Frederica al pasar por la casa de la señora Crabtree. Deborah había recibido las noticias que quería y Hugo estaba satisfecho por haber solucionado la situación; sin embargo, ninguno de ellos estaba del todo feliz con el paseo de aquella tarde.

Mientras tanto, Harry Dodds caminaba pesadamente, sudando y maldiciendo, en dirección a Abbot Quincey. El carro que lo había transportado desde Northampton apenas había recorrido una milla, y había sido imposible conseguir otro. El sol del mediodía no era tan caluroso como en verano, pero sí lo suficiente cálido para hacer penosamente incómodo el trayecto a pie con una bolsa a la espalda. Lo único que lo libraba de la desesperación era pensar en la fortuna que lo aguardaba en el estuche de la madre de Deborah Staunton. En menos de un mes, los bonos podrían canjearse y él se convertiría en un hombre rico.

Mientras caminaba, elaboraba un plan de acción. No creía que Deborah Staunton tuviera conocimiento de los bonos que él había robado. Se había quedado desconcertada al oírle mencionar el estuche y el compartimiento secreto. Y aunque los hubiera encontrado no podría cobrarlos aún, por lo que seguramente los hubiera dejado donde estaban hasta que pudiera cambiarlos por una fortuna… una suculenta dote para una chica sin blanca. ¡Qué lástima que fuera a quedarse sin ella!

Llegó al bosque donde se proponía esconderse una vez más, justo en el momento en que Hugo y Deborah se detenían en casa de la señora Crabtree. Sus caminos no se cruzaron. Fue una lástima, porque todos se habrían ahorrado muchos problemas si Harry Dodds hubiera sido visto antes de que llevara a cabo sus planes.

Harry no tardó en llegar a la cabaña de Sammy Spratton, y se pasó el resto del día acomodándose lo mejor posible. La cabaña había sido el refugio para los leñadores que habitaban antiguamente en el bosque, y algunas de sus herramientas seguían allí. Sammy las usaba frecuentemente para cortar leña o para reparar agujeros en el tejado. Mientras Sammy se tambaleaba por el borde del claro profiriendo lamentaciones incoherentes, Harry apuraba las exiguas reservas de comida y usaba las cadenas que había encontrado en la parte trasera para asegurar la puerta contra posibles intrusos. Al acabar, se dispuso a pasar una noche de merecido descanso.

Pero durante los próximos días empezó a desesperarse. Cada vez que se acercaba a la parroquia la encontraba llena de gente. La puerta estaba abierta, como siempre, pero ya fuera por casualidad o a propósito, el vestíbulo nunca permanecía vacío más que unos pocos minutos. Siempre había cerca alguno de los criados o los miembros de la familia. Y los Perceval nunca parecían salir de casa…

Pero todos irían a la iglesia el domingo, como sería de esperar en la familia de un párroco. Harry decidió volver a su guarida y esperar hasta entonces.

No le resultó difícil mantener la posesión de la cabaña. Sammy Spratton le tenía tanto miedo a los seres humanos que corría a desaparecer entre la maleza en cuanto veía aparecer a Harry. Pero la comida escaseaba, por lo que tendría que ir en busca de provisiones a las casas que bordeaban el bosque.

Una hora más tarde volvía a la cabaña con los huevos robados a una vieja, el pan robado a una segunda, y una garrafa de cerveza a una tercera. Lo último había sido una tentación irresistible, y cuando llegó al desvío que conducía a la cabaña estaba tan acalorado y sediento que no pudo esperar. Se sentó en un tronco caído a un lado del camino y tomó un largo y refrescante trago. Pero su descanso fue

interrumpido por unas voces que se acercaban. Rápidamente agarró su botín y se ocultó tras unos arbustos junto al tronco hasta que pasara el peligro.

En aquella ocasión, Deborah y Hugo no iban acompañados de *Autolycus*. Deborah había estado visitando a lady Perceval cuando Hugo se les unió, y la astuta viuda les volvió a pedir que fueran a ver a la señora Bember.

Hugo había sacado a pasear al perro aquella mañana, por lo que decidieron que no era necesario pasarse por la parroquia a recogerlo. Además, lady Elizabeth insistiría en que los acompañara una tercera persona, y ninguno de ellos, por diferentes razones, quería tener más compañía.

A Deborah le resultaba casi imposible mantener la calma, y cuando volvían a la parroquia después de ver a la señora Bember no pudo seguir reprimiendo las dudas que la acosaban.

—¿Cuándo dijiste que vendría el mensajero, Hugo? —le preguntó—. ¿No debería haber llegado ya?

—Deborah, no sé cuántas veces me has preguntado lo mismo. Ya te lo he dicho… ¡No lo sé!

Hugo se sentía más inseguro, y por tanto, más irritable que de costumbre. Había estado con Deborah varias veces desde su regreso, no siempre en compañía de otros. Pero ella no le había mostrado ninguna emoción, aparte de una gratitud amistosa. En realidad, Deborah parecía más distante que nunca. Hugo habría recibido con agrado cualquier atisbo de sentimiento, la mínima indicación de que ella deseaba retomar el tema del matrimonio; la tensión era insoportable y no pudo aguantar más.

—¡Siéntate, Deborah!

—Pero…

—Ya es hora de que hablemos. ¡Siéntate aquí y escucha!

Se sentaron en el mismo tronco que Harry Dodds había ocupado cinco minutos antes. Deborah miró de reojo a Hugo. Parecía muy enojado y ella creía saber por qué. Hugo le había ofrecido el matrimonio cuando ella no era más que una pobre chica en peligro, y ahora veía que su galante sacrificio no había sido necesario. La familia de Deborah había conservado el honor, todo se había solucionado de la manera más satisfactoria posible, y ella recibiría una considerable fortuna. Era cierto que lo había rechazado una segunda vez, pero no había cerrado por completo esa puerta.

—Sé que no me estoy portando bien, Hugo —dijo a modo de disculpa—. Estoy muy nerviosa. No me quedaré satisfecha hasta que esos malditos bonos hayan sido entregados y nos hayamos olvidado de todo el asunto.

—Los tengo a buen recaudo —dijo él—. Y cualquier día de éstos los recogerá el mensajero de lord Staunton. Ten paciencia, Deborah.

—Lo intentaré. Pero es muy difícil. Ni siquiera estoy segura de que deba aceptar esa herencia. Aunque supongo que sería de gran ayuda para mi futuro…

Deseó que él le dijera: «no necesitas esa fortuna para asegurar tu futuro. Sólo me necesitas a mí». Por tanto, se llevó una amarga decepción con la pregunta qué él le formuló.

—¿En qué sentido?

—Bueno, tendrás que admitir, Hugo, que una chica con diez mil libras tiene muchas más posibilidades para encontrar marido. Y una vez que los delitos mi padre se hayan olvidado, no necesitaré por más tiempo tu ayuda ni tu protección. Serás libre para elegir a la esposa que quieras sin tener que preocuparte por mí.

Se produjo un largo silencio, hasta que Hugo se levantó de un salto.

—¿Y eso es lo que quieres? —preguntó, enfadado—. ¿Quieres que te deje en paz para que puedas buscarte un marido? ¿Me estás rechazando definitivamente?

Deborah se levantó para encararlo.

—No necesito hacerlo. Ya lo hecho en dos ocasiones.

—Sí, pero pensaba que… ¡Oh, no importa! Si no quieres que tía Elizabeth llegue a casa antes que tú, será mejor que nos pongamos en marcha —dijo fríamente—. Hoy no hemos traído al perro, así que no tenemos excusa para retrasarnos. ¡Vamos!

Harry oyó aliviado cómo los dos se alejaban. Parecía que la situación entre ellos era bastante complicada. La mitad de las palabras de la chica no habían sido pronunciadas en serio. Pero en cuanto al resto… Harry apenas podía creérselo. ¡Iban a devolver sus bonos! Debían de estar locos. ¿Y qué podría hacer él? Una vez que el mensajero recogiera los bonos, éstos se perderían para siempre. No, no podía permitir que eso sucediera. Aquellos bonos significaban demasiado para él. Tenía que encontrarlos antes de que llegara el mensajero. Pero ¿dónde estaban?

A la mañana siguiente se despertó de mal humor y con una garrafa vacía. El mundo parecía haberse vuelto en su contra. No se le había ocurrido ninguna solución a sus problemas. Y la cabaña estaba fría y húmeda.

Hugo se sentía tan deprimido como Harry Dodds. Su plan para esperar hasta que Deborah cayera en sus brazos por propia voluntad parecía haber fracasado. La perspectiva de conseguir una fortuna la había hecho cambiar de idea, y ahora Hugo se enfrentaba a un futuro triste y solitario. No quería ni pensar en casarse con otra mujer. Y la idea de que Deborah se convirtiera en la esposa de otro hombre lo había mantenido en vela durante toda la noche. ¡Qué ciego había estado, tan satisfecho consigo mismo, tan ingenuamente seguro de que nunca se enamoraría de nadie! Había sido muy crítico e injusto con todos los demás, incluso con Dungarran, su mejor amigo y cuñado. Ahora le tocaba pagar por su arrogancia. Nunca se había sentido tan confuso. En mitad de la noche había tenido que reprimir el impulso de ir en busca de Deborah y hacerle ver que él y sólo él era su hombre, igual que ella era la única mujer para él. Y si aquél era el comportamiento propio de un idiota, entonces Hugo Perceval era un idiota. Un idiota ciego y desesperadamente enamorado.

Tendido en la cama, se pasó toda la noche acosado por los remordimientos. Pero no todo estaba perdido. Hugo estaba hecho de una pasta más dura. Hasta donde él sabía, no había nadie más en la vida de Deborah. Podía convertirse en un

elemento tan indispensable para ella como ella lo era para él. Eso haría… e incluso le pediría por tercera vez que fuera su esposa. Y ella acabaría aceptando. ¡Tenía que aceptar sin más remedio!

A la mañana siguiente, cabalgó hacia la parroquia. Deborah se encontraba allí, pero estaba rodeada por sus primas y aún mantenía una actitud fría y reservada hacia él. Frederica y las demás estaban planeando unas visitas a algunos vecinos, y cuando a Hugo le quedó claro que Deborah no pensaba ir con ellas, decidió volver más tarde. Mientras tanto, llevaría al perro a correr por el bosque.

Recogió a *Autolycus* y se alejaron por el camino, pero se detuvo al llegar a la altura de la cabaña de Sammy Spratton. La cabra de Sammy estaba vagando por el camino, obviamente perdida. Hugo dudó, pero decidió ayudar a uno de los amigos de Deborah aunque ella no estuviera con él.

Desmontó y ató su caballo a un árbol. A continuación, agarró el cabo suelto de la cuerda del animal y echó a andar en dirección a la cabaña. *Autolycus* lo siguió a una distancia prudente, temeroso de la cabra. Hugo encontró un poste adecuado cerca de la cabaña y se agachó para atar firmemente la cuerda.

El ladrido de *Autolycus* llegó demasiado tarde para salvarlo. Sintió un fuerte golpe en la nuca y cayó desplomado. Oyó maldiciones, ladridos y el aullido lastimero de un perro. Y ya no oyó nada más.

Capítulo 12

Harry Dodds no podía creerse su buena suerte. Se había pasado toda la noche devanándose los sesos para pensar en una manera de encontrar los bonos, y el destino le había entregado al único hombre que podía ayudarlo. Pero no debía perder tiempo. Hugo Perceval era un hombre grande y fuerte y había que inmovilizarlo mientras estuviera inconsciente. Harry lo arrastró hacia la cabaña, poniendo una mueca de dolor por la herida que le había hecho en el brazo aquel maldito perro. Una vez dentro, recogió las cadenas que había dejado en el rincón, levantó a Hugo con dificultad y lo encadenó al poste que sostenía el techo en el centro de la cabaña. Al acabar, se retiró y respiró aliviado. Justo a tiempo. Hugo empezaba a volver en sí.

—¿Qué demonios…? —intentó moverse y descubrió que le resultaba imposible—. ¿Qué demonios es esto?

—Espero no haberte hecho daño —dijo Harry, colocándose delante de él para que pudiera verlo.

Hugo intentó enfocar la mirada en la penumbra que reinaba en la cabaña.

—¡Dodds! Harry Dodds… Así que has vuelto. Por los bonos, supongo.

—Vaya, eres muy listo. Apenas has recobrado el conocimiento y ya puedes pensar como un académico. Tienes razón. Quiero mis bonos.

—No son tuyos, Dodds… Pertenecen a lord Staunton. Y llegas demasiado tarde. Ya se los he enviado.

—¡Muy listo! Pero sé que aún los tienes. Así que no me hagas perder el tiempo y dime dónde están y cuándo llegará el mensajero.

—Están escondidos donde no podrás encontrarlos. Y si crees que voy a decirte cuándo llega el mensajero, es que eres tonto de remate —dijo Hugo con una sonrisa de desprecio. La cabeza le dolía horrores, pero podía pensar con absoluta claridad. Movió sus miembros con cuidado, comprobándolos uno a uno. Todos parecían ilesos. Tan sólo su cabeza había sido lastimada, y aquel día había recibido otros golpes mucho más duros.

Harry vio cómo se movía discretamente.

—No te molestes. No te soltaré hasta que me digas lo que quiero saber.

—En ese caso, tenemos una larga espera por delante. ¡Déjalo ya, Dodds! No podrás conseguir los bonos. ¿Qué le has hecho al perro?

—Habría matado a esa maldita bestia si hubiera conseguido atraparlo, pero se escapó a tiempo. No te hagas ilusiones, Perceval. Le di a probar mi garrote y huyó muerto de miedo. No volverá. Y ahora deja que te hable con claridad. Sé que he perdido la oportunidad de robarle los bonos a Deborah Staunton. Una vez que los sacó del estuche los escondió en un lugar seguro donde yo no pudiera encontrarlos. No me molestaré en preguntar qué lugar es ése. Pero aún puedo quitárselos al

mensajero, siempre que sepa cuándo y adonde llegará. Tiene que ser hoy o mañana. Y tú vas a decírmelo.

Hugo lo miró con desprecio.

—Tú y esa Staunton os quedaréis con las manos vacías. ¡No voy a decir nada!

—¿Qué Staunton? —preguntó Harry con una sonrisa—. Si te refieres a la que vive en Dublín, la señorita Staunton se retiró de mi plan. Así que ahora tengo un interés aún mayor en conseguir el dinero. Todo será para mí.

A pesar del dolor de cabeza, Hugo sintió un profundo alivio. Aquello significaba que ningún miembro de la familia podría ser inculpado.

Harry Dodds volvió a insistir.

—Vamos, Perceval. ¿Qué te importa a ti quién tenga el dinero? Si se lo quito al mensajero del banco, ni siquiera te verás implicado. Nadie lo sabría nunca… Y ese viejo de Dublín no necesita más dinero. ¡Sé razonable y dímelo!

Hugo permaneció en silencio.

—Me lo estás poniendo muy difícil, ¿sabes? —dijo Harry en tono ofendido—. No me gusta hacerles daño a las personas, pero no tengo ningún problema en hacerlo si es necesario. Esas cadenas se irán hundiendo en la carne a medida que pase el tiempo.

—El tiempo no juega a tu favor. Mi gente no tardará en venir a buscarme.

—Nadie vendrá en las próximas dos o tres horas. Se supone que estás montando a caballo, ¿recuerdas? Y antes de ese tiempo estarás dispuesto a hablar, te lo aseguro.

Hugo cerró los ojos. ¡Tres horas! Vio una imagen de *Autolycus* llegando a la parroquia, donde sólo estaba Deborah. Se preguntaría qué había pasado, y aunque pensara que el perro se había escapado de la vigilancia de Hugo, no se quedaría tranquila. ¿Y qué haría cuando él no llegase? ¿Sería razonable por una vez en su vida y pediría ayuda para ir a buscarlo? Por desgracia, la experiencia le había enseñado que Deborah Staunton siempre se precipitaba hacia el desastre.

—¿Qué harías si te lo dijera? —preguntó lentamente.

Harry lo miró con desconfianza.

—Ese cambio de actitud es un poco brusco, ¿no?

—No me dejas otra opción.

—Te dejaría marchar, naturalmente.

Hugo esbozó una sonrisa torcida.

—No esperarás que me lo crea, ¿verdad? No puedes arriesgarte a que avise al mensajero. No, Dodds. Creo que me matarías sin dudarlo, o que me dejarías en cualquier lugar donde nadie pudiera encontrarme.

—Nunca he matado a nadie. No soy un asesino. Tienes razón al pensar que no te dejaría marchar. Pero te dejaría en algún lugar donde pudieran encontrarte… al cabo de un tiempo. Bueno, ¿qué dices?

Los peores temores de Hugo estaban a punto de cumplirse. Deborah había encontrado a *Autolycus* encogido junto a la puerta del establo. Al examinarlo vio que tenía lastimada una pata trasera. ¿Qué podía haber ocurrido? Lo atendió y se sentó junto a él para esperar a Hugo. El le explicaría cómo se había herido *Autolycus*. Sin duda regresaría pronto, buscando al perro… Pero al cabo de media hora seguía sin aparecer y Deborah empezó a preocuparse. ¿Y si Hugo había sufrido un accidente y también estaba herido? Al pensar en aquella posibilidad, no dudó en ponerse en movimiento. Si Hugo estaba inconsciente en algún lugar del camino ella debía ir a socorrerlo sin perder tiempo. El mozo había salido con la familia, y los demás estaban trabajando en los campos. La señora Humble fue la única persona que pudo encontrar, y perdió unos minutos preciosos explicándole lo que quería.

—Pero, señorita Deborah…

—¡No discutas, Nanny! —la atajó Deborah—. Busca a uno de los hombres y transmíteles mi mensaje. No puedo esperar a que alguien me acompañe. Tengo que irme enseguida, pero envía a alguien detrás de mí. ¿Lo has entendido?

La señora Humble asintió de mala gana. Deborah agarró algunas mantas y corrió hacia el bosque.

Encontró al caballo de Hugo apacentando tranquilamente en la hierba. Estaba atado a un árbol junto al sendero que conducía a la cabaña de Sammy Spratton. Pero ¿dónde estaba Hugo?

Echó a andar con cautela por el sendero. La hierba había sido pisada recientemente… Entonces oyó la voz de Hugo y se detuvo.

—No, Dodds. Creo que me matarías sin dudarlo, o que me dejarías en cualquier lugar donde nadie pudiera encontrarme.

¡Harry Dodds! Había vuelto, y a Deborah se le heló la sangre en las venas al oírlo.

—Nunca he matado a nadie. No soy un asesino. Tienes razón al pensar que no te dejaría marchar. Pero te dejaría en algún lugar donde pudieran encontrarte… al cabo de un tiempo. Bueno, ¿qué dices?

Desesperada, Deborah se preguntó qué debería hacer. No se atrevía a moverse, porque en ese momento la cabaña había quedado en silencio.

Entonces volvió a oírse la voz de Dodds.

—No esperaré mucho más —se oyó el sonido metálico de unas cadenas y el gruñido de Hugo—. Y lo peor está por venir —siguió Dodds—. Así que ¡habla!

Deborah se acercó sin hacer ruido a la cabaña y se asomó al interior. Lo que vio casi la hizo gritar de horror. La sangre se había secado en el rostro de Hugo. Estaba mortalmente pálido y tenía los ojos cerrados, y había sido cruelmente encadenado a

un poste. Dodds debía de haber retorcido las cadenas para aumentar su agonía. ¿Qué podía hacer?

La decisión le fue arrebatada de sus manos. Sammy Spratton apareció tras ella sin molestarse en ocultar su presencia. Dodds lo oyó, se dio la vuelta, y al verlo salió de la cabaña antes de que Deborah pudiera moverse. Sammy se esfumó, dejándola a solas con el enemigo. Deborah se debatió con todas sus fuerzas, pero finalmente Dodds consiguió arrastrarla a la cabaña y mostrársela a Hugo.

—¡Mira lo que tengo aquí! Justo lo que necesitaba. Admito que estaba un poco perdido, Perceval. Si no hubieras hablado, no sé qué habría hecho. Pero ahora… —ató las manos de Deborah a su espalda—. Ahora me dirás todo lo que quiero saber, o tu preciosa muñequita lo pasará muy mal.

Hugo se retorció frenéticamente, pero las caderas eran demasiado fuertes. Harry le sonrió burlonamente y agarró a Deborah con una mano mientras llevaba la otra al cuello del vestido.

—Sabes lo que podría hacer, ¿verdad?

Deborah tenía las manos atadas, pero sus pies seguían libres y le dio una patada a Dodds.

—¡No te resultará tan fácil! —gritó.

Fue una equivocación. Dodds soltó un rugido de dolor y abofeteó a Deborah con tanta fuerza que la tiró al suelo.

Hugo se vio invadido por una furia ciega, como nunca había experimentado en su vida. Tiró con todas sus fuerzas, y aunque las cadenas no cedieron, sí lo hizo el poste al que estaban sujetas. El poste crujió y se partió por la mitad, liberando a Hugo. Se arrojó sobre Dodds y lo agarró por el cuello antes de que su adversario tuviera tiempo de reaccionar. Harry Dodds habría muerto estrangulado de no ser por el grito de Deborah.

—¡Hugo! ¡Mira!

Deborah estaba señalando al techo. Pero era demasiado tarde. Se oyó otro crujido, seguido por otros siniestros chasquidos, y el techo de la cabaña cayó sobre sus tres ocupantes. Se vieron rodeados por un montón de ramas y nubes de polvo, y finalmente las grandes vigas que conformaban la estructura cayeron también. Cuando Hugo consiguió ponerse en pie, no podía ver nada. Pero cuando el polvo se disipó, distinguió las dos figuras que yacían en el suelo. Deborah estaba medio enterrada por los escombros, y tenía la cara y los brazos llenos de heridas y arañazos. Pero lo más espeluznante era la abrasión en la sien. Una de las vigas yacía junto a ella. Era obvio que la había golpeado al caer.

—¡Deborah! ¡Deborah! —le frotó frenéticamente las manos, pero no obtuvo respuesta.

Por un momento se quedó paralizado por el miedo. Deborah no podía estar muerta. ¡No podía! Él la amaba, no podía vivir sin ella… Retiró el montón de escombros que la cubrían, ignorando el dolor de sus propias heridas. Deborah seguía sin moverse, y Hugo no se atrevía a levantarla. Su lesión parecía grave y no era

conveniente moverla. Debía esperar a que llegase la ayuda y pudieran llevarla a casa. Se rasgó la chaqueta y cubrió con ella el cuerpo de Deborah, rezando porque la ayuda llegase pronto. No quería dejarla para ocuparse de sí mismo. ¡Agua! Tenía que llevarle agua. Se arrastró sobre las ruinas y corrió hacía el pequeño arroyo. Entonces vio las mantas que Deborah había llevado consigo. ¡Había ido en su busca porque pensaba que estaba herido! Después de empaparse la corbata, volvió con las mantas junto a Deborah. Enrolló una de ellas y se la colocó bajo la cabeza, y con la corbata mojada le limpió la sangre del rostro. Al cabo de un minuto vio cómo el pulso le latía débilmente en la garganta. ¡Estaba viva!

Oyó a alguien que se acercaba y se puso de pie, gritando desesperadamente. Cuando vieron a Hugo cubierto de sangre y polvo, los hombres corrieron hacia él para rescatarlo. Pero Hugo los apartó, gritándoles como un energúmeno, exigiéndoles que tuvieran cuidado. Al ver a Deborah se quedaron horrorizados, pero se apresuraron a obedecer. Dos de ellos despejaron el camino hacia ella mientras un tercero fue enviado a Perceval Hall con el caballo de Hugo a informar de lo ocurrido y conseguir un medio de transporte. Mientras tanto, Hugo se sentó junto a Deborah y siguió limpiándole el rostro y buscando ansiosamente algún signo de consciencia. No encontró ninguno.

Cuando el carro llegó, los dos hombres habían improvisado una especie de camilla usando la manta y algunas ramas. Hugo los vigiló como un halcón, gritándoles órdenes y sin preocuparse de su propio estado. El trayecto hasta Perceval Hall fue angustioso. Lady Perceval había cubierto el carro de cojines y marchaban muy despacio, pero con cada bache aumentaba la inquietud de Hugo. Cuando finalmente llegaron a Perceval Hall, estaba a punto de estallar por la tensión.

Lowell había ido a buscar al médico, y todos estaban esperando en el patio.

—¡Hugo! —exclamó lady Perceval cuando su hijo se bajó tambaleándose del carro—. No sabía que tú también estabas herido.

—No lo estoy, mamá —dijo él—. ¿Dónde está el médico? Tiene que verla enseguida.

—Estoy aquí, señor Perceval. Pero habría que examinarlo a usted también para…

—Maldita sea, ¡haga lo que le digo! —rugió Hugo.

El médico se quedó muy rígido por unos segundos.

—Muy bien. Será mejor no mover a la señorita Staunton hasta que la haya visto, y luego habrá que trasladarla a un lugar cómodo para que pueda examinarla con más detenimiento.

Se acercó al carro y examinó brevemente a Deborah, mientras Hugo se movía por el patio como un tigre enjaulado. Ofrecía una imagen estremecedora. Aún tenía el rostro sucio y ensangrentado, el pelo alborotado y no llevaba chaqueta ni corbata. Algún alma caritativa le había echado una manta sobre los hombros. Su madre lo miró con asombro. Parecía más un pastor de Mongolia que el caballero pulcro y elegante que siempre había sido.

—¿Y bien? —preguntó cuando el doctor se incorporó.

—No creo que la señorita Staunton haya sufrido ninguna lesión grave. No hay por qué preocuparse.

—¿Cómo dice? —espetó Hugo—. ¿Ha estado inconsciente más de una hora y usted dice que no hay por qué preocuparse? ¿Qué clase de payaso es usted?

El médico había conocido a los Perceval desde hacía mucho tiempo, y el ataque de aquel joven al que siempre había considerado como un modelo de cortesía lo ofendió bastante. Respiró hondo y dijo que el señor Perceval estaba muy agitado y que debería recuperarse tranquilamente…

Lady Perceval ya había dado órdenes al ama de llaves para que preparase una cama para Deborah. Se adelantó y tomó las manos de Hugo en las suyas.

—Hugo, querido, estoy segura de que el doctor hará lo que pueda. ¿Por qué no vas a descansar? Quizá deberías tomar un baño primero…

—No puedo descansar, mamá —replicó él—. No hasta que sepa lo que le pasa a Deborah —vio cómo los hombres levantaban la camilla del carro—. ¿Se puede saber qué hacéis? —les gritó—. ¡No es una bala de heno, maldita sea! ¿No podéis tener más cuidado?

—Hugo, ¿podrías dejar de gritar, por favor? La cabeza me va a estallar.

Hugo se volvió hacia la camilla. Deborah había abierto los ojos y lo miraba con el ceño fruncido.

—¡Deborah! ¡Oh, cariño! ¡Gracias a Dios! Estaba tan preocupado…

Deborah le sonrió.

—No hay de qué preocuparse. Ve a que te miren tus heridas —le tendió una mano y él se la besó con afecto y ternura.

—Oh, Dios. Deborah… Pensé… —la voz se le quebró y se puso más pálido aún.

Lady Perceval ordenó a los hombres que metieran la camilla en casa y se acercó a su hijo.

—Hugo, haz lo que te dice Deborah. Se va a poner bien, ya lo ves.

—¿De verdad se pondrá bien? Oh, mamá… —Hugo Perceval, el hombre que siempre había despreciado las exageradas muestras de sentimiento, se desmayó por primera vez en su vida.

La tercera víctima del desastre en la cabaña de Sammy no había sido tan afortunada. Harry Dodds fue encontrado entre los escombros por el granjero que se quedó examinando el lugar después de que Deborah y Hugo hubieran sido rescatados.

Al igual que a Deborah, una viga lo había golpeado en la cabeza, pero en su caso el golpe había sido mortal. Fue enterrado en el cementerio de Abbot Quincey… gracias al perdón y la caridad cristiana de lady Elizabeth.

A pesar de los temores que tuvieron a Hugo montando guardia en la puerta del dormitorio, Deborah se recuperó rápidamente y sin ninguna secuela. En pocos días pudo acompañar a lady Perceval en la comodidad de sus aposentos, y por las tardes se sentaba en el jardín a la sombra del cedro. La familia se turnaba para hacerle compañía, y todos estaban impacientes por hacerlo, como si quisieran cerciorarse de que estaba a salvo. Todos querían a Deborah, pero se daban cuenta de lo cerca que habían estado de perderla. Nadie se burló de Hugo por el comportamiento que había tenido en el patio, ni siquiera Lowell. Todos estaban sobrecogidos por el sentimiento tan profundo que había revelado. Ninguno hubiera sospechado que fuera capaz de mostrar sus emociones en público.

Finalmente, Deborah recuperó las fuerzas y pudo quedarse sola de vez en cuando. Incluso se habló de que volviera a la parroquia.

—Bueno, Hugo —dijo lady Perceval mientas tomaban un jerez—. Seria mejor que te pusieras manos a la obra. Una vez que Deborah ha vuelto con Elizabeth, no te será tan fácil estar con ella a solas.

—¿Fácil? Abuela, no sabes lo que dices. No he podido acercarme a Deborah en ningún momento, y mucho menos estar con ella a solas. ¿Y qué quieres decir con que me ponga manos a la obra?

La viuda soltó un bufido.

—Pedirle que se case contigo, naturalmente. Eso es lo que quieres, ¿no? Es la única razón que podría justificar tu comportamiento en el patio. He oído que te pusiste a despotricar como un loco.

Hugo se sonrojó.

—Yo también estaba herido, abuela —protestó—. No se me ocurre otra razón para… para…

—¿Para explicar por qué perdiste la cabeza? ¿Tal vez estabas… desesperado, Hugo? —le preguntó con expresión maliciosa.

—Tienes toda la razón para burlarte de mí, abuela.

—¡Pues claro que la tengo! ¿Cuándo juraste que nunca sucumbirías a la desesperación? ¿La semana pasada?

—Eso fue antes de…

Su abuela se compadeció de él.

—No tienes que darme explicaciones, pequeño. Te dije que necesitabas aprender algo sobre ti mismo, y ya lo has aprendido. Amas a Deborah Staunton.

—Más que a mi vida, abuela.

Lady Perceval sonrió con satisfacción.

—Como debe ser. Y ella siente lo mismo por ti. ¿Qué vas a hacer?

—Deborah me rechazó la primera vez porque le dije que tú me habías aconsejado que se lo pidiera. Si me lo permites, esta vez tomaré la decisión por mí mismo. Pero te prometo que serás la primera en saberlo.

Aquella misma tarde, Hugo consiguió finalmente quedarse con Deborah a solas. La encontró sentada bajo el cedro, con *Autolycus* tendido a su lado.

—Este lugar es precioso —dijo ella—. Debería estar haciendo algo útil, pero me encanta sentarme aquí a contemplar los colores de la naturaleza… —se volvió hacia él—. ¿Cómo estás, Hugo? Creo que tus heridas eran mucho peores que las mías, y sin embargo todas las atenciones han sido para mí. He oído también que tía Elizabeth y tú os ocupasteis de que Harry Dodds fuera enterrado y de que el agente de lord Staunton recibiera los bonos. Gracias.

Hugo miró hacia la casa y vio un gran número de cabezas asomándose por las ventanas. Su abuela parecía haber estado muy ocupada. No era ninguna casualidad que Deborah se hubiera quedado sola.

—¿Te sientes capaz de dar un paseo con *Autolycus*, Deborah?

—¡Pues claro! ¿Adonde vamos?

—¡A cualquier lugar lejos de esas ventanas!

Deborah siguió la dirección de su mirada y se sonrojó.

—¿Vamos… vamos al viejo camino?

—¿No tienes miedo de los malos recuerdos?

—No. Me gustaría ir.

Cruzaron el césped y tomaron el sendero que se internaba en el bosque. Los árboles resplandecían en tonos dorados y carmesíes, y el aire estaba impregnado de olor a leña quemada. El otoño había llegado. Pero ahora que el momento había llegado, Hugo se sentía perdido. Amaba a Deborah con todo su corazón, y no podía soportar la idea de que ella no sintiera lo mismo. Lo había rechazado dos veces. Pero las decepciones anteriores no serían nada comparadas con la desolación que le provocaría un nuevo rechazo. ¿Cómo podía arriesgarse?

Por otro lado, si no se lo pedía, ¿cómo podría convertirla en su esposa? La miró y se encontró con sus ojos, brillantes y expectantes. El pelo le caía suelto por la espalda, y volvía a llevar el sombrero destrozado con que la había visto por primera vez semanas antes. Nunca había visto nada más deseable. Su sola presencia resultaba embriagadora.

—Deborah… —murmuró, rodeándola con un brazo—. Deborah…

—¿Sí, Hugo?

Hugo se maldijo a sí mismo. ¿Por qué no podía pronunciar las palabras? Los ojos oscuros de Deborah eran como un profundo estanque en el que un hombre podría ahogarse. Dejó escapar una exclamación y abrazó a su amada para besarla apasionadamente.

—¡No voy a pedírtelo por tercera vez! —declaró al apartarse—. Deborah Staunton, vas a casarte conmigo quieras o no, ¿está claro?

—Pero si yo quiero casarme contigo, Hugo —dijo ella, riendo—. Es lo que más deseo en el mundo —le rodeó el cuello con los brazos y volvieron a besarse.

El beso empezó con ternura, pero la pasión empezó a avivarse de manera descontrolada. Afortunadamente, *Autolycus* decidió que ya habían ido demasiado lejos y ladró con firmeza. Los dos se separaron, jadeantes y aturdidos, y volvieron a Perceval Hall para comunicarles su decisión a la familia.

—Todas nuestras preocupaciones se han acabado, Hugo —dijo Deborah alegremente.

Hugo le sonrió.

—Las tuyas tal vez, mi amor. Me temo que las mías acaban de empezar. Pero no temas… Podré enfrentarme a lo que sea. ¡Piensa en toda la experiencia que ya tengo!

Fin.